HQÑ™

Una receta para recordarte

Elisabetta Cattlered



Mención de Honor IX Premio Internacional HQÑ

Una receta para recordarte

Elisabetta Cattlered

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Elisabet Roig
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una receta para recordarte, n.º 296 - junio 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1375-682-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

La pastelería estaba ubicada en la mitad de una calle con una acera muy estrecha y un solar con varias hierbas altas delante. Aquel día, a primera hora de la mañana, fue Arlet quien abrió de par en par la verja negra, decorada con diferentes tirabuzones en forma de hoja. No había dormido demasiado. Se fijó en que a la parte de los tallos de hierro le hacía falta una mano de pintura, ya que algunos de los más pegados al suelo se estaban desconchando por la humedad.

Levantó la vista y sonrió al cartel de madera que, con la ayuda de Carmen, había colgado sobre la verja para que quedara al descubierto una bonita caligrafía en color granate. Simplemente decía: *La pastelería*. Y ya les parecía bien, porque nunca llegaron a ponerse de acuerdo en qué nombre quedaría mejor, y como fueron pasando los días y no anunciaban nada y nadie entraba a curiosear, se decidieron por lo más práctico.

Antes de abrir la pastelería, Arlet daba clases de cocina en una academia que no estaba lejos de allí. Un día decidió llevar varios de sus famosos bizcochos con aroma de mermelada y los repartió entre algunos de sus alumnos del curso de noche. Así fue como, unos días después, una tía segunda de uno de aquellos alumnos se puso en contacto con ella y le dijo que tenía una proposición que hacerle. Arlet nunca olvidaría el día en que conoció a Carmen.

—¡Arlet! ¡Arlet!

Alguien la llamó desde el primer piso y la sacó de sus recuerdos. Rochester, su perro, que iba a su lado atado con la correa, se puso a ladrar y a mover la cola, muy contento. La pastelería estaba en la planta baja de una antigua casa de pueblo de dos alturas. Arlet habitaba la parte más alta, que era también la más pequeña, y Carmen vivía en la primera planta.

—Hola, Carmen. Qué madrugadora has sido hoy —la saludó.

—¿Qué haces ahí pasmada mirando el cartel? ¡No me digas que las lluvias han podrido la madera o algo peor! ¡Las termitas!

Arlet sonrió.

—Ja, ja, ja. No, no, tranquila. Sabes que en esta ciudad apenas llueve y las termitas… Bueno, las termitas no tienen demasiado interés en este cartel, hay muchos árboles en esta zona. No, Carmen, simplemente estaba recordando algo…

Carmen fue ahora quien sonrió. Era una mujer de más de sesenta años con un rostro muy llamativo. Tenía el pelo largo y liso de color gris y siempre lucía unos enormes pendientes redondos de madera que le estiraban las orejas hacia los hombros. Arlet se preguntaba si aquello no debía de ser muy incómodo. Pero, al parecer, no lo era, porque fuera la hora que fuera, Carmen siempre los llevaba puestos y el balanceo de la madera se había convertido en su sonido habitual al pasar.

Alta, delgada, vestida de deporte con unas zapatillas de cordones naranjas, aquella mujer

transmitía un positivismo que siempre le hacía estar con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Muy bien, Arlet Usó! Voy a bajar ahora mismo a desayunar contigo. Por la cara que pones, tengo la sensación de que ayer te pasó algo diferente de lo habitual. ¿Tiene que ver con la entrevista en la pastelería del centro? ¿Nos van a encargar tartas para que nos salga el dinero por las orejas? ¿O te han propuesto ser la nueva gerente de esa pastelería? No puedes esconderme nada, amiga. Te lo noto en la mirada. Ve preparando el café, que ya voy. Rochester, vigila a tu ama, que hoy está un poco dispersa.

El pequeño perro, que era una mezcla de ratonero, siguió moviendo el rabo. Arlet se agachó un poco para acariciarle el antifaz negro y marrón de la cara y este le devolvió la caricia, afectuoso, lamiéndole los dedos. Entonces, la chica giró la llave en la puerta de madera, que estaba pintada de un blanco hueso y dejaba entrever el interior a través de un cristal un poco ahumado, y pasó a la pastelería. Cerró la puerta y soltó a Rochester, que se puso a dar vueltas.

La pastelería consistía en un mostrador en la parte izquierda donde se exhibían todos los dulces que Arlet preparaba durante la tarde. Tenían también una máquina de café, una tetera y una nevera pequeña con algunas bebidas. Ofrecían, en un cesto de mimbre muy grande, frutas de todo tipo que les traía Alejandro, un vecino cuyo padre todavía trabajaba algunos campos en la huerta cercana.

Frente al mostrador, tres mesas de mármol con patas en forma de tallos y hojas, como la verja, permanecían solitarias a la espera de que alguien se sentara a consumir. Un poco más al fondo, una puerta daba a un pequeño patio trasero, donde Rochester solía pasar el día feliz tumbado en el trozo de suelo que tocaba el sol. Alguna vez habían pensado en adecentar el patio y convertirlo en otra zona de consumición, pero nunca encontraban el momento para hacerlo. Habían acumulado allí decenas de macetas con plantas de todo tipo, además de diversas enredaderas: plantas de boniato, buganvillas, una hiedra e incluso una glicina todavía joven pero que prometía llenar de violeta las próximas primaveras.

Aun así, la cantidad de bártulos y trastos viejos que Carmen conservaba en aquel patio, y de los que no quería desprenderse todavía, dificultaban que quedara demasiado espacio para montar alguna mesa más.

Estaba Arlet sacando algunos dulces de la nevera que tenían en el patio cuando se abrió la puerta que comunicaba los pisos y apareció Carmen, tan radiante como siempre, haciendo tintinear sus pendientes. Rochester se subió sobre sus rodillas y Carmen le acarició el hocico.

—¡Bueno, bueno! Voy a preparar yo el café mientras tú cortas el mejor trozo de torta con almendras, porque quiero que no olvides ni una línea de lo que pasó ayer.

—Carmen, no pasó nada, de verdad. Como siempre, fue un fracaso.

—¡Un fracaso! No me gusta que digas eso.

—Pero es que es así. Me llaman, acudo y, una vez allí…, pues nadie quiere las mismas tartas de siempre. ¿Qué le voy a hacer? Yo no sé cocinar otra cosa. —Arlet se encogió de hombros mientras colocaba sobre la mesa un par de platos de cerámica amarilla con una flor azul en medio.

—¿Llegaron a probar tu tarta?

—No.

Carmen suspiró.

—Pues ese es el problema… —Luego carraspeó un poco. Más despacio, añadió—: Y quizás, Arlet, tampoco debería probarla según quién. No todo el mundo tiene el poder de la evocación.

—Pero ¿a quién no le gusta recordar su infancia?

—Ay, chica, no todas las infancias son de color de rosa…

El café empezó a hervir. Carmen siempre preparaba el suyo y el de Arlet en una cafetera italiana en el fogoncillo que tenía en el patio y todo el local se llenó de su fuerte aroma. Una vez servido el dulce y la bebida, ambas se dejaron caer en las sillas de una de las mesas de mármol. Las sillas eran de madera y estaban vestidas con cómodos cojines estampados que había cosido Carmen. Unos tenían dibujos de pájaros, otros de insectos. Arlet se acurrucó en su jersey de lana sobre unos saltamontes. El día era frío y, al abrir el patio, toda la sala se había quedado helada.

—Carmen, ¿nunca has pensado en que deberíamos poner algún cuadro en esta pared? —Arlet señaló la pared encalada y vacía a su lado. En la del mostrador, varios tarros de ingredientes variados, botellas con flores secas y utensilios de cocina llenaban la pared. Pero, justo allí, el brillo del blanco antiguo de la cal resplandecía a sus anchas.

—¿Cuadros? ¿De qué cuadros me hablas?

Arlet sorbió el café y cerró los ojos, volviendo atrás a sus recuerdos de la tarde anterior.

Capítulo 2

Fue justo en el momento final, aquel en el que la crema de coco tenía que cubrir la superficie del bizcocho de zanahoria, cuando se dio cuenta de que algo no iba bien. No quiso levantar la vista, pero comprendió de inmediato que su examinador no estaba pendiente del desarrollo de su tarta. Entonces, ¿cómo iba a poder valorarla como merecía?

Tarta de zanahoria. Las había a montones. Estaban de moda. Las ofrecían en cualquier cafetería, como postre en cualquier restaurante. Había sido arriesgado por su parte presentarse a la prueba con la receta de la tarta de zanahoria. Pero es que Arlet lo sabía, no tenía ninguna duda siquiera acerca de que su tarta de zanahoria, la de la cobertura de crema de coco, era la más deliciosa que existía ahora mismo en aquella ciudad.

Y aquel hombre con cara de sepia tenía que averiguarlo. Porque era imposible resistirse al bizcocho con pedacitos de nuez, al relleno de anacardos triturados a modo de queso, el color almibarado de confitura de tarro de cristal que le daba la salsa especial de zanahoria, secretísima, por supuesto, con la que elaboraba la masa.

Pero el hombre no la miraba. Imposible encontrar el incómodo cosquilleo del examinador sobre sus hombros. Así que, en contra de todas sus obligadas rutinas como cocinera, apartó la vista de la cobertura de crema de coco y clavó los ojos en la cara de él.

Era peor que una sepia. Las sepias, por lo que había leído en su enciclopedia fotográfica de animales marinos, tenían unos ojos enormes que pertenecían al grupo de los más desarrollados del mundo animal. Seguramente, si la estuviera examinando una sepia, ya habría logrado el reconocimiento que su tarta de zanahoria merecía.

Aquel hombre, sin embargo, echaba vistazos rápidos a su móvil y no parecía en absoluto alguien a quien le interesara la receta que estaba elaborando. Incapaz de decidir si el tono de la camisa de su examinador era gris aburrido o marrón pelmazo, puso los brazos en jarras y tosió un poco. Entonces, él giró el cuello y se encontró con la mirada acusadora de la chica.

—¿Ya has terminado?

—No, no he terminado.

—¿Entonces?

—Me gustaría que la probara.

Entonces él giró todo el torso escuálido hacia Arlet, dejó sin disimulo el móvil dentro de su mano izquierda y empezó a darle vueltas de forma molesta. El plástico de la funda topaba con un anillo que llevaba en el dedo índice y aquel ruido amenazaba tormenta.

—A ver, seamos sinceros. No creo que la tarta de zanahoria sea el producto que andamos buscando.

—¡Pero si ni siquiera la ha probado! El aspecto, como puede observar, no es exactamente el

mismo que en el resto de las tartas de zanahoria que…

—Lo siento, no. No te lo tomes a mal. —A ella le molestaba que él no la tratara de usted como ella lo trataba a él—. Buscamos algo menos *random*.

—¿*Random*?

—A ver, seguro que está deliciosa, no lo niego —lo dijo sin ni siquiera mirarla, con lo que se dio por sentado que no iba ni a probarla—. Pero lo que nuestra pastelería busca es algo más… *oriental*. Menos *anticuado*. Tu tarta está muy pasada de moda y… Bueno, la verdad, la tienen hasta en los supermercados, entiéndeme. No creo que… Ejem… No creo que despertara demasiado interés en nuestro exótico escaparate.

—Se puede decorar de forma llamativa, si ese es el problema.

—No, ese no es el problema.

Entonces Arlet abandonó la postura de ataque porque se dio cuenta de que aquella batalla ya estaba perdida. Pero era muy frustrante. ¿De qué demonios estaba hablando aquel tipo? ¿Oriental? ¿*Random*? ¿Exótico? ¿Cómo alguien que usaba una camisa que no transmitía absolutamente nada, que la podría haber vestido cualquier sepia y la habría mostrado con mayor estilo, se atrevía a juzgar su tarta sin ni siquiera llevársela a la boca?

No pudo articular palabra. Estaba, por enésima vez, dolida y decepcionada. Comenzó a recoger sus utensilios de cocina y los metió en una bolsa sin lavarlos. Después, se agenció una cajita de cartón que encontró sobre la mesa, con el rimbombante nombre de aquella pastelería céntrica, y metió la tarta dentro.

—No puedes llevarte esa caja, no es…

Pero como lo fulminó con la mirada, el hombre no volvió a abrir la boca mientras Arlet colocaba con todo el amor del mundo su tesoro comestible que llevaba solo media cobertura por encima. Se puso el abrigo, se anudó el pañuelo de color calabaza al cuello, y tomó el bol con la crema de coco.

—Esto —dijo con determinación señalando el recipiente— también me lo llevo. Gracias.

El hombre puso cara de protestar vivamente, pero ella no le dio tiempo a ninguna otra reacción. Salió como una exhalación con su bolsa a la espalda, cargada de los utensilios todavía sucios tras cocinar su magnífica e inigualable tarta de zanahoria, la cajita con aquella delicia en una mano y el bol lleno de crema en la otra.

Capítulo 3

En la calle hacía frío, pero, en un primer momento, Arlet no notó nada porque sus mejillas estaban ya encendidas tras salir de la prueba en aquella pastelería. Iba muy deprisa, tratando de alejarse lo antes posible de aquel lugar. Se sentía más fracasada que humillada, porque lo de la humillación se había ido apagando con el tiempo y las negativas.

La primera vez que le ocurrió fue con unas natillas al estilo casero, que a ella le parecía que transmitían aquel suave olor de la vainilla en la infancia, las gotas de canela, la galleta en el centro. Le dijeron que unas natillas las podía hacer cualquiera y que muchas gracias.

Luego vino el día de las magdalenas de yogur rellenas de chocolate. También el de la tarta de galletas maría, el de los muffins de calabaza, el de la tarta de doble piso de manzana y la de leche condensada vegetal.

Ni uno solo de sus dulces convenció. La mayoría ni los probaron. Ni siquiera el aspecto con el que ella los decoraba para que parecieran dulces calientes de invierno entre las mantas del sofá de casa (con familia, perro, estufa de butano, la serie en la tele, los calcetines gruesos…). Todo lo que aquella gente quería eran postres modernos, rígidos, fríos, con muchos colores y sabores arriesgados.

El sabor más arriesgado que había probado Arlet en un bizcocho había sido el mango con jengibre, y aun así, cuando lo mordió, pudo sentir el calor de las chimeneas del pueblo encendiéndose todas a la vez como si de una orquesta invernal se tratara. No lo lograba. No sabía. El estilo Arlet era el estilo de las cocas antiguas de las abuelas, de las que se hacían a media luz en una cocina de gas por la tarde. Las magdalenas que se cocinaban en el horno despacio, muy despacio y subían de tamaño como si fuera magia.

Cuando dejó de darle vueltas a todo aquel repaso de fracasos culinarios, se paró en seco. Había andado sin rumbo y le costó distinguir dónde estaba. Había ido en dirección contraria y ahora se encontraba en una de las grandes avenidas de la ciudad: el ruido del tráfico ensordecedor, las luces desproporcionadas de los escaparates, la gente a su alrededor con aquella prisa insaciable.

Reconoció por fin el frío en su piel y trató de acurrucarse en el abrigo. Con las prisas y la rabia había olvidado colocarse los guantes, pero tampoco podía meter las manos en los bolsillos porque iba cargada con la caja y el bol.

De repente, se sintió muy cansada. Querría haber aparecido por arte de magia en su casa, pero cualquier movimiento le resultaba agotador, y su calle, más tranquila y con su pastelería de verdad iluminándola, se la imaginaba a miles de kilómetros de allí, en otro planeta. Suponía que pedir un taxi parecía la mejor idea, pero se fijó en que todos los que pasaban iban llenos.

Entonces claudicó y decidió coger el autobús, como siempre. No se orientaba demasiado bien

y no habría sido la primera vez que cogía un autobús a otra dirección, así que esta vez decidió asegurarse de que no se equivocaba. Tenía demasiado frío como para arriesgarse a seguir deambulando de aquí para allá y además la mochila con los trastos de cocinar le pesaba en la espalda.

Le llamó la atención un hombre mayor que cubría su cabeza con un sombrero al estilo vaquero y que permanecía de pie cerca de donde ella se encontraba. Decidió acercarse a él y le preguntó por su autobús y su casa.

—Ah, sí, claro, está allí, al otro lado de la avenida, cruzando la calle. Va usted muy lejos y muy cargada. Si puedo ayudarla en algo…

Arlet lo miró con media sonrisa y le dijo que no. Estaba tan cansada que le dio las gracias y se puso rumbo a la parada, sin apenas despedirse. Él sí que se despidió, con un ligero toque del ala de su sombrero, como en las películas americanas.

Cuando tras una espera que se le hizo eterna logró cruzar la avenida, descubrió con desespero que la parada marcaba veinte minutos hasta que llegara su autobús. Desde luego, Arlet tenía la sensación de que el día no podía ir peor. Así que, ¿qué más daba ya intentar conseguir un taxi? Solo quería llegar a su casa, tumbarse en la cama y dormir. Borrar de su cabeza, si eso era posible, palabras tan ridículas para ella ahora mismo como «exótico».

Todos los asientos de la parada estaban ocupados, así que se apoyó de medio lado en el anuncio de un abrigo de unos grandes almacenes. Entonces se dio cuenta de que frente a ella había una callejuela más oscura y menos transitada, en medio de la cual aparecía como por arte de magia un oasis en forma de banco de madera completamente vacío, aparentemente iluminado por una suave luz de color verde.

Dispuesta a dejar atrás la mala suerte y a descansar un poco antes de que llegara el bus, se dirigió hacia este casi de puntillas, como si alguien en medio del barullo de la avenida hubiera sido capaz de oír sus pasos enfundados en las botas forradas de borreguillo. Llegó ante el banco, lo observó con un respeto silencioso, cerró los ojos y agradeció aquel pequeño golpe de suerte, y entonces se dejó caer sobre él. Depositó la tarta a un lado y metió un dedo en el bol. Tenía hambre.

Después de devorar casi la totalidad de la crema de coco, que estaba deliciosa y muy dulce, levantó la vista. Aquella callejuela era realmente un sitio distinto en medio del trasiego de las avenidas, el tráfico y los rascacielos de aquella zona de la ciudad. Tras el banco había un parterre que parecía estar cubierto por rosales. Se dio la vuelta y se quedó de rodillas sobre el banco. Sí, eran rosales y ya asomaban algunos pequeños en la mayoría de tallos, cerrados todavía.

Al fin y al cabo, ya había llegado el mes de marzo y, aunque era algo más frío de lo habitual, la naturaleza seguía su camino y ya tocaba florecer. Acarició con las yemas de los dedos, algunos de ellos pegajosos por la crema, los tallos del rosal, procurando no herirse con ninguna espina. Aunque la avenida estaba allí al lado y podía divisar parte de la parada del autobús, le dio la sensación de que el ruido llegaba aletargado a aquel lugar y resultaba mucho menos molesto. Hasta el aire que se respiraba parecía menos enrarecido. Más frío, pero de esa clase de frío que sonroja las mejillas cuando estás en el bosque.

Se dio de nuevo la vuelta y se sentó en el banco con la vista enfrente. Entonces se percató de que justo delante de ella había una tienda que tenía las luces encendidas. No era en realidad una tienda, sino una galería. Sí, era una galería de arte y le dio la impresión de que estaba vacía. Aunque lo cierto era que desde la calle quedaba al descubierto una mesa a un lado donde descubrió a dos hombres charlando: uno sentado frente a un portátil y el otro de pie. Era muy

sencillo verlos desde allí porque la puerta de la galería era toda de cristal y dejaba al descubierto el interior.

Varios cuadros descansaban aburridos en las paredes. Y de pronto tuvo la necesidad imperiosa de mirarlos.

Así que pensó que por qué no entrar. Le daba un poco de vergüenza por si le preguntaban alguna cosa, pero, a pesar de aquella puerta acristalada tan fría, el interior daba la sensación de ser cálido y acogedor y ella ahora mismo seguía teniendo mucho frío. Y seguro que allí dentro todavía se oía menos el ruido de la ciudad.

Así que antes de arrepentirse de ello, se puso en pie. Decidió abandonar el bol con la crema de coco, ya casi desaparecida en su estómago, en una papelera que había a su lado. Después, cogió la tarta y volvió a colocarse la bolsa en la espalda y empujó la puerta de cristal.

—Buenas tardes —saludó a media voz.

Los dos hombres la observaron con cierto asombro, como si hiciera siglos que hubieran permanecido allí dentro sin escuchar ninguna otra voz. Arlet se detuvo de repente.

—Se… se puede entrar, ¿no? Quiero decir, esto es…

—Sí, sí, por supuesto. —El hombre que estaba sentado, que era muy joven y tenía la cabeza cubierta por una amalgama de rizos castaños, se ajustó unas gafas de pasta azules y le sonrió cálidamente—. Estamos abiertos al público y…

Se paró en seco cuando ella dejó sobre la mesa la caja con la tarta. La observó con mirada interrogante.

—Lo siento, espero que no les moleste que deje esto aquí, es que llevo demasiadas cosas encima y no me gustaría sentirme incómoda para poder admirar estos cuadros.

La voz de la chica sonó angelical y el chico de los rizos no pudo menos que asentir.

—Cla… claro. No se preocupe.

Arlet se dispuso a introducirse en la sala cuando de pronto el chico se levantó de la silla y la tomó suavemente del brazo del abrigo.

—Además, ha tenido usted mucha suerte. Esta tarde está aquí Tom Jenkins, el pintor de la obra que estamos exponiendo este invierno en la galería.

Arlet giró entonces la cabeza hacia el otro hombre, el que había estado de pie todo el rato y a quien no había prestado atención. No se había percatado de que era tan grande. De una altura colosal y anchas espaldas, parecía más bien un oso. Iba enfundado en una chaqueta de cuello vuelto a cuadros negros y grises y llevaba el pelo revuelto. Era mayor que el chico de las gafas y parecía menos dispuesto a hablar.

—Hola —saludó. Su voz era también firme, pero parecía algo estirado y orgulloso.

—Encantada de conocerle, Tom Jenkins —dijo ella alargando la mano.

El pintor se la encajó con cierta reticencia y ella notó cómo era muy sencillo que sus dedos, aún pegajosos por la crema de coco, se perdieran entre la palma de su mano, de un tamaño gigantesco. Sintió en aquel contacto tan firme, eso sí, una calidez parecida a las magdalenas de cacao recién horneadas. Se sorprendió por aquella sensación y tuvo la intuición de que a él le había ocurrido algo similar, ya que apretó levemente la mano en la suya y ladeó casi imperceptiblemente la cabeza. Arlet se dio cuenta y bajó la mirada.

Después, sin soltarse aún, hubo un momento breve pero incómodo en que los tres se quedaron en silencio, allí juntos. El chico de los rizos y las gafas azules rompió el hielo y la animó a contemplar los cuadros. Arlet sonrió de oreja a oreja, logró soltar el cálido contacto con la mano del pintor, que a pesar de que habían sido solo unos pocos segundos, a ella le parecieron

minutos, y se adentró en la sala.

Capítulo 4

Tom Jenkins no estaba en absoluto satisfecho por cómo se estaba desarrollando su última exposición. En primer lugar, había dudado de la localización de la sala que, a pesar de hallarse en una de las zonas más concurridas de la ciudad, se encontraba en un punto oscuro y alejado del tránsito de viandantes, que solo entraban si iban allí recomendados. En segundo lugar, cada vez estaba más seguro del poco interés que suscitaba el arte en la mayoría de la gente y que, aquellos que sí que se sentían complacidos de pasar una mañana o una tarde observando cuadros, lo hacían en las galerías de museos conocidos. A las galerías de arte de barrio solo acudían los amigos de los amigos y todo era tan exclusivo que se volvía hermético. Pero cedió.

Berto era joven, lleno de entusiasmo, y también con mucho dinero y bien relacionado, y le convenció para exponer en su galería durante unas semanas. Berto le admiraba y aquello era de sorprender en alguien tan joven, pero se notaba que conocía el mundo del arte contemporáneo, que su familia se había dedicado toda la vida a los cuadros. Su padre era un afamado restaurador y su madre fue marchante de arte durante mucho tiempo.

Tom, años atrás, se había alzado con el título de pintor contemporáneo de actualidad y mucha gente hacía cola para ver sus exposiciones; podría decirse que había sido un artista famoso. El uso repetitivo del verde en todas sus tonalidades y la facilidad con la que navegaba en la acuarela mezclando imágenes oníricas incomprensibles con otras de incómodo realismo lo habían catapultado a un éxito entre la élite de las bellas artes en el país.

Aunque había vivido casi toda su vida allí, Tom era originario de Inglaterra, y de aquel lugar conservaba un ligero acento que llamaba la atención y también una piel sorprendentemente blanca. Heredó de su madre la pasión por la pintura y pasó la mayor parte de su adolescencia en el sótano de su casa dando rienda suelta a lo que su madre llamaba «el chorro creativo». Los recuerdos del olor de la cena mezclados con el de la pintura, los dedos siempre teñidos de colores, la ropa sucia y el pelo rizado y pelirrojo de su madre cubierto de motas de algún paisaje irreal, le reconfortaban en los momentos más difíciles.

Porque habían existido esas tardes, Tom fue pintor, un pintor importante, y aunque había pasado el tiempo y la época actual era muy poco dada a mantener mitos, había conseguido mantenerse entre los favoritos durante todavía mucho tiempo. Tanto que, aunque le asombraba la palabra, incluso Berto le dijo que era un clásico y que promocionarlo daba prestigio a cualquier galerista.

Sin embargo, la cruda realidad de aquella última exposición era que no había salido nada bien. A pesar de una inauguración de cine, con largos vestidos negros y perlas al cuello, no se compró ni un solo cuadro aquel día ni ningún otro. Solo una mujer japonesa, que había coincidido en un viaje por Europa con la inauguración de la sala, reservó uno de los lienzos al

saber que era un Jenkins, pero jamás llegó a cerrar la compra.

Berto, el primer sorprendido ante aquel devastador fracaso inicial, decidió vender por las redes varias láminas que reproducían las obras expuestas, para ver si de aquel modo llamaba la atención sobre su galería.

Tom suspiró apoyado en la mesa de Berto. Había una estantería al lado de la mesa, que había pasado desapercibida a Arlet, que contenía algunas de aquellas reproducciones en formato folio. Tom levantó la vista y miró las láminas. Se habían vendido bien. Vergonzosamente bien. Pero ya no parecía que nadie quisiera un Jenkins original en el salón de su casa.

Se atusó la barba, que raspaba porque estaba mal afeitada, y se dio la vuelta para observar a aquella desconocida. Arlet era la primera persona que había entrado en la galería de forma espontánea en el último mes. Lo sabía porque no se había movido de allí en ningún momento. Así que no había sido una suerte haber encontrado al pintor justo aquella tarde allí dentro. Era algo habitual. Tom Jenkins se había fundido con las paredes y había pasado a ser un cuadro más de su aburrida colección.

Se sorprendió al ver que la chica parecía realmente interesada en su obra, o quizás eran las ganas que él tenía de que así ocurriera. Aunque, por su aspecto, dudó de que alguien como ella pudiera permitirse comprar uno de sus cuadros. Volvió a suspirar. Qué más daba ya aquello. Se sentiría inmensamente feliz solo con que aquella mujer desconocida, que había entrado en la galería con una tarta en la mano, se hubiera sentido atraída por una sola de las sensaciones que había tratado de expresar con sus últimas pinturas.

Vio que ella se paraba frente a uno de los cuadros. Sabía a la perfección de cuál se trataba. Le pareció que se detenía en aquel cuadro más de lo habitual. La observó con detenimiento y su cuerpo vibró brevemente con el recuerdo de su mano en la de él. No era una chica muy alta y tenía el pelo enmarañado, como si se le hubiera olvidado peinarlo. Llevaba un llamativo pañuelo de color calabaza anudado al cuello y vestía unos vaqueros sencillos bajo el abrigo en forma de saco. Le pareció adivinar unas caderas anchas y se sintió un poco avergonzado por haber pensado en ello. ¿Qué le pasaba?

Volvió a mirar su rostro, de perfil, y le pareció bonita bajo la luz verde que el cuadro reflejaba en él. Además, aparecía francamente interesada por la pintura llamada *La planta*. No era, desde luego, su cuadro favorito, así que sintió todavía una mayor curiosidad por comprender qué era lo que ella veía en él que la mantenía atenta tanto rato. De pronto, sin poder controlarlo, le apeteció mucho volver a acercarse a ella, sin saber demasiado bien por qué.

Se fijó ahora en Berto, que había abierto con cuidado la cajita que contenía la famosa tarta de zanahoria.

—Ah, es una tarta de zanahoria —se dijo para sí mismo el galerista con aburrimiento. Dejó la caja abierta, con bastante desilusión, y se puso a teclear de nuevo en su portátil. Tom no pudo evitar hundir uno de sus dedos gigantescos en la parte donde había crema de coco, seguro de que ni Berto ni la chica le prestaban atención, y se lo llevó a la boca.

Abrió los ojos con sorpresa, ya que no esperaba aquel sabor tan impactante. Estaba delicioso. El interés por ella aumentó todavía más y se decidió finalmente a acercarse a hablar con la chica. Se secó torpemente el dedo en la cintura del pantalón y se apartó de la mesa para dirigirse adonde Arlet se encontraba.

Capítulo 5

Aquella planta estaba triste. Muy triste. Era la planta más triste que había visto en la vida, y eso que ni siquiera era auténtica, solo un cuadro enorme colgado de una pared blanca en una galería de arte.

Seguramente su autobús se había ido ya y tendría que esperar al siguiente. No le importaba, allí dentro se encontraba a gusto. A pesar de lo desangelado del ambiente y del extraño silencio de aquellos hombres, pensó que debido seguramente a que eran artistas reconocidos, aunque ella no sabía nada de ninguno, se encontraba bien allí, con el calor del aire acondicionado y todos aquellos cuadros tan inclasificables pintados en tonalidades verdes. Como un bonito bosque artificial en medio de la ciudad.

No le había entusiasmado demasiado ningún cuadro de los que había visto hasta que llegó al de la planta, que parecía, en apariencia, el más simple de todos. Aunque no era un cuadro particularmente bonito, y de todas las plantas que podría haber elegido aquel pintor de nombre extranjero había dibujado un potos normal y corriente, sintió enseguida una extraña comunión con la pintura. No dudaba de la tristeza de la planta.

Estaba pensando en todo esto cuando notó la presencia del pintor gigante a su lado. Levantó la mirada y lo vio allí, impertérrito, pero él siguió con la vista fija en el cuadro, aparentemente sin prestarle atención a ella. Durante unos segundos no se dijeron absolutamente nada y Arlet sintió en la barriga un cosquilleo de nervios que no había esperado. Finalmente, él habló para preguntarle:

—¿Qué ves aquí?

—¿En este cuadro? Veo una tristeza enorme. Es descorazonadora. No puedo dejar de mirar a esa pobre planta.

Él esbozó una media sonrisa, pero Arlet no se percató de ello. Siguió hablando:

—Lo cierto es que parece que está bien. Se la ve hermosa, tiene muchos tallos, las hojas con buen aspecto… Nada en su apariencia externa hace pensar que le pase algo. Pero, a ver, no sé cómo explicarlo. Está tan triste que dan ganas de abrazarla. Si es que se puede abrazar a una planta así…

Tom Jenkins se rio. No fue una risa brusca, pero se le escapó y a Arlet le sorprendió aquella reacción.

—¿He dicho tonterías? Bueno, es que yo… No sé, no entiendo de pintura, conozco los cuadros que la mayoría de gente conoce, no sé si, yo no…

Él hizo un gesto con la mano para calmarla.

—Tranquila, no, no. No me he reído por eso. Tu interpretación me ha sorprendido mucho. Lo que me ha hecho reír ha sido la imagen del intento de abrazo con esa planta.

Volvió a reírse. Ella se rio un poco también, menos sobresaltada.

—Sería casi como el abrazo de un pulpo, con todos esos tentáculos verdes cubiertos de hojas.

Arlet lo miró de nuevo y después volvió al cuadro. La planta seguía transmitiendo aquella tristeza tan profunda, pero su pintor parecía mucho más alegre que cuando ella había cruzado el umbral de la galería hacía un rato. Entonces recordó al hombre sepia que le había hecho la prueba en la pastelería y lo comparó con la planta pulpo. Le vino enseguida la imagen fotográfica de su enciclopedia de animales acuáticos y se echó a reír también.

Berto levantó un poco la vista para ver qué era tan gracioso, aunque enseguida la volvió a bajar y siguió con sus quehaceres.

Al rato, Tom dejó de reír y usó un tono serio cuando dijo:

—Pinté la planta sin ningún otro propósito que pintar una planta. Siento defraudarte. No trataba de plasmar ningún sentimiento humano ni de reflejar una etapa de mi vida ni nada parecido. Sinceramente, estaba un poco cansado de esta colección y no sabía cómo continuarla. Vi la planta en la cocina y la pinté.

Arlet se quedó callada. Fue ahora Tom quien la escrutó con la mirada, algo avergonzado.

—Siento que quizás no haya nada que rascar tras la obra de un pintor que alguna vez fue conocido. —Se encogió de hombros y metió las manos en su chaqueta.

Arlet rio un poco, no de él, pero fue una mezcla de nervios, comprensión y sorpresa. Tom Jenkins no parecía ahora un hombre estirado y orgulloso como había pensado, sino sincero, algo decepcionado o triste como la propia planta que había pintado. Aquello fue lo que vio en aquella confesión tan sincera, algo agotada, que había salido de sus labios. Qué fácil habría sido para él convencerla de su genialidad con alguna patraña de psicoanalista. Y, sin embargo, fue terriblemente claro. Ahora le parecía un hombre distinto al que había juzgado cuando entró.

—Pues es apasionante que hayas conseguido mostrar la tristeza de esa planta solo con dibujarla.

—¿La tristeza de la planta? Dudo mucho que la planta esté…

—Ah, sí, esa planta está triste. ¿Dices que la tienes en tu cocina? Pues fíjate hoy cuando vuelvas a casa. Le ocurre algo. Tendrás que averiguarlo. Pero mientras la pintabas tratando de terminar un encargo, ella te estuvo mostrando toda su vulnerabilidad.

Tom se puso serio. ¿Creía ella realmente en lo que estaba diciendo? Eso parecía.

—Solo es una planta, a lo mejor necesita agua y…

—Quizás le ocurra otra cosa. Dicen que los potos se adaptan a un lugar, y si los cambias de sitio se suelen marchitar.

—No la he cambiado de sitio. De hecho, ejem, la tengo porque es una planta que prácticamente se cuida sola y yo… Nunca la he movido de donde está. No se me da demasiado bien cuidar de nada… De nadie… —Bajó un poco el tono de voz, avergonzado. No sabía por qué estaba hablando tanto, como si aquella desconocida tuviera alguna extraña fuerza en él.

—¿No hablas con ella?

Tom se giró y la miró, divertido. Arlet se giró a la vez y sus ojos se encontraron bajo el brillo de las luces de led que iluminaban la sala. Arlet tenía los ojos muy redondos, pardos, con las pestañas tan enmarañadas como su cabello. Tom, en cambio, era de ojos pequeños, almendrados, un poco separados, de un azul muy claro bajo unas cejas espesas.

—Hay que hablar con cualquier ser vivo, Tom Jenkins.

Tom sonrió de nuevo y ella descubrió que tenía un hoyuelo muy pequeño en la comisura del labio. Desvió la mirada, sorprendida por fijarse en aquellos detalles, aunque le costó apartarla de

allí. Notó cómo se ruborizaba levemente. Entonces Tom todavía bajó un poco más el tono de voz, seguramente para que Berto no lo oyera, y se acercó a Arlet, que agradeció inesperadamente aquella cercanía.

—Yo todavía no sé tu nombre.

—Ah, sí, es cierto. Me llamo Arlet, Arlet Usó. —Le dio la mano de nuevo y, nada más hacerlo, se dio cuenta de que era la segunda vez y se sintió algo ridícula. Pero él respondió rápidamente al contacto, casi agradeciéndoselo. Volvió a hundir sus pequeños dedos en aquella mano inmensa y tuvo la sensación de que Tom se recreaba en el tiempo de la encajada aquella vez.

—Todas tus pinturas son de color verde. Cada cuadro de esta exposición está pintado solo en tonos verdes. ¿Es una característica específica de tu obra?

Tom pareció despertar de repente y le soltó la mano. Arlet notó un frío extraño en sus dedos nuevamente desnudos al separarse de los de él.

—Sí. Es el color con el que pinto. Todos mis cuadros son así, en verde.

Se volvieron a girar ambos de cara al cuadro de la planta. Arlet habría querido alargar el instante, pero era cierto que estaba muy cansada y que no sabía cuánto tendría que esperar al autobús. Así que se dispuso a marcharse de la galería, muy a su pesar. Sin mirarlo, le dijo que ya tenía que irse.

—Espero que te haya gustado la exposición —la voz de él era cálida. Entonces Arlet sí se giró hacia él:

—Me ha gustado mucho, de verdad. —La sonrisa de la chica fue tan sincera que Tom tuvo que desviar la mirada, pues sabía que no era su mejor trabajo.

Se acercaron hasta la mesa donde Berto seguía tecleando. Se quedaron quietos, de nuevo en un silencio algo sorprendente que ninguno supo interpretar.

Entonces, Tom, torpemente, supo que debía hacer algo y se acercó a la estantería de láminas junto a Berto y se puso a buscar entre estas. Arlet se dio cuenta de que la cajita de la tarta estaba abierta y de que alguien había probado la crema de coco.

—Toma, esto es para ti: un recuerdo. O un regalo. Bueno, para ti.

Algo nervioso y volviendo a aquella pose estirada del principio, le plantó bruscamente contra el pecho un papel enrollado con una goma. Arlet lo agarró con cuidado. Berto observó la escena con curiosidad.

—Muchas gracias. Os regalo a vosotros la tarta. La he hecho yo, aunque en la caja ponga el nombre de otro sitio… Ha sido un placer pasar este rato aquí. Un momento inesperado, supongo.

Los tres se miraron. Arlet se dio cuenta de que las suelas de sus botas se habían clavado allí mismo y pesaban tanto que no podía moverse, así que hizo un esfuerzo por andar los pocos pasos que había hasta la puerta. Antes de salir a la calle, se giró y miró a Tom:

—Si hablas con la planta ya verás cómo acabarás averiguando qué le pasa.

Tom dibujó media sonrisa, mostrando cierta timidez en el gesto. Arlet no lograba que sus pies fueran menos pesados, como si no quisieran alejarse de allí, pero al final consiguió abrir la puerta y salió afuera, haciendo antes un gesto de despedida con la mano que Tom le devolvió con la cabeza.

Quieta, de espaldas a la galería de arte, observó el banco vacío con las rosas sin abrir detrás. Giró la vista a la derecha, era una callejuela mal iluminada y no había nadie, aunque le pareció adivinar a lo lejos la figura de alguien paseando a un perro. A su izquierda se intuía el bullicio de la avenida, las voces entrecortadas por los cláxones de los coches.

Se puso de nuevo de cara a la galería de arte. Se trataba de una puerta acristalada, nada más. No tenía rótulo. No la iluminaba nada en su exterior. El edificio, como tantos otros de ladrillo de los años noventa, no tenía nada de especial. Y, a pesar de todo, el brillo de todos aquellos cuadros verdes se mezclaba con la luz blanca del techo y salía a pie de calle dando una sensación de calidez.

Con un poco de timidez también miró adentro. Berto volvía a trabajar en su portátil. Tom Jenkins, sin embargo, se estaba comiendo con fruición su famosa e inigualable tarta de zanahoria sentado en la mesa. Y por la expresión de su rostro, había captado perfectamente cuál era la magia de su cocina.

Sonrió satisfecha, como si el pintor hubiera sido el verdadero examinador de su postre aquella tarde, y se fue dando zancadas hasta la parada del autobús. El suyo acababa de llegar y estaba abriendo ya sus puertas.

Capítulo 6

Sentada en el autobús con la imagen del pintor comiendo la tarta, se puso a pensar en el momento en que conoció a Carmen. Y cómo, de aquel otro momento inesperado, nació la pastelería. Arlet sabía muy bien que los momentos inesperados siempre traían consigo cambios notables. Solo había que ser paciente y descubrir si eran para bien o para mal.

—Buenas tardes, ¿eres Arlet Usó? —Carmen tenía una voz grave, rotunda, cuando la vio por primera vez. Contrastaba con el aspecto flexible y armónico de todo su cuerpo, el pelo lacio, el rostro tan perfectamente acabado. Pero aquella gravedad no la empeoraba, sino que le daba una credibilidad muy interesante.

Arlet asintió y le dio dos besos de forma espontánea. Habían quedado en su casa, que era una casa antigua destartalada de dos pisos con un bajo cerrado a cal y canto por una verja. A cada lado había dos edificios nuevos, de no muchas más alturas, y enfrente un solar a la venta. Arlet conocía poco aquella zona de la ciudad, pero le pareció que el aire que se respiraba era más fresco.

—Quiero hacerte una propuesta. Es un proyecto que hace tiempo que quiero llevar a cabo, pero no había encontrado el modo… Hasta que probé tus bizcochos. Pero primero debería contarte la historia de por qué creo que eres la persona idónea para asociarte conmigo.

—¿Asociarme?

—Sí. Asociarte. En un negocio. Estoy segura de que te entusiasmará, si no me he equivocado contigo. Pero déjame que te cuente primero.

Estaban en el primer piso, sentadas en un sofá de color azul bastante cómodo. La casa, poco decorada, olía a todas las flores que aquella mujer había colocado sobre varias estanterías en las paredes.

—Esta casa la heredé siendo muy joven. Mis padres fallecieron en un accidente de coche y me vine aquí a vivir con mi tía, quien murió poco tiempo después también. Entonces, la casa, que sería mía al cumplir los dieciocho, quedó deshabitada durante los años en que estuve viviendo en otra ciudad con otro familiar. Cuando fui mayor de edad, lo dejé todo y me vine aquí de nuevo. Necesitaba mi espacio. Esto estaba hecho una verdadera ruina y yo no tenía dinero. Fue costoso, pero con el paso del tiempo logré que cobrara vida. Magia. Por aquí han pasado artistas de todo tipo: ceramistas, encaladores, carpinteros, marmolistas… Bueno, no hay nada como rodearse de amigos y amigas que puedan adecentarte la casa a cambio de compartirla con ellos.

—No debió de pasar mucho tiempo sola…

—En absoluto. Aquí siempre venía gente de todas partes, todos ayudaban y colaboraban, se quedaban algunas temporadas, luego volvían a marcharse… Durante bastantes años, en la planta

baja regenté una especie de mercadillo de intercambio.

Tosió un poco y sirvió café. Después miró a la chica tratando de analizar su reacción.

—Con el tiempo, la gente dejó de venir, las cosas cambiaron, yo también, cerré el negocio y me puse a trabajar de dependienta. Qué se la va a hacer. —Se encogió de hombros—. Todo el mundo me aconseja día sí día también que venda la casa, que sacaré mucho dinero para poder pasar tranquila el resto de mi vida y que me traslade a un lugar más pequeño. Tonterías. Yo nací en este barrio, cuando todo era campo, aquí viví momentos inolvidables, los últimos días de mi tía. No, yo no quiero vender esto. Yo quiero que esto recupere la magia de antes. La magia de la niñez, la magia del mercadillo, de la gente que viene porque aquí hay cosas distintas. No sé si me explico.

—Es una casa realmente encantadora.

—Ya, sí. Y además tiene un fantasma incorporado. Sí, sí. En serio. No es el de mi tía, no. Mi tía era demasiado buena como para andar dando sustos tras las puertas. No sé muy bien quién es, pero vive aquí. A veces está arriba, a veces en el patio. —Había bajado el tono de voz, que se volvió solemne y solo se rompió por el tintineo de sus pendientes.

—No me asustan los fantasmas.

—Bien. Me lo imaginaba.

Arlet recordó que entonces la mujer se levantó y cogió unas llaves. Y en ese preciso momento todo el engranaje se puso en marcha. Ya no dijo nada más. Le hizo un gesto y la chica la imitó. Bajaron por unas estrechas escaleras que olían levemente a moho y entraron en el bajo. Fue su primer encuentro con la que iba a ser su pastelería.

Allí, entonces, en aquel momento inesperado, Carmen sacó un trozo del bizcocho que había guardado y lo colocó en un plato, que limpió con la manga, sobre una mesa cubierta con una sábana.

—Esta es mi propuesta: quiero que abramos juntas una pastelería. Yo pongo el local, tú cocinas estas maravillas. No puedo proponerle esto a nadie más. Cuando saboreé el bizcocho tuve un recuerdo tan vívido y real de la última tarde que pasé con mis padres que sentí mucha paz. Quiero esto para mi negocio. A cambio, te pido tres cosas.

Arlet estaba embobada viendo aquel lugar desastrado, pero terriblemente encantador, lleno de una sensación, imposible de explicar con palabras, que transmitía algo auténtico.

—Lo que sea —se oyó decir, sin reflexionar.

—De acuerdo. Primera cosa: será una pastelería con algunas mesas para consumir. Los gastos irán por mi cuenta al empezar. A cambio viene la segunda cosa: te mudarás a vivir a la última planta de la casa. Se trata de un ático desde el cual puedes ver toda la huerta y, además, parte de la montaña, a lo lejos. Las puestas de sol son únicas. ¿Quién puede decir hoy en día que tiene un piso en la ciudad desde el que se ve en primera línea la puesta de sol? Evidentemente, no te voy a engañar. Es un lugar muy pequeño, apenas un par de estancias con una bonita terraza. Todo en versión reducida, claro. ¡Pero con tantísima luz…! Y prepararé un horno fabuloso para que cocines. Ya ajustaremos el precio… Y la tercera cosa: es obligatorio que quien viva en mi casa tenga un animal.

La excéntrica mujer se rio y todo a su alrededor cobró vida de forma mágica. Era hermosa en su extravagancia. Y Arlet pudo ver de verdad cómo iba a ser aquella pastelería. Porque iba a aceptar aquella propuesta llevada por un impulso o por una locura repentina.

—¿Por qué me ha elegido si no me conoce?

—Porque, ¿cómo podía alguien lograr que un dulce evocara unos recuerdos así? ¿Había

magia en tu receta? Y entonces lo vi clarísimo: alguien con la capacidad de cocinar de este modo, con este poder de evocación, ¡está prácticamente obligada a tener una pastelería!

Arlet se echó a reír y, sin reflexionar, le dijo que aceptaba. Aquella mujer tan fascinante era la persona más rara que había conocido jamás, pero le había iluminado el futuro de repente. Se apoyó en una silla y le explicó:

—Tengo un perro. Rochester. Solo podría alquilar un espacio donde Rochester estuviera conmigo, desde luego. Así que, sí, tengo un animal.

La mujer golpeó la mesa, triunfal, y un montón de polvo saltó por los aires. Arlet dio un respingo por lo inesperado de la reacción.

—¡Pues no se hable más, señora pastelera! Vámonos ahora mismo a ver el piso. Estoy segura de que tampoco te defraudará.

Y así fue. Arlet quedó prendada de aquella luz solo entrar por la puerta. Y eso que el espacio era mucho más pequeño de lo que la mujer había dado a interpretar. Pero ¿qué importaba? A ella y a Rochester les sobraba con aquello, no necesitaban nada más. Y la mujer incluso se avino a ajustar el precio hasta que la pastelería fuera viento en popa. Aquello todavía no había ocurrido, pero tampoco había cambiado el precio del alquiler desde entonces.

Capítulo 7

Lo primero que hizo Arlet al llegar a casa la noche en que conoció a Tom fue acariciar a su perro y cogerlo en brazos. Enseguida lo bajaría a pasear al parque, pero primero quiso encender su ordenador para consultar algo. La pantalla se iluminó y en el buscador introdujo un nombre: *Tom Jenkins*.

Apareció información variada sobre el pintor y también imágenes de cuadros famosos que había pintado. Todos eran de color verde, bastante abstractos, y de alguna manera la transportaron a una de las pocas exposiciones de pintura que había visto, años atrás, de Delaunay. Se dio cuenta, al ver aquellas otras obras, que la exposición que acababa de visitar no era demasiado lograda. Sintió una punzada de pena. Tom Jenkins parecía una buena persona.

En cuanto Tom llegó a casa después de conocer a Arlet se metió en la inmensa y fría cocina y encendió la luz. Sobre la alacena se encontraba el potos que había pintado con tanto desánimo. Lo miró con atención. Seguía siendo la misma planta de siempre: verde, con tallos largos y muchas hojas. Nada de especial. No intuyó nada extraño en ella, ni le pareció que estuviera triste ni que le pasara nada. No había ni una sola hoja marchita en aquella planta.

Vació de platos la encimera y colocó allí el potos. Lo roció cuidadosamente con el grifo para regarlo y luego pasó un trapo húmedo por alguna de las hojas.

Lo volvió a observar. Nada le parecía distinto de hacía unos minutos, pero tampoco de aquella mañana o de ayer. Entonces puso los ojos en blanco, aunque se oyó decir en voz alta:

—Hola, planta. ¿Cómo estás? ¿Me has echado de menos hoy?

«Qué tontería», se dijo. Y dejó la planta allí mientras abría la nevera y sacaba una cerveza bien fría.

Arlet dejó encendido el ordenador para poder seguir leyendo más cosas sobre Tom Jenkins a la vuelta del paseo con su querido Rochester. Antes, sin embargo, observó con cautela el papel enrollado que Tom le había dado. No lo había soltado ni separado de su pecho desde que él lo había colocado allí y le parecía algo muy íntimo que debía ser abierto con sumo cuidado.

—Ven, Rochester, ponte aquí conmigo, vamos a ver qué nos ha regalado el pintor.

Hizo resbalar primero la goma con mucho cuidado de no dañar el papel y, una vez liberado, lo abrió como un pergamino. Entonces dio un bote y se le escapó un grito.

—¡Mira, mira, perrito! ¡Es la planta! ¡La planta triste!

Alzó aquella lámina, reproducción del cuadro que había estado mirando con Tom, y de pronto otro papel cayó al suelo. Dejó delicadamente la lámina sobre la mesa y se agachó a recogerlo. Era una invitación impersonal donde decía que a la semana siguiente se clausuraba la

exposición del excelente pintor inglés Tom Jenkins y que se serviría un aperitivo y habría un violinista amenizando la velada.

—¿Qué te parece, Rochester? ¿Voy a ir?

Cuando se terminó la cerveza, Tom se acercó de nuevo a la nevera y la abrió, desanimado.

—¿Te das cuenta, planta? Aquí solo hay cervezas, medio limón y alguna sobra de la comida india que pedí hace un par de noches. ¿No te parece que esto es un desastre?

Aunque se había sentido ridículo hablando con la planta, se dio cuenta de que seguir haciéndolo ya no era tan extraño. Incluso le dio la sensación de que el eco que solía acompañarle en la cocina no era ya tan inmenso y se sintió arropado.

Se sentó sobre uno de los taburetes blancos y apoyó otra cerveza sobre la isla de mármol que el decorador había plantado en medio de aquella cocina enorme.

Toda la casa era excesivamente enorme para una persona sola. Situada en la parte alta de la ciudad, junto a una de las colinas que la rodeaban, en un pequeño pasaje que resultaba desapercibido para todo el mundo, la casa de Tom Jenkins se había convertido en una fortaleza inexpugnable y, sobre todo, muy fría y solitaria. Evitaba pasar allí el tiempo.

Se dio cuenta de que la tenue luz de los fluorescentes apenas iluminaba la estancia, y la ventana horizontal descomunalmente grande que daba a una arboleda que no pertenecía a su jardín le devolvía una imagen deprimente de oscuridad y ramas negras en movimiento. Bostezó.

—Muy bien, plantita. Quizás sea hora de dormir.

Cogió el potos y lo volvió a colocar sobre la alacena. De nuevo lo observó con sumo cuidado, levantó algunos de sus tallos y pasó la yema de los dedos por sus hojas, todavía frescas tras el baño. Nada, no vio nada.

—Es probable que se le den muy bien las tartas, pero no tiene ni idea de plantas. ¿Verdad, amiga?

Arlet ya estaba acostada con Rochester a sus pies, tapada hasta la nariz, leyendo con avidez todo lo que la red dejaba al descubierto del pintor inglés venido a menos. Le llamó la atención que lo calificaran de inglés continuamente, porque por lo que había podido descubrir, en Inglaterra solo pasó parte de su infancia. Suponía que el lugar de nacimiento hacía a la persona, si se seguían las afirmaciones categóricas de aquellos periodistas.

Las fotos de Tom de jovencísimo le llamaron mucho la atención por lo atractivo que aparecía en ellas. Con el rostro cubierto de pecas, que entendió que ahora escondía bajo aquella barba mal afeitada, mostraba unos rizos oscuros en forma de tupé que le caían sobre los ojos, radiantes. En todas aquellas fotografías de absoluta felicidad, aparecía rodeado de pinceles, manchas de pintura de mil colores, otros jóvenes de rostro radiante como él, y su madre.

Parece que la madre de Tom fue una mujer importante en el mundo del arte. Arlet se sintió cohibida por ser desconocedora de todo aquello y se prometió a sí misma dedicar más tiempo a estudiar la pintura contemporánea. Se dio cuenta de que en su casa no había ni un solo cuadro. Tampoco en la pastelería.

—Bueno, pronto pondremos a la planta triste aquí mismo. O abajo, ¿verdad, Rochester?

Rochester levantó las orejas y ella estiró el brazo para acariciarle el lomo.

La cama de Tom era tan grande como la cocina, e igual de inhóspita. Por un momento dudó si llevarse a la planta con él a su habitación para hacerse compañía mutua, pero recordó aquello

de que a los potos no les gustaba que los movieran de lugar.

Dio varias vueltas, el nórdico acabó cayendo al suelo, cogió algo de frío. Al final, desesperado por el insomnio y con el cuerpo pesado por la bebida, se incorporó. Allí también había una ventana inmensa, pero esta daba a la parte de su jardín donde estaban los árboles frutales y la piscina. No entendía por qué no estaba de moda poner cortinas.

Agarró el móvil que tenía cargándose sobre la mesita de noche. Apenas sin ser consciente de ello entró en el buscador y escribió el nombre de Arlet Usó. No había demasiadas entradas, pero le pareció muy divertido que tuviera una cuenta de Instagram de cocina que se llamara *La pastelería* y le fascinó descubrir que era porque regentaba una pastelería de verdad con aquel nombre.

—Creo que esta mujer ni sabe de plantas ni sabe de marketing. Pero aquella tarta…

Se rio y la risa rebotó en la soledad de su fortaleza.

Pasaba la medianoche cuando ambos, cada uno desde el abrigo de sus camas, consiguieron dormirse. Se enredaron los pensamientos de uno y otra, sin saberlo, como aquellos tallos de la planta triste.

Capítulo 8

Arlet le contó a Carmen la anécdota de la galería de arte omitiendo el hecho de que no había dejado de pensar en el pintor. Si lo meditaba fríamente, tampoco había sido un rato demasiado largo ni una conversación demasiado profunda, pero algo en aquellos ojos tan azules, algo en aquel comportamiento estirado y orgulloso a veces, pero sincero y amable otras, le había calado. Y sobre todo su mano, tan grande, tan cálida.

—Bueno, veo que tuviste una tarde distinta. ¿Por eso me preguntabas por los cuadros? —Carmen se había puesto de pie y estaba recogiendo el desayuno—. ¿Quieres colgar aquí algún cuadro de tu coronel Brandon?

—¿Por qué dices eso? Nunca podría pagar un cuadro como esos. ¿Tú sabes los precios que tienen? Son una locura. No hay suficientes hornos en toda la ciudad para las tartas que tendría que cocinar y vender… No, no. ¿Y por qué le llamas coronel Brandon? —Arlet la golpeó cariñosamente con la servilleta.

Entonces se dieron cuenta de que alguien esperaba tras la puerta.

—¡Oh! Se nos ha olvidado abrir, con tanto arte sobre la mesa. Ya está aquí nuestra correctora favorita. Puntual como siempre.

Arlet encendió todas las luces del local y Carmen cerró la puerta del patio, Rochester tenía una trampilla junto a la puerta para entrar y salir siempre que quisiera. Puso en marcha la calefacción, aunque tardaría un ratito en notarse el calor. Le abrieron la puerta a una chica muy alta de pelo negro recogido en un moño como un samurái. Llevaba un abrigo largo hasta los tobillos y con una mano sujetaba la cartera de un portátil y con la otra una bicicleta plegable de color azul.

—¡Buenos días! Pensaba que hoy estaba cerrado. ¡Qué frío hace en la calle!

Eva formaba parte de los clientes habituales de la pastelería y ahora se había convertido ya en una buena amiga de las dos. En realidad, aunque nunca lo consultó, decidió instalar allí su oficina de correctora. Por lo que sabían, Eva había trabajado para una editorial muy importante, pero de la noche a la mañana, tras volver de la baja tras tener a su segundo hijo, la despidieron. Se puso a trabajar por su cuenta como autónoma, pero con dos niños pequeños le resultaba difícil compaginar horarios y trabajar en casa era un caos.

Al final, para cuando la pastelería abrió, y el pequeño ya había cumplido los cuatro años, había conseguido tener una cartera de clientes relativamente extensa y se decidió a trabajar allí todas las mañanas para no estar tan sola, hasta la hora de recoger a los niños a las dos de la tarde.

Carmen, un día, colocó para Eva una vieja mesa de madera que había pertenecido a una máquina de coser, una Singer que desapareció misteriosamente en uno de sus mercadillos, y una de las sillas más cómodas que atesoraba, y las puso cerca del patio, detrás de una columna que

las separaba un poco del resto de mesas. Era un lugar algo húmedo, pero tenía un poco más de intimidad. A Eva le encantó el pedal de la mesa, que la ayudaba a relajarse. Arlet le regaló una lámpara con reflejos de pájaros.

Eva se sentó en su oficina y Arlet no tardó en servirle un pedazo de la tarta del día y un café largo. Después se colocó en un taburete tras la barra y observó cómo Carmen le preguntaba a la correctora por sus hijos.

Arlet estaba satisfecha del funcionamiento del negocio, aunque era obvio que no se harían ricas. La calle, muy poco concurrida, hacía que la pastelería fuera visitada prácticamente por amigos y conocidos, y lo más importante que tenían eran los grandes encargos para fiestas de cumpleaños u otros caterings. Durante las mañanas, algunos vecinos solían tomarse allí el desayuno, pero el resto del día hasta la hora de comer era bastante tranquilo.

A Arlet le bastaba con lo que tenía. Pero sí le preocupaban los continuos desperfectos de aquella casa tan antigua, y por eso se había decidido a ampliar su negocio a la red. Con la cuenta de Instagram había logrado atraer a varios clientes más, pero sobre todo había conseguido dar a conocer sus postres clásicos y que la gente sintiera curiosidad.

Alejandro, el chico cuyo padre les traía la fruta, quería ser fotógrafo y la ayudaba fotografiando los postres. Lo hacía tan bien que la cuenta empezó a subir de seguidores rápidamente. Incluso la llamaron de una escuela de cocina para dar clase un día a la semana y volvió algún sábado a hablar de nutrición en un máster que ofrecía la universidad, ya que ella, en realidad, era nutricionista. La afición por la repostería se la había transmitido su abuela, quien prácticamente la crio de niña, y era en aquellos olores que tanto la entusiasmaban donde encontraba su don, donde se sentía más a gusto. Evocar las tardes después del colegio con su abuela era la finalidad de las gotas de vainilla, la calabaza al horno y el cabello de ángel.

Un día a la semana, cerraban un poco más temprano y Alejandro la ayudaba a preparar la pastelería como decorado de algún directo en redes para contar algún truco sobre la elaboración sencilla de postres deliciosos. Había empezado como una afición y ahora ya tenía bastantes seguidores, así que aquello también la había llevado a conseguir algún patrocinador, marcas de harinas, chocolates o leches vegetales, sobre todo, que se interesaba por ella.

Además, Eva la animó a preparar un libro de recetas, y en eso se encontraba cuando empezaron a lloverle propuestas de distintas pastelerías de la ciudad para elaborar postres. Muchas de ellas, locas por captar *influencers* para promocionarse, iban testeando a los que estaban más de moda en aquel momento.

Y aunque en su cuenta no escondía que aquello en lo que tenía más destreza eran los postres clásicos de toda la vida, parecía que muchos de esos locales vanguardistas que perdían la cabeza por tenerla entre sus *tops*, se deshinchaban cuando ella les preparaba un bizcocho de yogur de toda la vida o la ya conocida tarta de zanahoria.

La puerta se abrió y entraron un padre y un hijo que quisieron llevarse unas magdalenas con fresas. Arlet volvió a la realidad y se anudó el delantal a la cintura. Debía dejar de volar los pájaros de su cabeza.

Capítulo 9

Un par de días después del momento inesperado en la galería, Arlet había salido a comprar varios ingredientes que se le habían terminado. Cuando no daba clase o trabajaba en su recetario, Arlet pasaba las tardes en su piso elaborando los dulces para la pastelería y era Carmen quien se encargaba de los clientes. Aquellos ratos de soledad le gustaban mucho: la introversión de su espacio, su música, el ruido de la respiración de Rochester sobre la cama.

Cuando Carmen le propuso vivir allí, a Arlet no le pareció una locura, ya que en aquel momento se encontraba en una encrucijada. Había estado viviendo con Marc, un chico que había estudiado en la universidad con ella y con quien había salido un tiempo para después dejarlo y volverse a encontrar años después de nuevo. Su relación como amigos era buena, pero como pareja solían tener siempre varios puntos en conflicto.

Pero en su último encuentro tomaron la decisión de intentar formalizarla para ver qué ocurría y estuvieron viviendo en el piso de él durante casi un año. Hasta que Arlet descubrió que Marc la engañaba. El dolor de aquella traición fue terrible, sobre todo por su amistad, ya que ella confiaba mucho en la sinceridad de él. De pronto, todos los cimientos que sostenían las cosas buenas cayeron en picado y se quedó sola.

Sola y, en breve, sin casa. Marc, avergonzado por todas las estupideces que había hecho, le prometió que podía quedarse en su piso hasta que encontrara otra cosa. A Arlet aquello le hacía hervir la sangre, ya que sabía que mientras ella lloraba de rabia sobre el sofá donde solían ver películas juntos los fines de semana, a él le había facilitado el irse a vivir tan contento con la otra persona.

Así que cuando llegó la propuesta de Carmen, llevaba ya dos meses de incómoda ocupación de un piso que la ahogaba y habría aceptado vivir incluso en un cuchitril sin ventanas, durmiendo en el suelo, con tal de irse de allí. ¿Por qué no había salido corriendo antes? Arlet no tenía demasiados ahorros. De entre muchas de las tonterías que había cometido estando con Marc, una de ellas fue trasladar su vida a la de él y acoplarse a su ritmo de vida y a sus horarios.

Como tampoco era persona de muchos amigos, le dio apuro pedir ayuda para irse al piso de nadie mientras reorganizaba de nuevo su vida. Y la verdad es que no quería contar demasiado todo lo que había pasado por orgullo. Se sentía estúpida. Fue entonces, en medio de aquella sensación de desastre personal, cuando volvió a su afición favorita de cocinar pasteles. Cocinaba tantos que tuvo que regalarlos, ya fuera a los vecinos, a los dueños de los comercios y, claro está, a todos los alumnos a los que daba clase.

Al final, con el traslado a la casa de Carmen, consiguió arrancarse de la vida de Marc y retomar de una vez la suya propia. Un mes después de abrir la pastelería, Marc acudió a verla y a felicitarla. Y también le dio la sorprendente noticia de que iba a ser padre. Arlet no lo encajó mal,

pues ya había logrado saltar esa etapa, pero le asombró lo seria que había sido la traición y lo ciega que ella había estado.

Arrastrando ya de vuelta su carro de color blanco con flores negras cargado de ingredientes, Arlet se asomó al cristal de la puerta de la pastelería. Carmen estaba sola, apoyada en el mostrador, leyendo una revista como tenía por costumbre. Sonrió, ya que Carmen le solía contar que cuando por la tarde ella subía a cocinar era cuando la pastelería funcionaba a un ritmo más frenético y sola no daba abasto, y se decidió a entrar a decirle hola antes de dejar toda la compra en casa.

Pero entonces, de repente, el corazón empezó a latirle muy deprisa. Notó cómo la sangre se le arremolinaba en la cabeza y tuvo que sujetarse en el carro para no perder pie. Volvió a fijar la vista en el interior de la pastelería y vio aquello que, dejado sobre una de las mesas como si no tuviera ninguna importancia, había logrado ponerla tan nerviosa. Era *la planta triste*. Era el auténtico potos del cuadro de la galería. Allí. En su pastelería. «Pero ¿cómo…?».

Reaccionó de pronto, empujó la puerta y pasó el carro levantándolo un poco del suelo. El olor embriagador de los pasteles le dio la bienvenida. Carmen se quitó las gafas y la saludó con el característico tintineo de sus pendientes gigantes.

—Vaya, ¿qué haces aquí? ¡Sí que has comprado! ¿Tenemos algún encargo?

Arlet no separó los ojos de la planta. Carmen se dio cuenta y esbozó una sonrisa.

—Ah, bueno. ¡Lo que te has perdido! Te he llamado al móvil, pero no me lo has cogido, claro. Ha venido tu coronel Brandon. —Carmen se rio ahora abiertamente—. Y ha traído esta planta. Le he dicho que te iba a avisar, pero cuando ha visto que no estabas, no ha querido quedarse a tomar un café conmigo. ¡Qué hombre más estirado! ¡Y más alto!

Arlet la escuchaba mientras acariciaba con la yema de los dedos las hojas de la planta triste. ¿Cómo había sabido Tom Jenkins dónde encontrarla? ¿Y por qué le había traído la planta?

—¿Ha dejado algún mensaje para mí?

—No, no ha dicho nada. Solo que te traía la planta. Es un hombre parco en palabras. ¡Pero es enorme! Se me ha hecho diminuta la pastelería, como si todo hubiera encogido de repente frente a él. Y qué elegante.

Arlet suspiró, enfadada consigo misma por no haber estado aquella tarde allí. ¡Tom! Tom, el pintor, había venido. ¿Por qué había venido? Ella no había parado de darle vueltas a qué postre delicioso iba a preparar para el día de la clausura de su exposición que lo dejara completamente extasiado y, mientras se dedicaba a buscar ingredientes, él aparecía allí, por sorpresa, en su pastelería.

¿Qué iba a hacer ahora?

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿La dejarás aquí?

Arlet agarró la planta triste con las dos manos.

—No, se viene conmigo. Tengo muchas cosas que contarle. Y ella a mí.

Capítulo 10

Tom Jenkins estaba esperando un taxi en la puerta de su torre. Por fin había llegado el día y no había tenido la paciencia suficiente como para quedarse dentro de la casa. Ahora empezaba a sentir algo de frío. Estaba incómodo. La tarde era húmeda y aquel mes de marzo estaba resultando muy gélido.

Bajo el abrigo larguísimo y aquella bufanda de lana negra y azul, el pintor se había colocado un bonito traje que aún le entraba, de un azul que a la luz poseía algunos destellos eléctricos que llamaban la atención, sobre todo en un cuerpo tan grande como el suyo. Con unos lustrosos zapatos de punta un poco marcada y la camisa de pájaros grises, iba más elegante de lo que solía ser habitual en él.

Pensaba en Arlet, por supuesto. No había dejado de pensar en ella desde hacía una semana. No estaba muy seguro de por qué. Estaba claro que era una mujer bonita y además poseía una espontaneidad que le había calado hondo. Pero había algo más tras aquel breve encuentro en la galería, porque, si no, no era posible que alguien como él llevara tantos días dándole vueltas a si hoy la volvería a ver o no, como si fuera un adolescente, cuando solo habían intercambiado unas pocas frases y dos apretones de manos.

Y luego estaba la visita a la pastelería. ¿Por qué lo había hecho? ¿Desde cuándo era él un hombre espontáneo llevado por sus impulsos? Además, había salido rematadamente mal. Tendría que haber pensado en la posibilidad de que ella no estuviera. Se había sentido ridículo. Aquella extraña mujer mayor, con un rostro sorprendentemente simétrico, parecía llena de curiosidad y entusiasmo con su extraña visita. ¡Había sido absurdo!

Se había dejado llevar irremediablemente por las ganas de volver a verla, de analizar qué clase de mecanismo había puesto en marcha aquella tarde cuando entró en la galería, cuando descubrió sus pestañas enmarañadas, le habló de los sentimientos de las plantas y dejó allí aquella tarta embrujada.

Ahora estaba nervioso y tenía ganas de que el taxi llegara de una vez. No había pasado ni un solo día sin seguir el Instagram de ella y rememorar en la boca el sabor inaudito de la tarta de zanahoria. Se lo querría haber dicho en la pastelería. Aquella tarta sabía igual que el partido de rugby que ganó a los veinte años y tras el cual se sintió tan feliz. ¿Cómo lo había hecho posible?

La pastelería desprendía aquel olor dulzón de callejón antiguo repleto de especias con nombres extraordinarios. Toda su presencia estaba allí. Pero ella no. Así que, al volver a casa, la estuvo viendo en el directo grabado del día en que transmitió los secretos sobre sus buñuelos de tormenta, como ella los llamaba, porque dejaban en el paladar el sabor de las tardes de lluvia. Tom se lo creyó a pies juntillas y empezó a convencerse de que quizás era un poco maga o que a lo mejor Arlet solo existía en su imaginación.

Suerte de las redes sociales, suerte de Internet, suerte de aquella mujer en la pastelería. Suerte de averiguar tantas cosas de ella apretando algunas teclas en su móvil. Arlet Usó existía, para su regocijo. Y hoy estaba deseando volver a verla para comprender qué le estaba ocurriendo.

El taxi se paró frente a él y Tom se metió con cuidado para no golpearse la cabeza y para no arrugar su bonito traje.

Mientras el taxi iba saliendo de su barrio, vacío, solitario, oscuro, fue adentrándose cada vez más en la luz de farolas y comercios, el bullicio de la gente y el calor de los cuerpos enfundados en abrigos, guantes, gorros y bufandas.

El taxi llegó al destino y Tom, tras pagar y dejar una buena propina, caminó lentamente junto a los parterres de los rosales sin abrir. Vio que un par de personas fumaban a la puerta de la galería, con evidente signo de estar pasando frío. De dentro salía la conocida luz blanca con el reflejo del verde de sus pinturas que proyectaba sombras de otros cuerpos en las baldosas de la calle.

—Hola, Tom.

—¿Qué tal, cómo estás?

Un par de conocidos de toda la vida le encajaron la mano en la puerta, pero no se entretuvo demasiado y entró. Debía de haber unas veinte personas, más de las que había imaginado. Un violinista vestido de pingüino tocaba de pie en un rincón, junto al cuadro de los *Neones de carretera,* a su juicio, el mejor de aquella nefasta colección.

Parado en la entrada, muy nervioso, aunque no lo mostrara, movió los ojos a todos lados esperando descubrir a la pequeña Arlet. Pero no la vio por ningún sitio. Berto se acercó a él con toda su energía, le ayudó a deshacerse del abrigo y la bufanda y soltó un silbido al verlo, subiéndose mecánicamente las gafas de pasta azul.

—Caramba, Tom Jenkins, hacía mucho tiempo que no te veía tan elegante. Va a ser un buen cierre de exposición, por lo que intuyo.

Luego se acercó más a él y le dijo que se habían vendido todas las láminas por Internet y que un par de invitados ya habían dado paga y señal por dos de los cuadros expuestos, uno de los cuales era *Neones de carretera*.

—Al final, no habrá sido tan malo, ya verás…

Tom seguía con la mirada levantada, observando a todas partes sin prestar demasiada atención a las palabras del galerista. La puerta se abrió tras él y se giró como una exhalación. Solo eran el par de amigos que habían terminado de fumar.

—Gracias, Berto. Voy a hablar un poco con la gente, si te parece bien.

Así transcurrió prácticamente una hora. Tom se fue apagando como una cerilla, cada vez más convencido de que Arlet ya no aparecería. De vez en cuando observaba el cuadro de la planta y se enfadó consigo mismo por haberse dejado enredar en sus pensamientos infantiles. ¿Desde cuándo Tom Jenkins, el conocido pintor inglés, el de las portadas de las revistas, el que vivía en una gran torre, se dejaba llevar por algo así?

Un rato después, cuando la gente estaba entretenida con los canapés, el calor de la calefacción y sobre todo el champán, Tom se acercó a la mesa de la entrada y fijó su mirada en la calle. Fue entonces cuando levantó el rostro de golpe. Se frotó los ojos, pues él también había bebido un par de copas, y se aseguró de que realmente la chica que estaba sentada en el banco de enfrente era ella.

Abrió la puerta, asomó la cabeza y Arlet sonrió al verlo. Levantó tímidamente una mano enfundada en un guante cubierto de brillantitos azules que tintineaban, curiosamente parecidos al

azul eléctrico de su traje, y cerró la puerta tras de sí, abandonando la galería y colocándose, sin decir nada, a su lado.

—He traído bombones de tiramisú —dijo ella, señalando a su otro lado una bandeja cubierta de papel de plata.

Arlet estaba sentada sobre el respaldo del banco y aun así era tan alta como Tom, que se había puesto sobre el asiento. Cruzaron las miradas.

—Parece que estás helada, ¿llevas mucho rato aquí?

—Bueno, no, yo…

Arlet llevaba allí media hora y estaba congelada. Había llegado en el autobús abarrotado de gente, sufriendo por si sus dulces se caían o se estropeaban, y cuando se encontró frente a la galería se sintió fuera de lugar. Se había vestido con una falda de pana verde pensando que era el color más adecuado, pero una vez allí se percató de que la pana no debía de ser el tejido favorito de ninguno de aquellos ricos y famosos pintores, galeristas y gente de la cultura.

Se sintió muy ridícula y no supo cómo reaccionar. Se sentó en el banco esperando una señal para entrar o para dar media vuelta y, mientras la señal llegaba, se quedó muerta de frío.

—Estás muy guapa. —Tom Jenkins habló con la misma franqueza con la que le había confesado cómo pintó el cuadro de la planta, y a Arlet le subió el calor a las mejillas. Tom, en un impulso, acercó la mano para tocarle el pelo, pero se paró a medio camino, con cierto reparo.

Ella volvió a temblar bajo su abrigo y él se puso de pie, ofreciéndole la mano.

—Busquemos otro sitio.

Arlet se quedó parada, pero enseguida dio un bote y cogió su mano.

—¡Espera, espera! Los bombones de tiramisú, no…

Tom hizo un gesto indicando que esperara un segundo. La soltó y ambos volvieron a notar las mismas idénticas sensaciones del día en que se conocieron. Entonces se metió en la galería. Enseguida volvió a salir con el abrigo puesto y un par de copas de champán vacías en la mano. Destapó la bandeja y fue metiendo los bombones dentro de las copas con mucho cuidado.

—No pensaba irme sin probarlos.

Después, tomó la bandeja y entró de nuevo. Un soplo de aire caliente y el sonido del violín invadieron el silencio de aquella calle. Arlet vio cómo dejaba la bandeja sobre la mesa, donde una semana antes ella había dejado su tarta en la caja de cartón, y cogía una bufanda de un perchero. Entonces volvió a salir. Sin decir nada, y con mucho cuidado, pasó su bufanda de lana por el cuello de ella, sobre el pañuelo de color calabaza.

Se miraron un instante, sonriendo, y cada uno agarró una copa llena de bombones. El brazo de él se pegó al de ella, buscando su contacto, y salieron casi corriendo de allí, adentrándose en la callejuela mal iluminada donde Arlet, la otra vez, creyó ver a alguien pasear un perro.

Capítulo 11

Al final de la calle se toparon con una reja muy alta con el nombre de un parque grabado en ella. La puerta estaba abierta, pero el parque parecía bastante vacío.

—La gente de aquí suele pasar el rato en la avenida, comprando. Este parque es tranquilo, para quien busca el silencio. Viene la gente a pasear a sus mascotas y los jóvenes a fumar a escondidas. Bueno, a veces hay algunos pintores sin inspiración que se sientan a desesperarse.

Sonrió tras decir esto. Parecía contento. Arlet, sin darse cuenta, le dio la mano. Él respondió al gesto apretando su mano en la suya y sintiendo una corriente eléctrica tan grande que le dio la sensación de marearse.

—Ven conmigo —le dijo. Y ella se dejó guiar hacia el parque. Una vez en él, se dio cuenta de que había zonas que estaban más iluminadas que otras y de que varias personas paseaban por allí tranquilamente con sus perros. Le pareció una isla en medio de la locura del derroche y las prisas de la ciudad y se sintió muy a gusto. Sobre todo, porque estaba allí con él.

Caminaron un rato en silencio y de pronto Arlet se fijó en el fuerte olor de las lilas a su alrededor.

—Esto está lleno de flores —explicó él—. Van a tener que competir muy en serio con tus bombones.

Tom se rio y Arlet siguió sorprendida, y encantada a la vez, de ver cómo estaba manejando toda la situación. Tuvo la sensación de que aquello no podía ser improvisado y se preguntó si él habría pensado en ella tanto como ella en él. Se sentía algo avergonzada de haber estado escarbando en su vida, terriblemente pública, a través de Internet durante toda la semana, pero sentía una curiosidad inevitable por todo lo que rodeaba a aquel pintor.

Tom le dijo que por aquel camino entrarían en la zona de los tulipanes y que desde allí podrían acceder a un bonito paseo cubierto por una parra dulce. Aceleró el paso y de pronto se puso a correr.

—¿Qué haces? —exclamó ella.

—¡Ven, venga, vamos!

Corrieron los dos a través de unas jardineras gigantes de tulipanes blancos y anaranjados y, cuando llegaron al paseo, el frío se les había metido en los pulmones y les dio un ataque de tos, que se entremezcló con sus risas. Habían entrado en calor y Arlet se quitó los guantes. Tom aprovechó la oportunidad para volverla a tomar de la mano, sintiendo ahora la calidez de su piel, y la acompañó hasta un banco que había junto a una farola muy alta de aspecto modernista.

—Esta farola ha soportado muchas, muchas de mis derrotas. Debería haberla pintado a ella y no a la planta.

—Es una farola preciosa.

—Sí, es de principios del siglo xx. Es la única del paseo de este estilo. Parece ser que en la remodelación de la plaza tras la guerra solo se conservó esta y la colocaron aquí. Es una suerte que esté este banco libre. A todo el mundo le gusta sentarse junto a la farola.

A Arlet le gustaba escucharle hablar con aquel magnetismo inglés en la pronunciación de algunas de sus palabras, aunque él trataba de disimularlo. Se sentaron y se quedaron un rato en silencio para recuperar el aliento que habían perdido en la carrera improvisada. Sobre sus cabezas caían hojas de parra que desprendían un olor dulzón. Más allá, las estrellas asomaban con timidez en el cielo de la ciudad, aunque tal vez eran las luces de un satélite colgado en el espacio.

Tom acercó la copa de champán a su nariz y olfateó los bombones. Tomó uno con cuidado y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos. Arlet esperó atenta a ver qué le parecían.

—Esto no puede ser normal —exclamó él todavía con la boca llena de tiramisú.

—¿No están buenos?

Cuando terminó de saborearlos la miró muy serio.

—Son deliciosos. Hay algo mágico en estos bombones. Pero también lo había en la tarta. He recordado un momento muy concreto de mi vida cuando lo he mordido, era el sabor, aquel sabor de aquel día. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo se puede lograr eso? Ya lo sé: eres una maga.

—Ja, ja, ja, no soy una maga. Son las recetas de mi abuela, en algunos casos modificadas según ideas que se me ocurren, nada más.

—Pero no son meras recetas. Estos dulces despiertan recuerdos muy vívidos. Demasiado reales, te lo prometo. Y, además, siempre son recuerdos agradables.

Tom se quedó callado y se puso serio.

—¿Tu abuela no te contó que hubiera algo extraño o distinto en sus recetas?

—No, por supuesto que no. Son dulces de antes, con sabores de antes, y por eso te hacen pensar en momentos concretos de tu vida. Como si te comieras una Pantera Rosa, ¿a que sí? ¿Te gustaban las Panteras Rosas cuando eras pequeño? Todos los dulces son como la magdalena de Proust: te traen un recuerdo asociado a un olor, a un sabor. Son evocaciones.

Tom la miró fijamente con curiosidad. Tuvo la sensación de que la conocía desde hacía mucho tiempo, a pesar de que eran casi completos desconocidos.

—No sé si hablas en serio o me tomas el pelo. No me puedo creer que no sepas que a tus recetas les pasa algo extraordinario.

Arlet bajó un poco los ojos y jugueteó con el borde de la falda de pana verde. Dejó al descubierto unas medias tupidas de color negro.

—¿Qué tal estaba yendo tu despedida de la galería? —cambió de tema.

Él suspiró.

—Bueno, al final alguna cosa se ha vendido. Por ahora no necesito vender mis obras para vivir. No me falta dinero. No quiero parecer grosero, pero es así —farfulló, algo violento—. Sin embargo, es descorazonador descubrir cómo mi arte cada vez resulta menos interesante.

Arlet giró un poco la cabeza. Aquello dejó al descubierto de repente un tirabuzón castaño medio enredado entre el lóbulo de la oreja y un pendiente de plata, y Tom tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y no estirar la mano para tocarlo.

—Bueno, a veces hay que reinventarse o esperar nuevas oportunidades. No siempre nos salen las cosas como queremos o no siempre el público está predispuesto a recibirlas. Quiero decir, por ejemplo, que a veces mis tartas no salen tan deliciosas, o me equivoco en algún ingrediente o no

ajusto la temperatura del horno. A veces la persona a quien va dirigida no sabe apreciarla o no se molesta ni en probarla.

Se encogió de hombros. Tom no había quitado la vista de aquel tirabuzón.

—Me encanta que compares tus dulces con mis cuadros —dijo despacio—. Ojalá despertaran mis últimas pinturas las sensaciones que provocan estos bombones. Hablo en serio.

Arlet sonrió. Una polilla zumbó cerca de ellos y fue a colocarse en lo alto de la farola. Una pareja con un niño de unos seis años se acercó por el paseo. El niño iba botando una pelota que se escapaba cada dos por tres de sus pies. Fue a parar a los zapatos elegantes de Tom, que se la devolvió en un disparo comedido.

Cuando aquella familia desapareció tras las jardineras de tulipanes, Tom Jenkins no pudo resistirlo más y acarició la oreja de Arlet, colocando así en su sitio el tirabuzón rebelde. Estiró sin quererlo el pendiente, que se separó del lóbulo y fue a caer al suelo.

—Lo siento.

—Disculpa.

Ambos se agacharon y sus cabezas se encontraron torpemente.

—Está muy oscuro, perdona, no voy a poder encontrarlo. Ha sido culpa mía —dijo él, visiblemente sonrojado.

Ella no dijo nada, estaba todavía temblando tras el electrizante contacto de la mano de él sobre su oreja. No había sentido un escalofrío igual en mucho tiempo, y ni siquiera se habría percatado de la pérdida del pendiente si él no hubiera retirado rápidamente la caricia de su piel.

Levantó la mano para averiguar si la rosca seguía tras el lóbulo, pero Tom, adivinando sus intenciones, fue más rápido que ella y volvió a colocar su mano gigantesca en su oreja. El escalofrío regresó y traspasó su piel a través de los dedos de él, que también se estremeció.

En silencio, Tom Jenkins cubrió suavemente la oreja y parte de la mejilla de Arlet y la acercó con cuidado hacia su cara. La besó muy despacio, como si temiera que tomara forma de pájaro y saliera volando de entre sus labios. Cubrió entonces la otra mejilla con la otra mano y el beso se hizo más profundo, más largo.

Y no hubo en aquel momento ningún ruido en el parque, nadie que paseara, ninguna estrella que brillara en exceso, ni un solo perro corriendo sin correa, ni una brizna de aire sobre las hojas. Todo el parque se detuvo en una pausa tan larga que solo fue rota por el zumbido de la polilla que, tras sentir el calor de la luz de la farola modernista en sus alas, salió asustada y a toda prisa de allí y dejó a la pareja completamente sola.

Capítulo 12

No había nada más en el mundo que su boca. Olvidó la parra sobre la cabeza y los caminos llenos de flores. No le importó que al final del paseo hubiera un lago pequeño junto al cual la gente solía sentarse a leer por las mañanas.

Jamás había sentido una química, un impulso así. Eran reacciones que se solían achacar a los adolescentes, pero ella nunca fue una adolescente en aquel sentido. Su adolescencia fue distinta, a causa de las circunstancias familiares que cambiaron todo el rumbo de su vida. Pero lo escuchaba, lo veía. No lo entendía. Tampoco le ocurrió nunca con Marc, aunque era cierto que le encantaba estar con él.

Sin embargo, aquel anhelo lo cubría todo. Había caído sobre las calles, sobre sí misma, sobre la pastelería misma y lo había prendido todo del olor de Tom Jenkins. Era una mezcla agridulce de sensaciones que la hacían tambalear, como si hubiera perdido suelo, llevada por el mismo vértigo de las montañas rusas.

Si lo pensaba fríamente, solo había visto a aquel hombre dos veces. La primera, un rato en su galería, intercambiando una conversación no demasiado larga. En la segunda, la que había desembocado en toda aquella tormenta eléctrica, ni siquiera les había dado tiempo a conversar de nada más. ¿Qué sabía de él? Solo que quería estar pegada a su cara, a aquellos labios, a aquel hoyuelo apenas visible que se formaba entre la comisura de los mismos cuando hablaba con su acento tan particular.

Allí era donde quería estar, con auténtica desesperación, como si de repente el mundo se hubiera venido abajo y fuera el único lugar del que agarrarse. O quizás aquella boca era el abismo y se estaba metiendo de lleno en él, a ciegas, sin preguntarse por qué tenía aquella costumbre de dejarse llevar por los momentos inesperados.

Los besos no terminaban nunca y dieron paso a los dedos y a las manos. Había una urgencia cálida en aquel contacto, una necesidad de conocerse en aquel mismo instante. Pero Tom se detuvo, apoyó su rostro sobre el hombro de ella, suspiró, le besó la oreja, se dejó caer de nuevo allí, en silencio.

—Quizás deberías volver a tu exposición. Deben de estar preguntándose dónde está el protagonista del acto. —Arlet le susurró esto a los rizos de Tom, que reposaban junto a su mejilla y olían a recién lavados. Pasó sus dedos entre estos; estaban suaves y algo fríos por la humedad del parque. Tom no respondió.

Ella levantó con cuidado su rostro ayudándose de su mano, que ya no se había vuelto a poner los guantes con brillantitos para poder sentir el contacto constante con él.

—Podemos vernos mañana.

Tenían los ojos muy juntos. La cara de él era grande, con una mandíbula ancha y afilada. Sus

mejillas, encendidas por la cercanía de Arlet, dejaban entrever aquellas pecas juveniles que la chica había estudiado muy bien a través de Internet.

—Quiero estar contigo. No quiero separarme todavía. Quiero que hablemos. Saberlo todo de ti. Ahora mismo. Quiero entender todo esto —le dijo él, casi en una súplica.

Ella le besó la frente, luego los párpados. Lo hizo tan suavemente que él sintió un escalofrío de excitación incontenible. Le apartó la mano, suavemente.

—Lo digo de verdad, Arlet.

—Si lo supieras todo ahora, mañana ya no querrías volver a verme.

Tom Jenkins se acercó más a ella y volvió a besarla. Arlet supo que, si sucumbía, ya no podría remediarlo, tendría que dejarse llevar. Le asustó dejarse llevar. Tom no era el tipo de hombre por el que solía sentirse atraída: su mundo era completamente opuesto al suyo.

—Tom. Te prometo que mañana nos veremos y te contaré lo que quieras. Pero ahora tienes que ir a la clausura de la exposición. Recuerda que al final has vendido dos cuadros. Es importante.

Él agachó la cabeza sobre el pecho de ella. Arlet lo envolvió con sus brazos y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no darle la razón y salir huyendo de allí con él, corriendo de nuevo, hacia algún lugar donde poder descubrirlo completamente.

—De acuerdo. ¿Mañana podrás escaparte de la pastelería?

—¿Qué propones?

—Hay una exposición sobre pintores impresionistas en el museo del barrio antiguo. Me gustaría que vinieras conmigo.

Arlet lo besó largamente y sintió cómo la calidez de su lengua era cada vez más efervescente, más incontrolable. Al final, se apartó despacio.

—Me parece un gran plan.

—Está bien.

Murmuraban a ritmo lento, entrelazando silencios con besos más cortos.

—No sé qué me pasa contigo.

Al rato, deshechos los brazos y los labios, volvieron de la mano desandando el camino que habían recorrido la primera vez. Aprovecharon para prestar atención a las flores, a los olores. Nada les parecía tan impresionante como la sensación de andar cogidos de la mano, como si fuera algo que deberían haber hecho tiempo atrás, como si hubieran tenido que conocerse mucho antes. Iban comiendo bombones en silencio.

—Sigue siendo un misterio para mí cómo consigues esto. ¿Qué te viene a ti a la cabeza cuando los masticas?

Arlet dudó.

—Yo siempre recuerdo a mi abuela. Son las mismas sensaciones. La calidez. El otoño. Esa es mi evocación.

Él se paró y le besó la mejilla con ternura. Sabía al café del tiramisú. De alguna forma, Arlet pudo sentir un recuerdo muy lejano de él pegado en aquel beso.

—¿Vas a entrar conmigo a la galería? Berto seguro que se acuerda de ti.

—Prefiero volver ya a casa.

—No, no. Yo te acompañaré a casa, yo…

Ella le dijo que no con la cabeza.

—Nos veremos mañana. Ahora nos separamos aquí, ¿de acuerdo?

Ambos giraron la vista hacia la callejuela al final de la cual se descubría la avenida, las luces

y la parada de autobús, la entrada a otro mundo distinto del que les había cobijado. El reflejo verde de los cuadros de Tom seguía pintando sombras extrañas sobre el pavimento.

—Hasta mañana.

Entonces, ella salió disparada sin que a él le diera tiempo a reaccionar, a cogerla del brazo, a mantenerla en su mano gigante, que no le sirvió de nada frente a aquella huida. La vio desaparecer en la esquina, con su bufanda de lana ondeando en su cuello, como si hubiera sido una aparición. Pero no lo fue. Tom Jenkins nunca había sentido nada igual. Y aquello le volvía terriblemente vulnerable. Le había dolido verla desaparecer.

Se abrió la puerta de la galería. Berto había salido a vapear y, junto con él, la música del violinista con frac se escapó al frío del anochecer. Levantó la mano para saludarlo. Se llevó el último bombón a la boca y evocó cada beso con Arlet.

Capítulo 13

El día había pasado con una lentitud insoportable para Tom Jenkins. Había regresado a su casa una hora después de la marcha de Arlet, a aquella casa tan grande. Incluso para él, que era perfectamente consciente de su tamaño, de su altura, la amplitud de su espalda, aquellos hombros anchos, las piernas robustas. Hasta un gigante como él se sentía como una mota de polvo en aquel lugar tan frío.

Solo si ella hubiera estado allí… O quizás no. ¿Quería realmente que ella descubriera la insípida sensación de hogar que desprendían aquellas paredes? Era cierto que compró aquella casa en otra época, que solía estar llena, al principio con la presencia de Jana, luego llegaron también las fiestas, después Jana se marchó y las fiestas siguieron repitiéndose sin cesar. Allí, en la soledad de aquel espacio montañoso, no corría el riesgo de molestar a nadie.

Sin embargo, ahora que el tiempo de la diversión había dado paso a aquel aburrimiento y soledad, ¿no era un poco ridículo mostrar aquella casa excesiva a nadie? Y menos a ella, aquella mujer impresionante. Por ser tan distinta a todo lo que siempre había conocido le parecía todavía más llamativo que no hubiera necesitado más que cinco minutos una primera vez a su lado para saber que todo lo que sentía era nuevo, incontrolable, que tenerla a su lado le hacía sentirse mejor persona.

Se dio cuenta del extraño vacío que había dejado la planta triste en la cocina, aunque estaba seguro de que ahora, con ella, se sentiría mucho mejor que con él. De pronto experimentó una punzada de celos hacia aquella planta, de la cercanía que tendría con Arlet, quien quizás estaría acariciando sus hojas en la penumbra. Se llevó las manos a los ojos. Los frotó, cansado.

Aquella noche durmió mal, inquieto; tuvo varias pesadillas. En todas ellas, Arlet no existía, todo era mentira y no había nada más que una casa muy vacía y una maceta llena de tierra sin nada dentro.

Se despertó avanzada la mañana. Hacía un día radiante y el sol, aprovechando la falta de cortinas, había cubierto de luz toda la cama y el suelo. Se sintió enfocado, como si estuviera en el centro de un escenario. Bostezó. Cogió su móvil y se dio cuenta de que tenía un mensaje. Era de Arlet, de las ocho de la mañana. Le había mandado simplemente una foto de la planta triste, no decía nada más.

Él tecleó enseguida: *Buenos días. No has desaparecido, ¿verdad?*. Lo mandó. No recibió respuesta. Se puso la almohada en la cara. Seguro que había sido un mensaje tonto. Le llegó otro mensaje en unos pocos minutos. *El tiempo pasa muy despacio. Pero sigo aquí.*

A las seis en punto de la tarde se encontró hecho un manojo de nervios frente a la puerta del museo. La gente andaba por la calle con rapidez y otras personas permanecían sentadas en las escaleras de la entrada observando sus móviles. Le habría gustado estar solo o pasar más

desapercibido, pero aquello para Tom era bastante complicado. El día se le había hecho insoportablemente largo, sin nada que hacer, y al final decidió preparar una pequeña sorpresa para Arlet, que llevaba guardada en el bolsillo de su abrigo.

Alguien colocó la mano sobre su espalda. Al girarse, la vio allí. Por fin. Estaba tan bonita como las veces anteriores, con su media melena enmarañada por el viento de la tarde, los ojos pardos brillantes, abrigada hasta la barbilla con su bufanda de lana negra y azul. Le encantaba que ella llevara su bufanda, como si una parte de él no se hubiera despegado de su lado en toda la noche.

No pudo evitar, a pesar de que no sabía cómo iba a reaccionar al verla, cogerla entre sus brazos y besarla. Ella lo abrazó como si hiciera años que no se veían. Nada había cambiado desde la tarde anterior.

—Esto es tan extraño… —la oyó decir.

—Venga, entremos. Al menos no tendremos tanto frío.

Una vez dentro del museo, Tom pagó dos entradas y se dirigió a la primera sala.

—¿Qué vamos a ver?

—Es una exposición sobre impresionismo. ¿Te gusta?

—Sí. Bueno, conozco a Monet. Me gusta mucho Monet.

—Pues aquí veremos algún cuadro de Monet, sí. Y también de Renoir. Creo que Cézanne. Pero lo que quiero que veas es un cuadro de Berthe Morisot. ¿Conoces a la pintora impresionista? —Arlet negó con la cabeza—. Berthe Morisot tenía un talento increíble y se relacionó con los mejores pintores de aquella época.

Pasaron de largo algunas salas para llegar a parar en una donde se exponía juntos a Manet y a Morisot. Arlet leyó la información de ambos pintores en la leyenda de la entrada.

—Vaya, aquí explica que Berthe Morisot fue la cuñada de Manet. Aunque no sé mucho de su obra, también fue un pintor famoso.

Tom esbozó una sonrisa y aprovechó para acariciarle la mejilla a Arlet, que estaba radiante bajo aquella tenue luz de la exposición. Además, su piel parecía haber recuperado el calor tras pasar aquel corto rato bajo la calefacción del museo.

—¿Sabes qué? A mí me molesta un poco que se la conozca por haber estado emparentada con Manet. Es cierto que él fue un gran pintor, pero igualmente lo fue ella. Y nunca nadie dice que Manet fue el cuñado de Morisot. Ven a conocerla. Hay un cuadro que quiero que veas.

Le dio la mano y anduvieron hasta cruzar la sala, casi al final. Allí, un cuadro no demasiado grande, en apariencia sencillo, reclamó su atención de inmediato. Había otra pareja frente a él, pues la pintura desprendía una especie de hechizo. Tom le hizo una señal a Arlet con la mano para que lo mirara, pero sin decir nada.

Ella observó la pintura de una mujer frente a un espejo. A su alrededor se mezclaban tonos claros y cálidos: los blancos y crema de una habitación que parecía iluminada por la luz de la mañana, las cortinas y el sofá floreado a juego, una alfombra sobre la cual se estaba vistiendo. Aquella mujer, también en tonalidades de oro y ocre, con una luz tan clara que daban ganas de seguir mirándola, se situaba frente a aquel espejo de cuerpo entero.

—¿Qué ves en él?

Arlet aprovechó que la otra pareja se había alejado para acercarse más a la pintura. Era un cuadro discreto, pero no por ello de una delicadeza inusual. Le encantó la luz que desprendía, y pudo descubrir en aquella mujer algo que le llamó la atención.

—Oh, fíjate —le dijo a Tom señalando con el dedo—. En su reflejo no se aprecian bien los

rasgos del rostro.

Entonces giró un poco la cabeza, con interés.

—No parece que se esté mirando al espejo, a pesar de todo. Tiene la mirada perdida en otro sitio. ¡Ah, pero qué hermoso el rojo del suelo! Y ella es… es tan etérea. ¿En qué estará pensando?

Tom sonrió y pasó el brazo por su cintura.

—¿No decías que no entendías de arte? Me gusta todo lo que dices. Seguramente esa forma que tienes de explicarte en voz alta, aunque estés hablando contigo misma, fue la que me llegó adentro el día en que nos conocimos en la galería. Estaba seguro de que no te pasaría desapercibido nada de lo que plasma el cuadro, ya que has sido la única capaz de captar la tristeza de mi pobre planta.

—Ah, Tom Jenkins, vuelves a reírte de mí.

Tom le besó los labios y la apretó contra él.

—De ninguna manera. —Se puso serio—. Este cuadro, llamado aquí *El espejo de vestir*, tiene otro nombre: *El espejo psiqué*. Y es exactamente por eso: la autora fue más allá de una bella mujer vistiéndose en su habitación observando si estaba guapa o no. Los críticos han admirado siempre este cuadro porque ella no está observando cómo le queda la ropa, ella está pensando en otra cosa, ella mira más allá de su imagen: mira adentro. Como haces tú.

Tom cogió a Arlet de los hombros y la puso frente a él. El cuadro quedó en medio de los dos. Ella alzó la vista para alcanzar los destellos azules de la mirada de él.

—Para mí eres como esa mujer. Tan bonita, rodeada de luz. En la galería, mientras mirabas el cuadro que yo pinté, lo interpretabas desde tu interior, tus ojos en una dirección desconocida para mí, tan adentro de ti misma. Esa magia que tienes y que te hace especial.

—Eres un exagerado.

—Tienes razón. —Tom se rio—. En realidad, me recuerda a ti por lo enmarañado del pelo.

—Bueno, lo cierto es que ella lleva un recogido de lo más hermoso.

—Ah, no has prestado atención a esos mechones cayéndole sobre los ojos. Ese detalle demuestra que su pelo es tan rebelde como el tuyo.

Arlet se abrazó con fuerza a él y se perdió en su interior. Estaba tan a gusto rodeada de su presencia y de todos aquellos cuadros que maldijo en silencio que el tiempo transcurriera, que la tierra girara, que todo envejeciera tan deprisa a su alrededor. Tom le besó la cabeza y cerró los ojos. Olía a los bizcochos de la pastelería. Tuvo un miedo atroz, nuevamente, a que no fuera real y desapareciera repentinamente.

Capítulo 14

Disfrutaron de la compañía el uno del otro, cogidos de la mano, muy juntos, observando todos los cuadros de la exposición. Al salir, Tom le compró una postal de *El espejo psiqué* y le escribió un par de versos en ella.

—Léelos después.

A ella le seguía sorprendiendo, a pesar de que estaba empezando a conocerlo aún, aquella timidez que lo envolvía a veces y le hacía parecer distante o incluso orgulloso. Más que una timidez, quizás una prudencia ante las muestras espontáneas que con ella se le escapaban constantemente y a las que no parecía acostumbrado.

Al salir del museo, había oscurecido. Las calles seguían llenas de gente que iba a cualquier parte, con prisa. Pero ellos se tenían el uno al otro, y les daba igual ir o no ir a ningún sitio. Solo quería seguir sintiendo que estaban tan cerca. Tom conocía un café pequeño y tranquilo en una calle cercana, y decidieron acercarse. Pasaron allí un rato y no pidieron nada, pues no dejaban de mirarse, embelesados, y a la vez no paraban de hablarse, atropelladamente, preguntándose todo el uno del otro, con el ansia de las personas que se gustan demasiado y lo están averiguando.

—La tarde ya se va terminando… Ha anochecido. Pero hoy no quiero que te vayas.

La frase de Tom cayó de repente en medio de un silencio en el que habían entrelazado los dedos. Él jugaba con la yema del dedo índice de ella, haciéndole cosquillas.

—Me parece bien. Tengo que pasear a Rochester, mi perro. ¿Quieres acompañarme?

Cogieron un taxi y llegaron a la calle de Arlet. La luz anaranjada de las farolas dejaba al descubierto un barrio mucho más solitario, sin apenas tráfico. El taxi paró en la calle perpendicular a la pastelería y los dos bajaron del coche. Se abrazaron sin separar la vista el uno del otro. Tom recordó cómo unos días antes había ido hasta allí con la secreta intención de verla. Y, ahora, sintiéndose de repente como el hombre más afortunado del mundo, la tenía junto a él, y no había sensación más estimulante.

Caminaron lentamente hasta la puerta de la pastelería. Vieron luz a través de los cristales ahumados. Carmen todavía no había cerrado y decidieron entrar a la casa por la puerta de al lado, sin pasar por allí, como dos adolescentes escondiéndose de la vista de sus padres. Arlet le hizo señas a Tom para que no emitiera ningún sonido, pero, en la oscuridad de la estrecha escalera, él no pudo evitar abrazarla con fuerza y darle uno de sus besos interminables. Notó cómo la respiración de ella se aceleraba contra la pared.

—Tom, Tom, vámonos arriba. Carmen nos va a oír.

Él insistió en el beso y aquella vez fue más allá. Deslizó la mano bajo el abrigo, buscando el jersey de lana que cubría su pecho. Lo levantó. La piel de Arlet era tan suave que casi perdió el sentido, tan grande como era, deteniéndose en todos los pliegues y espacios que aún no conocía.

Arlet sintió la excitación de él y tembló. Las escaleras le parecieron de pronto eternas. Deseaba seguir allí mismo. Pero no debían.

—Tom.

Cada vez que lo nombraba, él enloquecía, en silencio. Desabrochó el botón de su pantalón. Ella le cogió la mano, dispuesta a deslizarla dentro, pero entonces, en un segundo, la apartó, con cuidado.

—Tom, vámonos arriba. —Se echó a reír. Él también.

A trompicones, entre besos, en el rellano del primer piso él la cogió en brazos y siguieron hasta el siguiente piso, cuando lograron alcanzar la puerta de la casa de Arlet. Arlet, nerviosa, tardó en encontrar la llave. De pronto escucharon cómo en la planta baja se abría la puerta de la pastelería que daba a la escalera.

—¿Arlet? ¿Eres tú?

Al oír la voz de Carmen, Arlet le tapó completamente la boca a Tom, aunque se les escapó alguna risa ahogada. Tom le besó los dedos, se los puso en la boca y ella lo miró, suplicante.

—Ssssh. Como suba Carmen, ya verás. Querrá interrogarnos.

Arlet consiguió abrir la puerta de su piso y Rochester salió de allí como una exhalación, dando saltos sobre sus piernas.

—¿Arlet? —Carmen insistía desde abajo. Al final, la chica decidió responder:

—Sí, soy yo, Carmen. Acabo de llegar. Estoy cansada. Hablamos mañana.

Mientras Arlet gritaba para que Carmen pudiera oírla, Tom había cogido a Rochester en brazos y había entrado en el piso, iluminado solamente por la luz que media luna reflejaba en la estancia. Se sentó sobre la cama, ya que no distinguió ningún sofá u otro sitio donde hacerlo. Rochester saltó de sus brazos y se acomodó en una camita pequeña que había en el suelo. Entonces, Tom se dio cuenta del espacio real donde se encontraban.

—¿Esta es tu casa?

—Sí. —Arlet parecía disculparse con aquella afirmación—. Es pequeña, lo sé, pero Rochester y yo no necesitamos nada más. Está la cocina donde hago los pasteles y… Mira. —Abrió las puertas que daban a la terraza. Resplandeció con más fuerza la media luna en el cielo —. Tengo esto.

A Tom le pareció que, si se levantaba, su cabeza chocaría contra el techo. De pronto se sintió demasiado torpe, enorme, grueso. Lo cierto era que llevaba un tiempo haciendo poco deporte, bebiendo más de lo necesario. Y en aquel lugar de cuento, todo su ser era como un objeto que no encajaba. Un hombre que había crecido demasiado.

Arlet se dio cuenta de que la mirada de él se había nublado, de que se había vuelto hermético otra vez, y pensó que era a causa de su casa, tan espantosamente claustrofóbica. A él, que debía de estar acostumbrado a lujos inimaginables para ella, ¿qué se le habría pasado por la cabeza al entrar allí? Que era un fraude.

En aquellos segundos, parecieron distanciarse siglos. Él pensando en lo imperfecto que debía de parecerle a aquella mujer maravillosa. Ella sintiendo que todo lo que pudiera ofrecerle era poco. Pero entonces, en lugar de seguir mirando la luna, Arlet se giró hacia Tom con determinación, se acercó a él, se agachó frente a él y le tomó la barbilla dispuesta a no dejar que la magia desapareciera. La alzó con suavidad.

Sin decir nada, besó su barbilla y subió a sus labios, el hoyuelo apenas perceptible en la comisura, después se entretuvo besando sus mejillas, los pómulos, sus párpados. Notó cómo se excitaba de nuevo, y ella también. Lo abrazó con todo su cuerpo, se dejó caer en él.

—No voy a gustarte, Arlet.

Ella se incorporó de pronto, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—No, yo…

Le puso el dedo índice en los labios. Después, despacio, le quitó el abrigo. Él siguió sentado sobre la cama, dejándose hacer. Después, le quitó el suéter que cubría una camisa de color azul. Fue desabrochando uno por uno los botones, con pretendida lentitud.

—Eso no es posible —le dijo—. Ya me gustas demasiado. Y no puedo pararlo.

Entonces él la agarró de la nuca y la acercó a su boca. Ella se colocó sobre sus piernas. Y comenzó a quitarse también el abrigo, el jersey. No hubo una primera vez en que dos personas se gustaran más, en que se entretuvieran más en conocerse el uno al otro. A Arlet le parecía que aquel hombre era interminable, que jamás había experimentado un placer similar. Tom descubrió sabores en ella que poseían la misma magia que los pasteles que cocinaba, y no podía evitar hundirse en ellos una y otra vez.

Estuvieron varias horas juntos, sin separarse, preguntándose qué había pasado en el mundo antes de encontrarse, porque les parecía imposible llegar a sentir nada igual. Tom, por primera vez en mucho tiempo, después de sentir completamente su cuerpo en el de ella, se durmió con una sensación de plenitud en la piel, en la boca, y no tuvo pesadillas.

Arlet, entonces, aprovechando que él se había dormido, se vistió, se puso el abrigo, la bufanda y los guantes y decidió salir a la calle con Rochester. Antes de desaparecer por la puerta observó al pintor inglés, iluminado por aquella media luna silenciosa, y le pareció irreal. Lo oyó respirar y acudieron a su mente todas las sensaciones vividas hacía un instante. Se estremeció, sonriendo.

Cerró la puerta con cuidado y, una vez en la calle, agradeció que el aire le helara las mejillas. Pensó que los besos y la saliva de Tom Jenkins se quedarían para siempre grabados en ellas. Entornó los ojos. Qué sensación de inmensa plenitud pensar que él estaba arriba, en la planta alta de su pastelería, y que todo su cuerpo iba a pertenecerle durante aquella noche, pues no le dejaría marchar.

Dio un paseo con su perro y, al rato, volvieron a casa. Tom seguía dormido. Arlet se desnudó y se colocó junto a él. Tom notó de nuevo su presencia, la buscó entre las sombras, sus manos la cubrieron completamente y la noche volvió a empezar.

Capítulo 15

Cuando sonó el despertador, los dos amantes volvían a estar entrelazados en medio de jadeos entrecortados. Aunque no habían dormido demasiado, se sentían completamente revitalizados, con una fuerza inusual. Los sentidos estaban en alerta. El último jadeo de Arlet fue tan largo y tan profundo, que Tom pensó que se desharía entre sus brazos. El despertador seguía sonando.

Al terminar, Arlet se levantó y apagó el móvil. De pie, en la oscuridad, pues aún no amanecía, miró a Tom tumbado en la cama.

—Eres increíble, Tom Jenkins. —Pero lo dijo con una ternura tan inmensa, que Tom se convenció de que aquella mujer no podía ser real.

Entonces se metió en la ducha porque tenía que abrir la pastelería. Le dijo a Tom que podía quedarse allí el tiempo que quisiera, pero que la avisara si se tenía que marchar, que no desapareciera sin despedirse. Tom, desde la cama, impregnado todavía del sudor de ella, observó la planta triste sobre una mesita. También descubrió la lámina que le había regalado la primera vez que la vio, dentro de un sencillo marco de madera blanca, y todos sus cimientos se tambalearon. Se sintió henchido de una sensación nueva de pertenencia, porque él también formaba parte ya de la cotidianidad de Arlet Usó.

Entonces rememoró su cuerpo, que ya se había aprendido, y le pareció tan magnífico que sonrió de oreja a oreja. Arlet no era una mujer demasiado alta, tenía los pechos pequeños y las caderas anchas, los muslos firmes. El cuerpo más hermoso que había tocado jamás.

Arlet salió de la ducha y se lo encontró con aquella sonrisa pasmada, mirando hacia ninguna parte, y se echó a reír.

Le besó los labios. Él todavía olía a ellos dos.

—Arlet, mira en el bolsillo de mi chaqueta. Hay algo para ti.

Arlet, como una niña, saltó sobre el abrigo y se puso a buscar. Encontró una cajita de cartón y la abrió. De dentro, salió un colgante. Se trataba de una pieza de cerámica con la forma de una hoja.

—Es una hoja. La hice ayer mientras esperaba a que llegara la hora de ir juntos al museo. La pinté de verde, por supuesto.

Tom se incorporó y cogió el colgante, abrió el cierre y lo colocó en el cuello de Arlet. Mientras lo hacía, no pudo evitar besarle la nuca. Arlet cerró los ojos y suspiró. Tom centró la hoja sobre el pecho. Le quedaba muy bien.

—Eres realmente un ser mágico. Una maga.

Arlet corrió a mirarse en el espejo. Volvió ruborizada de felicidad.

—Es precioso, Tom. Gracias. Gracias.

Tom la envolvió con sus brazos. Seguía desnudo. Arlet pudo notar cómo se excitaba de

nuevo.

—Eres increíble, de verdad. —Aquella vez lo dijo riéndose. Tom la tumbó sobre la cama.

—Tengo que ir a la pastelería.

—Lo sé.

Entre besos y más besos, Tom y Arlet se entretuvieron un rato más buscándose, tocándose de nuevo. Tom tenía un cuerpo robusto y a ella le gustaba sentirlo encima. Suspiró mientras decía:

—De acuerdo. Pero tú te encargarás de pasear a Rochester esta mañana.

—Perfecto, así no tendré que marcharme todavía.

La cubrió de besos y Arlet se dejó llevar. «Que no desaparezca», es todo lo que pedía, en silencio, mientras él le susurraba al oído palabras entrecortadas. «Que no me olvide», pensaba él a la vez que notaba cómo la respiración de los dos se aceleraba.

Cuando por fin Arlet bajó a la pastelería, Carmen ya había abierto y Eva estaba encendiendo su portátil sobre la mesa de la máquina de coser desaparecida. La bicicleta plegable descansaba junto al pilar.

—¡Vaya, vaya! Buenos días. Estás radiante. ¿No tienes nada que contar?

La mujer se acercó a ella y observó con una sonrisa el colgante de la hoja. Después se fijó en el tono enrojecido de la piel de ella.

—Vaya, vaya. Qué preciosidad. Parece que el coronel Brandon es un hombre detallista. Tendrás que buscar un piso más grande para poder guardar todos sus obsequios.

—¡Carmen! ¡No te rías!

Al cabo de una hora, mientras Arlet atendía a unos clientes y Carmen charlaba por teléfono con Alejandro, quien iba a pasarse en un rato a traer la fruta, se abrió la puerta y apareció Tom Jenkins con Rochester. El perro tiró de la correa y se escapó. Fue corriendo a las piernas de Carmen. Las tres mujeres lo miraron en silencio, ninguna esperaba verlo allí en aquel momento. Al final, Carmen rompió el hielo.

—¡Bueno! Hoy estás tú también muy contento, pequeño Rochester. Parece que te ha gustado el paseo con el coronel.

Tom saludó a Carmen con un gesto de la cabeza, distante. Ella se despidió rápidamente de Alejandro al teléfono y se adelantó a saludar a Tom, sin percatarse de su recato, y le alargó la mano con cordialidad, balanceando los pendientes y llenando la estancia de aquel sonido alegre.

—¡Buenos días! Pero siéntate, hombre, ponte cómodo que afuera hace frío. Te voy a preparar un café y a traerte algún dulce de Arlet.

Entonces se quedó observando el rostro de Tom, que también estaba enrojecido, y sonrió abiertamente.

—Vaya, vaya —volvió a repetir Carmen, y al girar la cabeza le guiñó un ojo a Eva, que miraba discretamente la escena con una sonrisa en los labios—. Quizás Arlet ya te ha preparado varios dulces, pero nunca está mal repetir…

—¡Carmen! —se oyó a Arlet desde el otro lado del mostrador.

Tom se acercó adonde estaba Arlet, aprovechando que los clientes ya se habían ido. Mirando a Carmen, dijo en voz alta, con aquel timbre grave y serio que le hacía parecer muchas veces menos cortés de lo que realmente era:

—Gracias por la invitación, Carmen, pero ahora no puedo quedarme.

Arlet puso cara de preocupación al oír aquellas palabras. Él la tomó de la mano y la miró con absoluta devoción, olvidado ya de la presencia de las otras mujeres. Entonces bajó el tono de voz, se endulzaron las frases en sus labios.

—Me acaba de llamar Berto. Hay algunos asuntos burocráticos que todavía tengo que cerrar respecto a la última exposición y el par de ventas, y voy a aprovechar esta mañana. ¿Querrás que te acerque por la tarde a algún sitio? ¿Querrás… querrás que vuelva después?

Susurraron sin quitarse la vista de encima, sin dejar de tocarse. Arlet le pidió que sí, que volviera, y después le puso un café para llevar y le envolvió una Pantera Rosa.

—Las preparé ayer pensando en ti. Espero que tengas dulces evocaciones.

—Me basta con recordar toda la noche a tu lado.

Arlet bajó la mirada. Luego se aseguró de que Carmen y Eva no podían oírlos.

—Nos veremos después. Porque no vas a desaparecer, ¿verdad?

Se despidieron con un beso larguísimo. Tom, incapaz de soltar los dedos de Arlet, al final lo hizo para levantar la voz y despedir a las otras dos mujeres, que sonreían divertidas.

Una vez Tom hubo abandonado la pastelería, Carmen se acercó rápidamente al mostrador y Eva la imitó, poniéndose de pie y colocándose a su lado. Rochester hizo lo mismo. Querían saberlo todo.

—Vaya, vaya, así que el coronel Brandon ha dormido aquí esta noche.

—No es cosa tuya, Carmen. —Arlet sonrió, dándose la vuelta.

—Me parece un hombre encantador y es muy atractivo. ¡Y menuda voz tiene! —suspiró Eva.

El móvil de Arlet sonó. Era un mensaje.

—Y muy detallista, sí señor. No ha salido aún por la puerta y ya te escribe de nuevo.

Arlet miró la pantalla. Su rostro se ensombreció.

—No es él.

—¿Ocurre algo?

Arlet dejó el móvil sobre el mostrador y siguió colocando las tartas.

—¿Arlet?

La chica volvió a darse la vuelta. Su expresión era de preocupación.

—Seguro que es una tontería, pero llevo un par de días recibiendo unos mensajes un poco extraños en la cuenta de Instagram. No hago más que bloquearlos, pero vuelven a llegar con otro nombre. Es una persona que me incomoda y siempre repite lo mismo. Ahora ha vuelto a escribirme.

—Pero ¿te amenaza? —Eva puso una cara muy seria.

—No, no. Solo es que a veces me habla como si me conociera o como si fuera mi pareja o algo así.

—Vigila con eso, Arlet. Recuerda que tu perfil es público.

—Seguro que no tiene más importancia, de verdad. El mundo está lleno de locos.

Entonces tocó su cuello y notó el peso de la hoja de cerámica que le había regalado Tom Jenkins.

—Además, no quiero que nada nuble un día como hoy. Todo es distinto hoy.

Carmen le guiñó un ojo. Justo entonces se abrió la puerta y entró Alejandro cargado con una caja de madera que olía deliciosamente bien. Era un chico de unos veinte años, muy delgado, con el pelo teñido de rubio y un pendiente en la oreja. Dejó la fruta sobre el mostrador.

—¿Qué pasa hoy aquí, chicas? —dijo al verlas a todas de pie, cuchicheando—. ¡Arlet! No sé qué te has hecho en el pelo, pero estás de cine.

Las tres mujeres se rieron y Alejandro se encogió de hombros. Arlet volvió a mirar el móvil y pulsó borrar sobre el mensaje que había recibido.

Capítulo 16

Los días que siguieron fueron aún mejores para Tom y Arlet. Sin llegar a ningún acuerdo sobre ello, Tom se quedó a dormir cada noche en casa de ella y se convirtió en el encargado de cuidar de Rochester, ya que Arlet tenía bastante faena. Habían recibido un encargo importante y desde la universidad también le habían pedido que diera una charla. Además, como si Tom le hubiera inyectado un chorro de optimismo a toneladas, comenzó a elaborar nuevas recetas que sabían todavía mejor que las anteriores.

—Me asombra cómo eres capaz de conseguirlo, Arlet. —Él estaba estupefacto ante la capacidad mágica de evocación de sus dulces. En pocas semanas había rememorado instantes de su infancia que guardaba en lo más profundo de su memoria, y todo aquello había removido muchas cosas dentro de él.

Arlet cocinaba sin parar y la clientela en la pastelería aumentó. Alejandro subía muchas fotografías de las novedades a redes y los seguidores de la cuenta de Instagram aumentaron. Carmen estaba muy feliz también y le gustaba que aquel pintor con aspecto serio y elegante se paseara por allí, y que durmiera en la casa. Le cogió un gran aprecio, aunque Tom no era persona de muchas palabras y solía pasar poco tiempo en la pastelería. Compraba el periódico, y aquel acto que se podía calificar ya de antiguo maravillaba a Carmen, y siempre traía alguna revista para Carmen, cosa que lo subía todavía más en el pedestal de sus preferencias. Tomaba allí el desayuno y, después, desaparecía durante la mañana.

Arlet, al principio, solía preguntarse en qué gastaba el tiempo su pintor inglés, pero él se sentía un poco avergonzado de confesar que realmente no tenía nada que hacer. Ella estaba tan ocupada con sus clases, sus pasteles y sus noches con él, que no insistió demasiado en ello. Solían hablar mucho, sobre todo las tardes que Arlet pasaba en el piso cocinando. Tom se había convertido en un buen ayudante, pero en general acostumbraba a sentarse en la cama y observarla. Después, comenzó a dibujarla con lápiz en papeles que encontraba por la casa o por la pastelería, hasta que un día apareció con unos lápices gruesos de carboncillo y una libreta. Lo veía cómo dibujaba mientras ella preparaba las tartas, pero después él no quería enseñarle nada, solo le decía que era un trabajo que estaba incompleto, que le diera un poco más de tiempo para mostrárselo, y ella nunca encontraba la libreta por ninguna parte.

A Tom, cualquier movimiento de Arlet le parecía excepcional, y mezclados el olor de la piel de ella con el de los bizcochos de higos y nueces que evocaban tardes de toboganes y heridas en las rodillas, le parecía que no necesitaría nunca nada más. Y así fue pasando el frío.

Una noche en que ella había estado trabajando en un encargo grande, Tom le había traído comida tailandesa y se la estaba sirviendo en unas bandejas sobre la cama. Arlet había dejado un par de bollos con piñones y fruta confitada sobre la mesita de noche para después.

—No sé si hoy tengo fuerzas ni para cenar —dijo en un ronroneo—. Creo que solo quiero dormir.

Él le quitó la ropa con cuidado y le puso el pijama, peinó un poco con sus dedos su flequillo enmarañado, como si fuera una Berthe Morisot sin espejo, y le dio la cena.

—¿Vas a darme de cenar? ¿Tan mal se me ve? —se rio ella, incorporada sobre sus rodillas frente a él.

Tom no dijo nada, concentrado en su tarea, y enrolló varios fideos con verdura en el tenedor y los acercó a la boca de Arlet, muy despacio. Ella cerró los ojos y siguió dejándose llevar. Aquella noche todo le parecía bien. Y lo cierto era que tenía hambre. A cada bocado, Tom la besaba, y la mezcla de sabores le provocaron un cosquilleo en el pecho, en el vientre. No había imaginado que aquel acto podría convertirse en algo tan sensual.

Cuando terminó medio plato, apartó la mano de Tom y se tumbó sobre la cama. Él recogió las bandejas y se sentó a su lado.

—Eres perfecta.

Arlet tenía los ojos entreabiertos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él de pronto. Ella asintió. Él le acariciaba las plantas de los pies lentamente. La calefacción, el horno y todas aquellas caricias habían sobrecargado la habitación. El sueño llegaba rápido.

—¿Cómo aprendiste a cocinar así? ¿Cómo consigues la magia de la evocación?

Arlet abrió un poco más los ojos y lo miró. Eran ya varias las semanas en que no se habían separado. Podría decirse que vivían juntos. Había una línea invisible entre los ojos de Tom Jenkins, una línea que los separaba un poco más de lo normal, que hacía que cada azul fuera una orilla en la que quedarse. Y ella se habría quedado toda la noche observando cómo parpadeaba, acariciando mentalmente aquella línea como si fuera su camino favorito.

Entonces se incorporó despacio.

—¿Estás dispuesto a escuchar una historia un poco larga?

Él asintió.

—Sabes que me gusta saber todo de ti.

—Pues ven, acomódate aquí conmigo. ¿Quieres el bollo de fruta? He hecho de más para nosotros.

Mientras Tom masticaba y recordaba de forma intensa en cada piñón con el que se tropezaba la vez en que su madre y él estuvieron de viaje en Francia, Arlet comenzó a contarle:

—Una vez me preguntaste por mi familia. Bueno, mi madre todavía vive, pero no tenemos ninguna relación. La verdad es que es mucho mejor así. —Su tono no reflejaba ningún sentimiento—. Desde que llegué a su vida fui un bebé no deseado. Era una mujer joven, conoció a mi padre, se quedó embarazada y mi padre se fue. Nunca lo he conocido ni sé nada de él. Tampoco lo he necesitado. En mi infancia no hizo falta un hombre para nada.

Arlet se encogió de hombros y pasó el dedo índice por la mejilla del pintor, que estaba medio cubierta por aquella barba mal afeitada. Después sacó un trocito de naranja de su bollo y la introdujo despacio entre los labios de él, que cerró los ojos y la saboreó. Estaba muy dulce.

—Vivíamos mi madre, mi abuela y yo en un piso pequeño. Recuerdo que mi madre salía temprano a trabajar y volvía tarde. La mayoría de las veces yo ya me había acostado. Prácticamente no nos conocíamos. La abuela me solía decir que mi madre trabajaba mucho. Bueno, la abuela también trabajaba. Pasaba las mañanas en una fábrica y, después, al mediodía, me recogía, comíamos, y entonces cosía en casa hasta la hora de volver a recogerme del colegio.

Nunca supe de qué trabajaba mi madre, nunca conocí a sus amigas, nada de su vida. Los fines de semana tampoco estaba, y si se quedaba era para dormir y no quería que la molestáramos.

—Eso parece demasiado amargo para una niña pequeña —la interrumpió Tom.

—Bueno, supongo que lo era. Pero estaba mi abuela. Y su cariño valía por el de una madre, un padre y una abuela, así que tampoco me importaba. Cuando crecí me di cuenta de que aquella señora, mi madre, no me interesaba en absoluto y ya me había acostumbrado a ignorarla tanto como ella me ignoraba a mí. No dolió, de verdad. Si me caía y me hacía daño, estaba mi abuela. Si tenía deberes, estaba mi abuela. Si había que ir a un cumpleaños, estaba mi abuela.

Arlet paró para beber un poco de agua. Tom aprovechó para pasar sus labios sobre el brazo de ella.

—Las tardes en casa, y sobre todo los fines de semana, la abuela preparaba dulces. Muchos dulces. Cuando fui creciendo, los preparábamos juntas. Ella siempre me decía que le habría gustado tener una cafetería como la que había en la calle principal, con mucha luz, un montón de mesas de madera, manteles de colores y todos los dulces del mundo. ¿Sabes cuál te digo? A mí, aquello, entonces, me parecía muchísima faena. —Sonrió. Tom le pasó los dedos por el pelo y volvió a besarle el brazo, cuya piel se erizó.

Pero en aquel momento, el rostro de Arlet se ensombreció. Suspiró antes de seguir.

—No tienes que contarme más si no quieres —le dijo Tom—. Tenemos todos los días del mundo por delante.

Se juntaron sus miradas.

«Todos los días del mundo».

—Quiero contártelo.

Suspiró un poco y se tumbó en la cama, boca arriba.

—Cuando cumplí los diecisiete, mi abuela enfermó. Al principio, no me di cuenta. Fueron pequeños olvidos. Yo no le prestaba atención. Las tardes de estufa se habían terminado, solía pasarlas con alguna amiga. Hasta que un día llegué a casa y la vi completamente desorientada con el horno encendido y la cocina hecha un desastre. Fue aquella mirada, tan infantil, de no saber absolutamente nada de lo que había pasado, lo que me puso alerta.

Tom se tumbó junto a ella en la cama. Ambos miraban el techo, blanco con sus desconchones, y la lámpara que había que limpiar urgentemente, con varios mosquitos atrapados dentro.

—Tuve que hablar con mi madre. Ella se encargó de llevarla a médicos, de hacerle pruebas… Mientras pasaban los días, mi abuela empeoró muy deprisa. En un año, dejó de cocinar. Dejó de escribir. A veces le costaba hablar. Le diagnosticaron Alzhéimer. Y cuando todo se complicó tantísimo, mi madre se rindió. Entiendo que ya había tenido suficiente con una hija no deseada como para tener que encargarse ahora de una madre que se había vuelto una niña también. No lo sé.

Sin dejar de mirar el techo, Tom y Arlet se cogieron de la mano.

—Mi madre dijo que ella se encargaría de todos los gastos, la tuvimos que llevar a una residencia. Y el día de mi dieciocho cumpleaños, mi madre se fue. Me encontré de pronto en casa, sola. Todos los meses pagaba la residencia y dejaba dinero para mí. ¿Cómo conseguía todo aquel dinero, de dónde lo había sacado? Me daba igual. Entonces yo había empezado a estudiar y también trabajaba algunos fines de semana en la famosa cafetería de las luces de la calle principal. Fue en ese momento, en aquella soledad del piso sin horno encendido, sin estufa, sin la presencia de mi abuela, que decidí empezar a cocinar para ella.

Arlet se incorporó. Miró a Tom con la mirada de quien está sacando de dentro, de una parte muy profunda, algo que no había conseguido exteriorizar antes.

—Fui a la residencia, como casi siempre que podía, y aquel día le prometí que, aunque ella estuviera perdiendo todos los recuerdos, yo haría lo posible por recuperarlos en todos los pasteles que cocinara. Y así fue. Empecé a cocinar y a llevarle las tartas, los bollos, las rosquillas. Cuando los probaba, la abuela tenía unos minutos de auténtica lucidez en los cuales me reconocía, nos abrazábamos, y podíamos rememorar tiempos pasados. Esto duró casi un año más. Después, ella murió.

Arlet suspiró ahora tan profundamente que el piso pareció encogerse sobre ellos y dejarlos sin aire, como si la chica lo hubiera metido todo en sus pulmones.

—Ese es el gran secreto de mi cocina, Tom Jenkins: intentar que no se borren los recuerdos, intentar que no desaparezcan, que permanezcan siempre presentes. Porque no puede haber un dolor más grande que olvidar quién eres.

Tom se incorporó y se quedó frente a ella. Le besó las mejillas y el pelo.

—Eres la mejor pastelera del mundo. Y te quiero.

Capítulo 17

Pasaron unos cuantos días más. Tom estaba radiante y había colgado el cuadro de la planta triste en la pared de la pastelería. Incluso se animó a hablar con Carmen más a menudo y ella se sorprendió de la nueva actitud del pintor.

—¿Qué le pasa a nuestro coronel Brandon? ¿Lo has embrujado con alguna receta misteriosa que desconozco?

Arlet sabía que Tom había agradecido profundamente que ella le abriera su corazón, como un acto de amor sincero. Y ella se había sentido aliviada de compartir aquel peso con él. Pero, a la vez, estaba abrumada por la confesión de él de aquella forma tan abierta. «Te quiero», y las paredes del piso se habían abierto de nuevo, expandiéndose más allá del espacio de la calle, y todo se había quedado impregnado de sus palabras.

Fue una semana después de aquella noche cuando Tom Jenkins decidió, por fin, llevar a Arlet a su mansión solitaria en la colina. Estaba nervioso cuando se subieron al taxi y apenas dijo nada durante todo el trayecto.

A Arlet le pareció que la primavera en aquella zona de la ciudad era mucho más exuberante y hermosa que en el resto y se asombró de que el bosque estuviera tan cercano y las ramas de los árboles se expandieran a través de las calles de una forma tan frondosa y salvaje. Desde la ventanilla del coche observaba boquiabierta cómo iban dejando atrás la contaminación y el ruido para adentrarse en una carretera de curvas que subía colina arriba, bordeando pinos de gran altura, almendros en flor, algún cerezo resplandeciente aún a pesar de la luz del sol que se ponía, arbustos salpicados de frutos de distintos colores y varios árboles de Judas tan rosados que se confundían sus ramas con la luz del sol tras la montaña.

No sabía que existía algo tan hermoso en un lugar así de cercano y no comprendía por qué Tom no la había llevado allí antes.

Cuando el taxi se paró en el pequeño pasaje donde estaba la entrada de la casa, Arlet seguía sin palabras. Levantó la vista y observó que la casa era una torre solitaria situada en una ladera de la colina. Con el aspecto algo rígido de las construcciones de diseño de finales del siglo pasado, combinaba el blanco con la madera en algunas zonas que quedaban a la vista, pero la mayor parte restaba escondida tras los muros y la maleza, las enredaderas tomando posesión de los lugares más húmedos.

—¿Aquí vives tú?

Él asintió mientras buscaba las llaves en su abrigo.

Cuando por fin abrió, se toparon con unas estrechas escaleras de piedra. Arlet se fijó en que entre las piedras agrietadas de algunos escalones asomaban pequeñas flores de ciudad, de un bonito color amarillo. Después levantó la vista y vio, a un lado, un garaje con la puerta abierta y

donde se descubrían, entre las sombras que proyectaba la pequeña farola de la calle, una moto de gran cilindrada cubierta con un plástico y un coche de azul jaspeado de una marca bastante exclusiva.

—¿Tienes una moto? ¿Y el coche también es tuyo?

—Son regalos. Yo no sé conducir —balbuceó él tratando de pasar de largo de allí.

Subieron las escaleras y llegaron al primer jardín, que era una explanada de césped donde había una pista de críquet.

—¿Juegas al críquet?

Tom, un poco más relajado, al final se echó a reír.

—¿Vas a seguir describiendo mi casa con preguntas?

Arlet se metió en aquel primer jardín y vio que daba a uno de los lados de la carretera, desde donde se divisaba parte de la ciudad, cubierta ya de luces pues el sol empezaba a desparramarse completamente tras la montaña y daba aviso de que iba a desaparecer.

Como si Tom no existiera, ella siguió subiendo las escaleras y entonces llegó al jardín principal, cubierto de plantas de colores, que la dejó sin palabras. Las luces del jardín se encendieron de forma automática y dejaron al descubierto una gran variedad de flores, la mayoría cerradas a aquellas horas en que todavía refrescaba, algunos árboles frutales que olían muy bien y una pequeña piscina de piedra algo descuidada. Había una especie de porche hecho de madera bajo el cual aparecía abandonada una mesa con varias sillas y del que colgaban unos farolillos de color gris.

Arlet imaginó que Tom tendría jardineros y otros profesionales encargados de mantener aquel lugar, o quizás toda aquella vegetación había aprendido a mantenerse elegante por la propia aura mágica del lugar. Se paseó entre los parterres y tocó algunas ramas de los árboles, como si fuera la primera vez que estaba tan cerca de la naturaleza. Observó la piscina. Estaba vacía. Había una amplia escalera blanca, algo llena de moho, que descendía hasta lo más profundo. La imaginó llena de agua y le entraron ganas de bañarse allí de noche, con el olor de los árboles y la luna observando sin decir nada.

Después, anduvo hasta el filo del jardín, desde el cual se veía el borde de piedra de parte de la colina y donde se descubrían racimos en unas zarzas que en breve se convertirían en moras de dulce sabor. Extasiada y emocionada, Arlet dio saltos hasta la entrada de la casa. Tom Jenkins, de nuevo más serio, la esperaba en la puerta.

—¿Adentro es tan bonito como aquí fuera? ¿Y cómo puede ser que tu planta estuviera triste? ¡Dime!

Él hizo el gesto de dejarla entrar y encendió las luces de la casa, que desprendía el frío de las paredes que han estado varias semanas deshabitadas. Pero ella no notó absolutamente nada, porque aquella torre era igual de maravillosa por dentro que por fuera, decorada con un mobiliario rústico increíblemente acertado en conjunto con toda la naturaleza que se derramaba en el jardín. Varios cuadros de la época dorada de Tom decoraban las paredes.

—Tom, esto es… Esto es un palacio.

Él se encogió de hombros. Arlet descubrió de nuevo aquella timidez hermética y se acercó a él. De puntillas le besó con una pasión inesperada, le mordió un labio y él sintió una excitación repentina que no pudo controlar.

—Que tengas esto y hayas vivido conmigo todos estos días en una caja de cerillas… Estás loco, Tom Jenkins.

Lo volvió a besar y ambos cuerpos se encendieron. En un instante llegaron al sofá e hicieron

el amor allí mismo, con una urgencia que no habían tenido los últimos días.

—¿Vas a querer estar conmigo ahora por todo esto? —susurró él, escondido entre su pecho.

—Oh, claro, sabes que sí. —Ella chasqueó la lengua y le mordió los hombros.

—No seas cruel.

Siguió mordiéndole y él no pudo resistirse. Estaba tan prendido por aquella mujer que le hubiera dado absolutamente igual todo, le habría regalado la casa, el jardín, la montaña entera.

Un rato después, asomados ambos a una enorme terraza en la habitación de Tom que daba a un edificio cercano, y que Tom explicó que era un albergue, Arlet le pidió con emoción contenida:

—Píntame. Quiero que me pintes.

Tom frunció el ceño.

—No lo sé, Arlet. Llevo muchas semanas tratando de dibujar. No lo consigo. Siento que no puedo.

Ella lo abrazó.

—Pues píntame a mí. Ensaya conmigo.

Él no podía negarse a nada de lo que ella le pedía. Perdido en sus ojos pardos, más oscuros a media luz, las manos enredadas en su pelo, afirmó con la cabeza y la condujo a la única habitación que todavía no le había mostrado: su estudio.

Una vez allí, el olor de la pintura y otros productos químicos sorprendió a Arlet porque le devolvieron el olor familiar del azúcar de su pastelería, como si fueran el elemento común del obrador que ambos compartían. En aquella sala enorme, con varios ventanales muy altos cubiertos con algunas cortinas improvisadas, se mezclaban lienzos de todo tipo. El orden cuadriculado y meditado del resto de habitaciones no parecía tener nada que ver con aquel oasis desordenado, y a ella se le despertó la curiosidad, asomada a la parte más íntima de Tom. Se dio cuenta de que colgaban de las paredes cuadros repletos de colores que desconocía. Después recordó sus múltiples visitas a Internet cuando quería saberlo todo de él: se trataba de pinturas de la madre de Tom.

—¡Qué maravilla de colores! Son una verdadera obra de arte.

Tom estaba preparando un caballete grande y buscó varios pinceles. Sacó unos botes de un cajón y se dirigió a una pila que había a un lado y que a Arlet le había pasado desapercibida. Aunque ya la primavera estaba en todo su esplendor y durante el día el sol calentaba, aquella casa tan desangelada resultaba fría y la chica se estremeció. Tom puso la calefacción y le colocó una especie de sillón de extrañas orejas delante para que se sentara.

—No sé cómo quieres posar…

Ella lo observó. Estaba terriblemente nervioso y notó cómo le temblaban los labios.

—Bueno, tú eres el pintor…

—Yo, yo no sé si esto es buena idea…

Viendo Arlet que él iba a arrepentirse, se dio la vuelta y observó el sillón.

—Me sentaré. Y cuando esté sentada, pues ya me dirás hacia dónde tengo que mirar o qué tengo que hacer con las manos o las piernas o…

Tom levantó los ojos al techo, pensativo. Sus ojos en aquel momento brillaban con un azul eléctrico que Arlet no le había visto antes, algunas arrugas bailando bajo ellos y, de pronto, ella supo que lo tenía claro.

—Arlet, voy a traerte una manta. Tú te vas a tener que quitar la ropa.

—¿La ropa? —Se echó a reír.

—Eso es. Voy a pintarte tal y como eres. Necesito que estés desnuda. Quiero plasmar todo de ti desde mis ojos.

Ella notó cierta vergüenza en aquel acto, por exponerse tan abiertamente a la observación de él, pero fue solo un segundo de duda, porque después comprendió de inmediato que no había otra persona mejor que el pintor inglés para captar una esencia que, por el momento, solo conocía ella misma.

Capítulo 18

Otra mañana más, Arlet no había aparecido todavía. Carmen se había quedado con Rochester, que movía el rabo muy contento mientras la mujer abría la pastelería. Eva, en la puerta mientras plegaba su bicicleta, se sorprendió de que fuera de nuevo Carmen quien le diera la bienvenida.

—Buenos días. ¿Qué ocurre? ¿Tampoco está hoy Arlet aquí?

Carmen negó con la cabeza y el sonido de sus pendientes de madera se mezcló con el ruido lejano de un coche. Encendió las luces y se metió al fondo de la pastelería para abrirle la puerta del patio al perro, que se puso a ladrar de contento al ver sus juguetes. Entonces ella se dirigió de nuevo hacia donde estaba Eva, que ya había dejado sus cosas sobre la mesa, y observó el cuadro de la planta, tan solitario en la pared blanca junto a la cual se apoyaban las mesas de mármol.

—Hay algo extraño en todo esto, Eva. Dirás que soy una vieja loca, pero… Hace un par de semanas, más o menos, que el coronel llevó a Arlet a conocer su casa. Y, desde entonces, algo ha cambiado.

—¿Qué quieres decir?

Eva ya se había quitado la chaqueta y había encendido el ordenador. Se acercó a Carmen para ayudarla a preparar el café.

—Compruébalo tú misma.

Mientras Eva se encargaba del café, Carmen cogió dos de los platos de cerámica con la flor amarilla en el centro y cortó un par de trozos de brioche relleno de crema de cacahuete. Los colocó en una de las mesas e invitó a Eva a sentarse junto a ella y probarlos.

—Bueno, está viviendo una época bonita. Y tengo entendido que Tom Jenkins vive en la otra punta de la ciudad, en una casa fabulosa sobre la colina. Los periódicos iban llenos con las historias y el faranduleo de esa zona de la ciudad hace unos años. —Sonrió mientras cortaba con un cuchillo un trozo del brioche y se lo llevaba a la boca.

—No es eso. Entiendo que pueda llegar algo más tarde, aunque no deja de ser extraño en ella. Arlet es una persona muy responsable y muy independiente. El negocio de la pastelería es lo más importante para ella. Es que hay algo más ahí que…

—Carmen, está enamorada, serán unas semanas un poco locas, pero luego todo volverá a su cauce. Todos hacemos esas cosas cuando nos enamoramos.

Carmen negaba con la cabeza. Recogió su brillante pelo liso y gris en una coleta tras la nuca, como si así pudiera quitarse de encima las incomodidades. La cafetera silbó y el agua del café empezó a hervir. La mujer se levantó y sirvió las dos tazas.

—Bueno… Entonces, ¿qué? —le preguntó Carmen a Eva haciendo un gesto con la cabeza, señalando el brioche.

—¿Qué de qué? Está delicioso, como siempre.

Carmen se cruzó de brazos.

—Ya. Eso sí. Pero… ¿no hay nada que te llame la atención?

Eva puso cara de no entenderla y de repente abrió los ojos como platos. Volvió a llevarse un trozo del dulce a la boca y esta vez lo saboreó con más detenimiento.

—Oh, madre mía, Carmen. Madre mía.

Entonces Carmen asintió mientras sorbía un poco de su café, que todavía ardía.

—Sí. Ese es el problema. Aquí está ocurriendo algo y no es nada bueno.

Eva volvió a llevarse de nuevo un trozo de brioche a la boca, pero por más vueltas que le dio a la lengua y al paladar, por más que saboreó la crema, aquel brioche no evocaba nada. *Nada*. Era un brioche delicioso pero normal y corriente. Ningún recuerdo, ninguna sensación de la infancia acudió a la correctora, que seguía con cara de asombro.

—Pero, Carmen, ¿desde cuándo ocurre esto?

Justo entonces se abrió la puerta y entró Arlet. Parecía cansada y se le dibujaban unas ojeras oscuras bajo los ojos.

—Buenos días, perdonad el retraso…

Se quitó el pañuelo calabaza y la chaqueta vaquera y corrió a saludar a Rochester. Carmen la miraba de soslayo, realmente preocupada. Eva también la siguió con la mirada.

—¿Cómo te ha ido en la mansión del coronel, querida? Creo que Pemberley te gusta mucho, por lo que parece.

La voz de Carmen no podía evitar ser un poco acusadora.

—Pemberley era la casa del señor Darcy, no del coronel Brandon. Son dos personajes distintos.

Arlet respondió desde lejos, estaba en el baño tratando de mejorar su aspecto pálido. Volvió adonde ellas se encontraban y se colocó un delantal.

—Bueno, como se llame —murmuró Carmen—. Pasas mucho tiempo en la mansión.

—Sí, lo sé. Está un poco lejos y, además, no sé, estoy muy cansada y prefiero quedarme allí. Y duermo mucho. Creo que estoy durmiendo más que nunca, y sin embargo… Qué agotamiento. Hoy tengo que cocinar bastante, últimamente no me cunden las horas. Creo que me trasladaré a cocinar a casa de Tom y…

Carmen miró a Eva buscando apoyo, y alzó una ceja.

—Deberías cocinar aquí. Si estás cansada, lo mejor es que hoy te quedes aquí y te acuestes temprano. No pasa nada porque no saques a pasear un día a tu coronel. —Carmen no quería ser desagradable, pero estaba preocupada por su amiga.

Arlet no pudo decir nada porque entonces sonó un mensaje en su móvil. Esta lo observó e hizo un gesto de desagrado.

—¿Es el loco de los mensajes otra vez? —preguntó Eva.

—Sí. En fin, ya se cansará. Además, llevamos un par de sesiones sin directos en Instagram. Alejandro anda persiguiéndome, pero no tengo mucho tiempo. Estoy tan ocupada con…

Entonces Arlet pareció recordar algo muy agradable y sonrió con timidez, como si fuera una niña que hubiera hecho alguna travesura.

—¿Queréis saber un secreto? —les preguntó a media voz, de forma misteriosa.

Carmen se había vuelto a cruzar de brazos, suspicaz. Eva se acercó a ella, con la taza humeante en la mano.

—Tom me está haciendo un retrato. Es un cuadro grande y lleva trabajando en él todo este

tiempo. Estoy posando para él todos los días.

—¡Qué emocionante, Arlet! —exclamó Eva.

—Sí, ¿verdad? Al principio no estaba muy convencido, pero ahora parece ser que le ha llegado la inspiración. Está todo el día inmerso en el cuadro. Pronto lo tendrá terminado. No lo he visto aún, pero estoy muy feliz. ¿Qué os parece?

—¿Así que eso es lo que haces en la mansión?

Arlet asintió y tomó un trozo del brioche de Carmen. No se dio cuenta de que aquel bollo no transmitía ningún recuerdo especial.

—Sí. Soy modelo de un pintor inglés. ¡Parece una novela romántica!

Carmen se puso de pie y empezó a recoger los platos.

—Una novela de suspense… —murmuró.

Arlet no la oyó. A pesar de su aspecto cansado y algo deslucido, como si el brillo de los ojos, el pelo y la piel le hubieran desaparecido levemente, semiborrados aunque el sol brillara ya con fuerza en el cielo de finales de mayo, sonreía con éxtasis. Luego, de forma maquinal volvió a sus quehaceres, convencida de que lo que realmente importaba ahora mismo era que Tom pudiera terminar el lienzo.

Y en el transcurso de otra semana, tras la cual Arlet puso excusas para las clases que daba y rechazó la oferta de otra charla en la universidad, Tom Jenkins finalmente dio por acabado su trabajo.

Cuando estuvo frente al cuadro y vio el resultado final, una Arlet vegetal de tonos verdes como un espíritu del bosque llenando todo el espacio de un poder conmovedor, se dio cuenta inmediatamente de que era lo mejor que había logrado en su vida.

En el sillón de extrañas orejas, la Arlet de verdad, la que regentaba una pastelería pequeña en una calle estrecha frente a un solar, se había quedado dormida por el agotamiento bajo la luz radiante de la tarde.

Capítulo 19

Durante aquel tiempo, Tom Jenkins apenas había comido ni dormido. Solo bebía bastante y de vez en cuando masticaba por inercia alguno de los pasteles que traía Arlet. Estaba tan abstraído en aquel chorro creativo que le había llegado de manos de ella, que no se percató de que ningún recuerdo antiguo acudía a su mente. Solo pensaba en pintarla, de una forma obsesiva.

A pesar de tenerla la mayoría de las tardes posando frente a él, se puede decir que Tom apenas le prestó atención durante las semanas de frenética inspiración. Poseído por el fantasma de épocas pasadas, sintió el poder en sus manos de trasladar al lienzo en blanco algo vivo. Algo mucho más radiante y espectacular que una simple planta triste con tallos de pulpo.

El contacto físico con Arlet disminuyó y la mayoría de las noches, mientras ella dormía sola en la cama tan ancha de la torre, él volvía al estudio para ensayar nuevos tonos de verde que acabaran de pulir las imperfecciones de la obra. Por la mañana no la acompañaba a la pastelería. Le pedía un taxi, le daba un beso rápido en los labios y volvía a encerrarse en aquella locura que le revivía, que le devolvía al Tom Jenkins del pasado más brillante.

Sentía que había recuperado una fuerza, una cualidad que le había sido arrebatada, y se sentía rejuvenecer. No le importaba ya que la casa fuera tan grande y estuviera tan vacía, todo lo que necesitaba estaba en su estudio: la Arlet de carne y hueso y la Arlet vegetal, mucho más viva y exuberante que la montaña en la que se alzaba su torre.

Le agradecía a ella, aunque no se lo había transmitido, el haber recuperado la confianza en sí mismo, el haberle ayudado a reencontrar la creatividad que tanto le había funcionado en el pasado. Aquella mujer, con toda la energía que desprendía, se había quedado marcada en la pintura de sus manos para siempre.

Cuando se dio cuenta, al finalizar por fin su obra, de que aquello que había creado podía cambiar muchas cosas en el panorama artístico del país, no dudó ni un segundo en llamar a Berto, el galerista, para pedirle opinión, sin darse tiempo a descansar o a esperarse al día siguiente, tal era el ansia que sentía en su interior por recuperar su credibilidad.

Mientras él hablaba con el galerista, Arlet dormía plácidamente en el sillón, emitiendo leves ronquidos tan suaves que parecían las hojas de los frutales meciéndose en el jardín. Hacía varios días que Arlet ya no posaba desnuda, pues Tom solo estaba finalizando algunos trazos y no necesitaba de ella nada más que colocarse de determinadas posturas frente a la luz, sobre todo para el perfil final del rostro.

Poco rato después, sonó el timbre de la puerta del pasaje. En un momento, el chico de los rizos y las gafas de pasta azul subió raudo y veloz a la torre de Tom. Chocaron las manos en un saludo amistoso. Tom le ofreció algo de beber y se disculpó por no tener nada para picar. Le dijo que había estado ocupado en algo muy grande y que no había tenido tiempo de llenar la nevera.

—Déjalo, Tom, no tengo hambre. Solo siento una curiosidad inmensa por esa obra que dices que has pintado y por la que me has hecho venir tan deprisa… La verdad es que por teléfono parecías bastante enajenado, tengo que reconocer que hasta me has asustado un poco. —Berto se echó a reír. Y lo observó con el rabillo del ojo, percatándose de que su aspecto también era distinto de lo habitual, más radiante y nervioso.

Cuando entraron en el estudio, el galerista se dio cuenta de la presencia de Arlet.

—¿Ella es…? —Recordó de pronto aquella tarde en que apareció en la galería con una tarta de zanahoria en la mano.

—Sí. Ella es mi modelo. Vamos a hablar bajito, no se vaya a despertar.

A Berto le sorprendió la placidez de su sueño, como el de una princesa hechizada. Ahora Tom la cubrió con una manta porque le pareció que estaba algo pálida y quizás se había destemplado.

—Ven, Berto. Asómate. Vas a ser el primero en verlo. Incluso antes que ella. Se ha quedado dormida cuando le he dado el broche final. —Sonrió el pintor inglés, exagerando su acento al pronunciar la frase.

Berto pasó entre varios botes de pintura y algunos trapos manchados que se desparramaban en el suelo, junto a una copa de vino tinto que estaba vacía. Cuando al final el galerista se acercó al caballete, no esperaba encontrar lo que allí había dibujado. Era cierto que conocía las mejores obras de Tom y le parecían espléndidas, y lo admiraba por ello. Pero cuando estuvo ante aquel cuadro, un escalofrío lo estremeció de pies a cabeza. Se quedó unos segundos en silencio. Tom no flaqueó en ningún momento y mantuvo aquella sonrisa tan amplia. Estaba seguro de que aquella era una obra fuera de lo normal y sabía que Berto se había dado cuenta.

—Dios mío, Tom Jenkins.

Articuló estas palabras y se movió un poco observando con cuidado lo que había dibujado allí.

—¿Cómo has logrado esto?

Tom se encogió de hombros y la señaló a ella. Berto no se molestó en mirar a Arlet, ya que le resultaba casi imposible despegar la vista del lienzo.

—Esto es asombroso. Esto es único. Esto no necesita de ninguna colección. No he visto nada igual antes en mi vida.

El cuadro, de poco más de un metro de altura, provocaba unas sensaciones evocadoras difíciles de describir y aquellas tonalidades con las que había experimentado Tom embrujaban de una forma casi adictiva al observador. Al final, Berto incluso se sintió un poco intimidado por el poder que transmitía la pintura, que casi podía decirse que parecía *viva* de verdad.

Silbó con admiración.

—Tom, esto te va a cambiar la vida de nuevo. Podrás comprarte una isla entera, te lo aseguro.

Berto se echó a reír. Tom se cruzó de brazos y se sentó sobre el taburete, exhausto.

—Despierta a la chica y abre una botella de champán. Si no tienes, ahora mismo llamo a alguien para que nos traiga una. Tu vida va a cambiar, Tom Jenkins, tu vida va a cambiar.

Despertó Tom a Arlet con besos suaves en la nuca. Ella abrió los ojos, pero seguía sintiendo un pesar hondo que hacía que le costara desprenderse del sueño para volver a la vigilia.

—¿Ya has terminado?

Mientras Berto, en la sala, llamaba para que les trajeran champán y algunas frivolidades, Tom cogió a Arlet en brazos y notó que parecía liviana como una pluma entre sus gruesos

brazos. La aproximó al cuadro y le dijo:

—Eres tú. Todo es gracias a ti. Espero que te guste.

Arlet se agarró del cuello de Tom y sintió el olor de su sudor dulzón, de los días y las noches de trabajo, de la falta de contacto con ella. Hundió la cara tras su oreja, tratando de recuperar algo que no sabía muy bien lo que era, y se dejó iluminar por aquella orquesta de verdes que invadieron sus ojos. Tom la dejó en el suelo para que pudiera observar mejor a su alter ego vegetal y ella notó un vértigo extraño al perder su contacto.

Arlet comprendió enseguida que Tom había superado cualquier expectativa y de que todo iba a cambiar en aquel momento. Un momento inesperado. Aunque se sentía desfallecer, sonrió sinceramente complacida y admirada, pero buscó el amparo del hoyuelo en la boca de él, ya que la habitación comenzó a darle vueltas. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, pudo articular:

—Enhorabuena. —Tras lo cual, se derrumbó en el suelo sin que Tom tuviera tiempo de sostenerla.

—¡Berto, deprisa, llama a una ambulancia!

Capítulo 20

Arlet estaba en su cama, sentada, con Rochester a sus pies. Carmen canturreaba una canción que sonaba en el móvil mientras calentaba la comida que le había preparado. Aunque se sentía mucho más recuperada que unos días atrás, algo en su interior seguía sin estar bien. Además, por mucho que quisiera evitarla, una tristeza repentina se había apoderado de todas sus articulaciones.

—Anda, va, puedes bajar luego a la pastelería, que te echamos de menos. Hay una cesta entera de albaricoques solo para ti. Todo el mundo pregunta por ti. No puedes estar siempre encerrada aquí arriba, como Rapunzel.

—Rapunzel no tenía el pelo tan corto ni tan enmarañado.

Carmen le sacó la lengua. Arlet le agradecía de corazón todo lo que la estaba ayudando, pero hubiera preferido que fuera Tom quien se pasara las horas allí cocinando para ella. Entonces, al tiempo en que lo pensaba, se abrió la puerta de repente y entró el pintor como una exhalación. Estaba radiante, había adelgazado, y los rizos en su cabeza, más largos y despeinados, le conferían un aire bohemio muy singular. Se había empezado a dejar crecer la barba de verdad y le asomaba, sorprendentemente pelirroja, como si también se hubiera impregnado de su buen humor. Se sentó junto a Arlet y la besó con mucha ternura. Después saludó a Carmen con una sonrisa.

—Ah, aquí está el famoso pintor. Tom Jenkins, tu rostro no deja de aparecer por todas partes. ¿Vas a quedarte a comer con nosotras o prefieres regresar a tu mundo de artista?

Arlet hizo un gesto suplicante. Echaba de menos estar con Tom, pero con el delicado estado de salud que tenía, no podía seguirle a las entrevistas ni a las exposiciones a las que lo invitaban. El médico le había diagnosticado una anemia sin causa aparente y había que controlarla para saber si había alguna enfermedad detrás o no.

—Parece que tienes mejor aspecto hoy —le dijo él al oído. Ella se estremeció. Lo echaba de menos de una forma insólita para ella, como si pudiera desaparecer en cualquier momento como el humo en el aire. Todo le parecía frágil a su alrededor.

—Quédate. Luego me vestiré y te acompañaré.

Él le dijo que no podía quedarse, tenía una comida con el director de un museo pequeño de una ciudad que estaba a varios kilómetros de allí y no podía faltar. Berto le acompañaría.

—En ese caso, me voy a vestir para ir contigo yo también. —Hizo el gesto de incorporarse, pero Tom no la dejó.

—No puedes todavía. Tienes que recuperarte del todo. Entonces, no nos separaremos ni un solo minuto, te lo prometo, y Carmen me matará por apartarte de la pastelería.

Carmen esbozó media sonrisa. Le sorprendió cómo había cambiado el carácter taciturno y

hermético del pintor inglés desde que terminó la pintura de la Arlet vegetal.

Tom se levantó y se acercó a la mujer tratando de averiguar qué estaba cocinando. Abrió la tapa de la sartén y estiró los dedos para probar la salsa de almendras.

—Quita tus enormes manos de pintor de ahí y déjanos tranquilas.

—¿Cómo la ves, Carmen? ¿Está mejor? —se lo preguntó tratando de que Arlet no los escuchara.

—¡No cuchicheéis sobre mí, que os oigo!

Tom volvió a acercarse a ella y la abrazó con toda su fuerza, haciéndola pequeña entre su cuerpo.

—No desaparezcas.

—Tengo que irme. Pero prometo estar aquí pronto esta noche para cenar contigo.

Tom se puso en pie, se despidió de las dos mujeres y salió por la puerta tan deprisa como había entrado, dejando su particular olor de pelo recién lavado. Rochester ladró, seguramente muy molesto por haber sido ignorado todo aquel rato.

—Esta planta está peor que nunca. —Carmen quiso cambiar de tema porque sabía que a Arlet le dolía en el alma no poder seguir los pasos de Tom mientras promocionaba un cuadro que les pertenecía a ambos. Tocó las hojas de la planta triste, la mayoría de las cuales habían perdido el color y se habían caído.

—Nunca fue buena idea cambiarla de sitio —suspiró ella.

En aquel momento, Arlet tomó la determinación seria de recuperarse lo antes posible. Quería que todo volviera a la normalidad, necesitaba volver a cocinar y, sobre todo, lo que menos le apetecía en el mundo era que Tom Jenkins desapareciera, que la sustituyera por aquella imitación suya de color verde en dos dimensiones.

Así que, aquella tarde se vistió y, en lugar de bajar a la pastelería, estuvo cocinando algunas tartas de almendras con frambuesa con el entusiasmo que no había tenido en días.

Tom venía y se marchaba con la velocidad de un rayo, pero siempre traía palabras bonitas para ella y le repetía sin cesar lo mucho que la quería.

—Y ten en cuenta, señora pastelera, que tú no me lo has dicho nunca todavía. ¿Debería preocuparme? —le preguntaba él sonriente, devorando cualquiera de los dulces que en aquel momento hubiera dejado ella en el mostrador.

—Sabes que te lo demuestro a cada momento —se reía ella.

Por las noches recuperaban la ternura y el ansia de estar juntos y ella volvía a perderse en aquel cuerpo enorme, envuelta en sus palabras, en el ritmo de su respiración, y sentía que todo estaba bien. Pero, por las mañanas, cuando él se preparaba para irse, de algún modo, algo seguía fallando.

—No tienes que preocuparte tanto por eso —le decía Carmen—. Tenéis cada uno vuestros proyectos y eso está muy bien.

—Lo sé, lo sé, no quiero cometer viejos errores, y menos con él. Pero… todavía no he asistido a ninguno de esos actos, no sé qué clase de gente se reúne allí, de qué habla Tom, si me echa de menos.

—Ah, estás celosa de su éxito, amiga. —Carmen se reía y con ella sus pendientes redondos y gigantes.

—¡Eso no es verdad! Pero recuerda que yo soy la musa —le respondía divertida Arlet, quien en realidad siempre buscaba en aquellas entrevistas y artículos alguna mención de Tom acerca de ella.

Pasaron unas semanas más y el calor ya había empezado a hacer mella en las calles de la ciudad. La pastelería abría las puertas de par en par, con la verja apoyada en las paredes grises, y el patio interior siempre estaba abierto. Tom seguía su racha de viajes y presentaciones y el cuadro de Arlet se hizo famoso.

Ella, al final, no asistió nunca a ningún evento y llegó un momento en que dejó de preguntar por ellos, pues estaba ocupada con su negocio. También dejó de acudir a la torre de Tom, pues estaba situada demasiado lejos de la pastelería. Era cierto que, de alguna forma, Arlet había recuperado un poco su aspecto de antes de que Tom empezara a pintarla, pero en la opinión de Carmen seguía luciendo unas profundas ojeras oscuras bajo los ojos y su piel mantenía un tono más pálido de lo habitual.

Tom, que era consciente de que Arlet seguía mostrando el rostro algo cansado, de alguna manera tenía miedo de que volviera a enfermar y prefirió que estuviera tranquila en la pastelería que, al fin y al cabo, era el lugar que a ella la hacía feliz. Por eso no planteó la posibilidad de llevarla nunca con él a todos los lugares a los que le invitaban.

Fue entonces, con la llegada definitiva del calor, de los días que se alargaban, con la sensación poco a poco de que Arlet iba mejorando y de que todo podría volver a funcionar otra vez, que de repente se precipitaron los acontecimientos.

Al principio todo marchaba bien. Arlet terminó por fin su libro de recetas y Eva lo corrigió, lo presentaron a una editorial para la que trabajaba y decidieron publicárselo. Pero, al anochecer, sola en su habitación esperando a que Tom regresara para darle la noticia, notó el gélido aliento del fantasma paseando a su espalda, como una premonición incómoda. En aquel momento inesperado, imaginando cómo sería la presentación del libro, algo se desmoronó de repente y Arlet sintió de nuevo, de una forma alarmante, el aguijón invisible de la fragilidad.

Capítulo 21

—Tenemos un doble problema, entonces.

La voz de Arlet retronó con una fuerza inusual. Tom cogió un vaso y lo llenó de agua del grifo. Evitó de aquel modo devolverle el grito a ella.

—No te escondas, Tom. No se te ocurra. Quiero que me digas cuándo voy a acompañarte a alguna de tus reuniones o fiestas o lo que sea. Has dejado de contar conmigo.

—Puedes venir cuando quieras —decía él despacio pero firme.

Sabía perfectamente que, por mucho que tratara de ocultarse, para ella todo era visible en su interior, para ella él era transparente. Ella intuía todo lo que le pasaba. Era una maga.

—Eso no es cierto.

—De acuerdo, ven mañana —insistió él.

—¿Mañana? Otra vez con lo mismo. Quieres que te acompañe justo mañana a ese cóctel donde estará expuesto mi cuadro. De acuerdo. Mañana, que es la noche del solsticio, cuando presentamos mi libro de recetas en la pastelería. ¿Es absolutamente imprescindible tu presencia *mañana* en ese sitio?

Tom se apoyó sobre la encimera. La barba pelirroja le rejuvenecía y le hacía parecer todavía más alto. Estaba algo más moreno y se dibujaban algunas manchas en su frente y mejillas, pero el brillo de sus ojos azules era resplandeciente. Las arrugas en la frente mostraban preocupación.

—Sería extraño que expusieran un cuadro y no acudiera el artista que lo ha pintado —añadió, con voz neutra.

Arlet sentía una gran impotencia y unas ganas muy fuertes de pegarle con los puños en el pecho. Quería que Tom acudiera a la presentación de su recetario, pero no lo haría. ¿Era acaso menos importante que la enésima exposición de un cuadro que ella no había vuelto a ver desde que perdió el conocimiento en su casa? Y acudían las dudas: ¿por qué nunca lo acompañaba a aquellas exposiciones?

—Entonces, dime qué debo hacer. ¿Cancelo la presentación?

Tom se dio la vuelta. Estaba obrando mal, entendía la importancia del evento en la pastelería y, en realidad, tenía muchas ganas de compartirlo con Arlet, pero haber vuelto a pintar, estar de nuevo en la cima, sentir el reconocimiento después de aquel bloqueo tan grande le producía una sensación de alivio total y absoluto, y sobre todo de una seguridad en sí mismo que había perdido. Aunque quizás se equivocaba, no podía permitir que aquello se le volviera a escapar de los dedos. Y confiaba en el amor que ellos se profesaban por encima de todas aquellas circunstancias.

Sin embargo, también era muy consciente de que la estaba hiriendo, y aquello le producía un dolor incómodo. Era un dolor que iba más allá de la decepción. En realidad, lo que Tom temía

era que Arlet se diera cuenta de que, a pesar de todas las exposiciones y los cócteles, de las entrevistas y los viajes, Tom Jenkins seguía siendo un pintor de un solo éxito. No había nada después de la Arlet vegetal.

Aquello le avergonzaba.

Entonces, como si pudiera leer sus pensamientos, ella se sentó en el borde de la cama y abrió la boca para decirle con sinceridad lo que pensaba. No quiso herirlo, a pesar de todo.

—A veces creo, Tom, que lo que ocurre es que te escondes tras esa *única* pintura. ¿Lo has pensado? —empezó diciendo.

Tom le sostuvo la mirada. Los ojos de ella brillaban, más abiertos que nunca, y notó la caída de aquellas pestañas enmarañadas que tanto le gustaban. Se había quedado callado. Arlet lo escrutaba con la mirada. Él ya lo esperaba, sabía que podía leer a través de su rostro. Aunque llevaban juntos solo unos meses, Arlet lo conocía mucho mejor que nadie. Sin embargo, en aquel momento no estaba preparado para hablar de ello.

—Es *una sola* pintura. Llevas semanas con ella, o quizás más. He perdido la cuenta de las entrevistas, los artículos, los cócteles y las exposiciones. De una sola pintura. Desde luego, la más hermosa, la más espectacular que has pintado nunca. ¿Y sabes qué pienso? Que todo son excusas, Tom. Excusas para no volver a tu estudio a sentarte frente al lienzo en blanco porque no te atreves.

Tom dio unos pasos hacia la terraza. No quería seguir escuchando en voz alta lo que ya sabía. Pero Arlet continuó:

—Estás bloqueado de nuevo. No tienes ni idea de qué vas a pintar ahora. ¿Vas a poder mantener el teatro de la única pintura durante mucho más tiempo, Tom? Sé honesto conmigo. Y con los demás. Sé honesto contigo mismo.

Tom observó la calle vacía a través de la puerta abierta. Apoyó las manos sobre las cortinas, tan blancas. Dejó caer la cabeza. Era cierto, Arlet lo sabía todo. Pero, al decirlo así, de golpe, sintió que se le abrían las entrañas de par en par y salían de allí todos sus demonios. Le molestó el acierto en todas y cada una de las frases que pronunció con aquellos labios amados, su lugar favorito en el mundo.

Se giró hacia ella y estuvo a punto de decir algo. Quizás era el momento idóneo para reconocer que tenía razón. Sin embargo, habían sido demasiadas semanas viviendo como el Tom Jenkins del pasado, recuperando al pintor inglés que tenía apagado, y por primera vez sintió que el orgullo le subía como un géiser a través del pecho, que podía más que el sentido común.

Se colocó entonces a un paso de donde estaba ella, que tenía la mirada encendida y los labios muy rojos. Sintió la punzada del beso. Quiso tomarla en brazos, besarla y olvidar cuadros y pasteles. Quedarse siempre con ella en aquella habitación amándola sin pensar en nada más. Pero no pudo. En lugar de eso, le respondió:

—Arlet, no puedes decirme eso. No soy un fracasado. Puedo pintar. He pintado, Arlet, yo…

Quiso seguir, pero se contradecían las ideas y los pensamientos en su mente.

—Tom, no he dicho que seas un fracasado. Deberíamos hablar de esto con tranquilidad.

Pero él hizo un gesto de rechazo y fijó la vista en otro lado, envuelto en el orgullo que le hacía de caparazón. Sin ni siquiera volver a mirarla para no flaquear, prefirió no seguir hablando, agarró sus cosas y salió de allí dando un portazo colosal con toda la fuerza de sus enormes manos.

Retumbó la casa entera. Desde la pastelería, Carmen y Eva miraron hacia el techo de repente, sorprendidas por la violencia de aquel golpe.

—Vaya, creo que nuestro coronel se va a la guerra.

Arlet se quedó de pie, tal y como la había dejado Tom al salir, también con el beso no dado en la punta de la boca y con una sensación de gélido desamparo que le subió como la fiebre desde los pies hasta el último cabello. Unos segundos después, la puerta se abrió y entró Carmen, preocupada.

—Se ha ido, Carmen. No ha dejado que le explicara…

—Ah, bueno, pero volverá. Alguna vez tenía que ser la primera en que os pelearais, ¿no?

—¿Qué es lo que está ocurriendo en realidad? ¿Por qué todo es tan extraño? A veces tengo la sensación de que ese maldito cuadro tiene la culpa de todo, como si hubiera cobrado vida. ¡Y ni siquiera recuerdo cómo es! ¡Lo vi diez segundos!

—¿Sabes qué te digo? A tu coronel Brandon ya se le pasarán las ganas de ser el rey de la fiesta, déjale disfrutar un poco más y en nada ya lo volverás a tener por aquí comprando periódicos como si viviera en el siglo pasado. Y tú lo que tienes que hacer es echarme un cable para acabar de preparar todo lo de la presentación de mañana. Ahí tú serás la reina. No necesitarás a ningún consorte.

Entonces Arlet señaló con el dedo delante de ella.

—Oh, mira, Carmen. ¿Cuándo ha ocurrido?

Se abalanzó sobre la planta triste. Estaba prácticamente deshojada.

—¿Cuándo he dejado de prestar atención a todas estas cosas?

Carmen se puso seria. Su rostro, hasta perfecto en la distribución de las arrugas, hizo ademán de confesar algo todavía peor.

—Hay una cosa, Arlet, que deberías saber. No te has dado cuenta de…

La puerta volvió a abrirse. Arlet tuvo la secreta esperanza de que fuera Tom, dispuesto a firmar una tregua. Pero era Eva, quien había subido para asegurarse de que todo iba bien. La frase de Carmen se quedó suspendida en el aire y se perdió cuando Arlet decidió bajar a la pastelería y seguir adelante con la preparación de la presentación, tratando de no pensar en todas las señales que se sucedían sin cesar. Tratando de no salir corriendo tras Tom.

Capítulo 22

Al día siguiente, Carmen se la encontró hecha un manojo de nervios buscando el collar de la hoja verde que le había regalado Tom. Aquella noche fue la primera en que durmió en una casa distinta de donde dormía él desde que pasaron la tarde visitando el cuadro de Berthe Morisot. Le pesaba la ausencia en las manos y en la boca y le dolía la piel entera al no sentir su tacto y, sin embargo, sabía que nada de lo que le había dicho era mentira. No quería fingir o disfrazar palabras ante Tom. Y él había reaccionado de forma exagerada.

—A ver, a ver. Calma.

—¿Lo ves, Carmen? Todo anda mal. La planta triste ha muerto, el colgante ha desaparecido. ¿Qué será lo próximo?

—Probablemente lo habrá cogido este fantasma que tenemos en casa, Arlet. No le des más vueltas. Si no ha salido de aquí, aquí tiene que estar.

En media hora comenzaba la presentación y ya estaba todo listo en la pastelería. Eva y Carmen le habían ayudado a decorarla y también habían llenado las mesas de dulces, café y refrescos. En la mesa donde solía trabajar Eva colocaron varios ejemplares recién salidos del horno por si alguien se animaba a comprar alguno firmado por la autora. Todavía en su piso, Arlet estaba hecha un manojo de nervios.

—Carmen, ¿crees que va a venir alguien?

Carmen se echó a reír.

—¿Alguien? Pero ¿cuánto rato llevas buscando ese dichoso colgante? El problema no es si va a venir alguien, el problema es que no cabemos en la pastelería de la gente que ha venido. Suerte que estamos ya en verano y que hoy es el día más largo del año. Podemos ponernos en la calle. De hecho, Eva ha limpiado una de las mesas del patio y la ha colocado en la acera de enfrente, en la del solar, y la hemos llenado de bebidas y de los trozos de tarta que menos se estropean con el calor. Anda, ven conmigo. ¡Esto está siendo un éxito, pastelera!

Arlet se precipitó escaleras abajo para comprobar que lo que le estaba contando Carmen era cierto y se quedó de piedra al ver allí a tanta gente. Algunos eran amigos, como Alejandro y su padre, otros eran conocidos del barrio que solían ir a desayunar o a merendar allí, y luego había gente de sus cursos o gente completamente desconocida que la seguía por redes sociales.

Arlet, con un vestido verde moteado de flores violetas, unas sandalias con un poco de tacón y el pelo enmarañado más peinado que nunca, apareció radiante y feliz ante aquel auditorio y todos la aplaudieron. Dio las gracias sinceramente y saludó a todos los que habían venido, parándose un rato con cada uno de ellos para agradecerles personalmente su apoyo.

—¡Arlet! ¡Arlet! Ven, quiero presentarte a alguien.

Eva la llamó desde el fondo de la pastelería. Allí estaba con Rochester, que movía el rabo sin

cesar, encantado de que hubiera tanta gente y de que se cayeran tantos trozos de tarta al suelo, o de nueces, o de cualquier otro capricho que su dueña no solía permitirle. Junto a Eva, un hombre alto y delgado, con el pelo un poco largo y el rostro muy moreno, sonrió y dejó al descubierto una sonrisa tan blanca que las paredes de la pastelería parecieron oscurecerse de pronto.

—Ven, Arlet. Mira, este es Jon, mi primo.

Arlet le alargó la mano, pero él le dio dos besos.

—Hola, tenía muchas ganas de conocerte. Eva siempre habla de ti y de lo mucho que te debe. Además de verdad. —Eva le dio un codazo mientras él guiñaba un ojo.

Arlet se sonrojó un poco. No había sentido en ningún momento que Eva se estuviera aprovechando de ella ni de la pastelería, al contrario, le gustaba su presencia y no podía imaginarse aquel espacio sin la correctora allí, sin los juegos de sus hijos algunas tardes cuando venían a merendar y se volvían locos por los buñuelos de chocolate.

—Soy contable y, si alguna vez necesitas la lista de gastos que genera mi prima, estaré encantado de pasarte un Excel.

Eva le dio otro codazo y Jon protestó, sonriendo de nuevo de forma encantadora, y Arlet se echó a reír. Jon parecía muy simpático. Llevaba una barba espesa, muy morena, y por un momento sus pensamientos se fueron hacia su pintor inglés, con su aspecto distinto, su hermetismo exacerbado, pero siempre la misma cadencia en la voz, el mismo olor en el cuello, las mismas arrugas haciéndole cosquillas en los ojos cuando la miraba. La tristeza le oprimió los pulmones.

—Eh, Arlet, perdona, lo he dicho en broma, no quería ser grosero —se disculpó Jon al ver cómo se ensombrecía su cara.

—No te preocupes, ya lo sé. —Cambió el tono de voz y apartó la imagen de Tom de su mente—. Además, para que veas que me gustan las personas que bromean, voy a dejar que pruebes en exclusiva el último dulce que he preparado. Se trata de un crocanti y me he esforzado tantísimo en su elaboración que, si un contable como tú no lo sabe valorar, tendré que cerrar la pastelería.

Jon se rio al ver que ella le seguía el juego y aceptó de buen grado ser el primer catador oficial del nuevo dulce de Arlet. La chica le acercó un pedazo a Jon y otro a Eva en sendos platos de cerámica.

Cuando él lo mordió, ella vio con auténtico orgullo cómo cerraba los ojos y saboreaba aquel manjar. Se sintió muy satisfecha. Carmen, que pasó por su lado haciendo resonar la madera de sus pendientes, le dijo al oído:

—Vaya, vaya, no sabía que Bradley Cooper se había escapado de una película para venir a tu presentación.

—¡Sssh! Cállate, Carmen. Qué manía con los parecidos.

La mujer desapareció entre el resto de invitados sonriendo divertida. Jon terminó el crocanti y dio un sorbo a un té frío que llevaba en la mano.

—¿Qué te ha parecido?

—Fabuloso. Eva no me engañaba. Cocinas de maravilla. Es crujiente y muy dulce, y me encanta ese gusto a limón del final.

—¿Y nada más? —preguntó, extrañada.

Arlet, entonces, sintió que un martilleo incesante la atravesaba y algo que había intuido se hizo diáfano y más grande que la pastelería, que la ciudad entera. Sin quererlo, empezó a atar todos los cabos mágicos a su alrededor, y se fueron enredando como el tallo deshojado de la

planta triste alrededor de todos sus miembros, convertida en piedra a la espera de que el primo de Eva contara algo más.

—Bueno, es un postre delicioso, sí. No soy muy bueno tampoco dando otro tipo de explicaciones, lo siento.

El hombre, que no entendía muy bien qué era lo que esperaba Arlet que dijera, se encogió de hombros y buscó la mirada cómplice de su prima para que le echara un cable.

Entonces, Arlet, llevada por un impulso incontrolable, agarró con las manos el crocanti del plato de Eva, que no lo había probado aún, y le dio un mordisco ansioso.

—Nada —dijo en voz alta.

Siguió mordiendo, masticando, saboreando.

—Madre mía. Nada.

Jon y Eva la miraron sin decir nada, abriendo los ojos como platos. El hombre se echó a reír ante aquella pastelera tan excéntrica. Carmen, desde lejos, vio cómo Arlet palidecía y entendió de pronto que por fin había despertado de su letargo y se había dado cuenta de qué era lo que iba tan mal de verdad.

—Lo he perdido. He perdido el poder de la evocación.

Carmen corrió junto a ella, abriéndose paso entre el grupo de gente que quería felicitarla, y llegó a tiempo de sujetarla por los hombros para que no se volviera a caer.

—Oye, Eva, ayúdame. Y tú también, Bradley Cooper.

—Señora, yo no…

—Ayudadme, por favor. Aunque Arlet no pesa demasiado, yo ya no tengo tanta fuerza como antes.

Pero Arlet no se había desmayado, simplemente se había dado cuenta del error cometido, de cómo había entregado toda su fuerza al cuadro de Tom para que él pudiera volver a pintar y lo único que había conseguido era borrar de repente todos aquellos años tejiendo los recuerdos de su abuela, como le había prometido. Se dejó caer, sin ganas de seguir estando de pie, pero Jon y Eva la pudieron coger con fuerza por debajo de los brazos antes de que fuera demasiado tarde.

Nadie se percató del accidente y se la llevaron a la calle. Carmen le dio un trago de agua. Jon no entendía nada, pero estaba entusiasmado con aquel espectáculo y Eva le dio un último codazo al ver que seguía sonriendo.

—Esto no es de broma, Jon.

Arlet, sentada en la acera, miró a Carmen con los ojos exactos de los peces en su enciclopedia fotográfica de animales marinos, tan abiertos y redondos, tratando de ver más allá del agua, de la calle misma.

—He perdido el poder de la evocación. Tengo que hablar con Tom.

—Bueno, tú ahora no vas a ir a ningún lado ni vas a hablar con nadie. Ya resolveremos esto mañana. Tienes a un montón de amigos que esperan a que les firmes el recetario.

—Soy un fraude.

—Ah, no, eso sí que no.

Alejandro apareció por la puerta y se sentó junto a ellas en el suelo.

—Arlet, he traído la cámara y voy a hacerte unas fotos para las redes. Quítate esa máscara de fantasma y ven adentro. —La tomó de la mano y se la llevó.

Eva, Jon y Carmen fueron tras ella, en silencio, y la velada transcurrió para ellos con cierto nerviosismo, para ella sin ser consciente de absolutamente nada, guiada por las manos de sus amigos como si fuera ciega y por más que abriera los ojos nada ya a su alrededor tuviera el

mismo aspecto que había tenido hasta aquel momento.

Capítulo 23

Aquella mañana se habían llevado el cuadro de su torre. Seguramente ya estaría colocado en casa de los Masdeu, aquella familia burguesa de la ciudad con tanto dinero como para comprarse otra ciudad si se cansaban de esta. Lo habrían colgado en el centro de una sala muy espaciosa para poder repartirse en pequeños grupos discretos de grandes personalidades a su alrededor: políticos, pintores, escritores, algún otro famoso y más gente con muchísimo dinero.

Tom Jenkins permanecía sentado a los pies de la cama con la mirada clavada en el mueble de enfrente, sin verlo. Llevaba así mucho rato. Estaba a punto de reaccionar, pero todavía no sabía a qué ni cómo. Haber pasado la noche sin Arlet lo había destrozado. Ella era lo más auténtico que tenía y desde que la besó por primera vez sintió que por fin había encontrado un lugar firme en el mundo.

Obviamente, Tom Jenkins no era la persona que le habría gustado ser cuando ella entró por la puerta de la galería la tarde en que se conocieron. Con una lista de fracasos a la espalda, el agotamiento del siempre lo mismo y aquella soledad que le acompañaba, hacía tiempo que el pintor inglés sentía que había que poner fin a una etapa, de alguna manera, pero no sabía cómo. Quizás se había vuelto cobarde o quizás era demasiado cómodo seguir siendo la sombra del Tom Jenkins de diez años atrás, aquel que cuando entraba en cualquier lugar era aclamado por el público. El que era capaz de improvisar con un pincel cualquier maravilla en un segundo. No el Tom Jenkins de la galería de arte a la que no entraba nadie.

Ante Arlet había intentado ser mejor persona. Ella nunca le había pedido que fuera el hombre que salía en las redes, el de las fotografías rodeado de famosos, el que se escapaba los fines de semana en algún avión privado, el que se casó con Jana, la hija de aquel afamado director de cine y cuyo matrimonio no logró superar el año de vida.

Con Arlet era aquel coronel de libro que se levantaba temprano y paseaba a Rochester, compraba el periódico y las revistas de Carmen, hacía compañía a su chica, volvía a casa, cogía una libreta y dibujaba con carbón. Y se sentía a gusto. Después le preparaba la comida, hacía el amor con ella muy despacio para poder saborear cada instante juntos, la acompañaba a todos sus recados de la tarde, la llevaba a exposiciones de arte los fines de semana, le besaba los brazos y le mordía los hombros. Veían la luna a través de las cortinas y se contaban todas las cosas que podrían pasarles juntos.

Todo estaba bien así. Pero alguien que había vivido en el límite de las experiencias, ¿podía acostumbrarse fácilmente a aquella vida tranquila de olor de bizcocho? Una pastelería en una casa antigua, pequeña, donde tres mujeres cosían sus vidas con calma. Y todo estaba bien. Pero ¿y él? ¿Era capaz de asumir que ya nunca volvería a ser el pintor inglés de las revistas, de las fiestas hasta el amanecer?

Lo cierto es que no quería volver a aquello. Solo le apetecía tomarse un té con las galletas de moras de Arlet mientras ella bebía café y recitaba en voz alta el directo sobre sus recetas que se estaba preparando. No estaba seguro de poder decir que fue por ella que lo dio todo en conseguir que el cuadro de la Arlet vegetal cobrara vida. No habría sido justo. Y, sin embargo, sentía que le debía a Arlet ser una persona importante de nuevo.

Sin embargo, ahora todo estaba roto. Roto y afilado. Dolía. El cuerpo lleno de heridas. No tardaría en secarse su piel entera sin la saliva de ella, permanecería ciego sin los ojos pardos de ella, el escalofrío de su vientre si ella se iba para siempre. No quería quedarse solo con la copia de Arlet.

¿Tenía razón ella? Por supuesto. No podía volver a pintar y, lo que era peor, no quería. Pero no deseaba ser un don nadie, todavía quería seguir siendo el pintor admirado, al que Berto encumbraba, al que los Masdeu invitaban. ¿Por qué? Por su maldito orgullo. O por el miedo atroz a no ser nadie. Y, a pesar de todo, hacía años que no se había sentido tan Tom Jenkins como los meses pasados entre los brazos de Arlet.

Pero alargar aquella fama transitoria era muy tentador, mientras nadie se diera cuenta.

¿Qué iba a hacer? No cabía otra respuesta: tenía que volver con ella y pedirle perdón. Decirle que todo lo que había dicho era verdad. Vendería el cuadro de la Arlet vegetal a los propios Masdeu si se lo pedían, y olvidaría ya aquel tour de egos. Sí, eso era lo que haría. Sacaría una buena cantidad de dinero para poderla compartir con ella, adecentarían la pastelería, la llenarían de cuadros. Sí, la llamaría y le pediría perdón, le daría la razón. O mejor aún. Iba a plantarse allí ahora mismo; la presentación del recetario no habría empezado todavía.

¿Cómo había podido ser tan idiota? Faltar a algo tan importante para ella era una tontería causada por todo aquel ataque de encumbramiento ficticio que se le había metido de nuevo en las venas. ¿Cuándo se volvió tan orgulloso? Lo sabía perfectamente. Sabía qué había marcado en su vida el antes y el después: la muerte de su madre, tan repentina y dolorosa, en aquella época en que ya despuntaba, en que habían empezado a invitarlo a fiestas, en que quiso casarse con la más guapa y rica para después separarse e ir con otras más guapas y más ricas aún. Exponer en museos de capitales del mundo, viajar siempre en primera clase.

¿Qué habría pensado su madre de aquello? Su madre, la mujer altiva de fríos ojos azules y melena roja como el fuego, grande como él, la de la personalidad arrolladora. Ella sí había sido una artista respetable. Nunca necesitó ir a ninguna fiesta de más ni se dejó engatusar por hombres de aquella burguesía de postín.

Se puso de pie, por fin decidido a aparecer en persona en casa de Arlet. Justo entonces escuchó pasos en el salón. Alguien había entrado en su casa. Agarró un jarrón que había sobre el chifonier y se preparó para defenderse.

Pero cuando salió de la habitación, se encontró cara a cara con Berto, que soltó un grito asustado en cuanto le vio con aquella arma tan cara entre las manos.

—¡Por favor, Tom! ¿Qué demonios te pasa? ¡Esa porcelana cuesta una fortuna! —El chico se llevó las manos al pecho y trató de recuperar el aliento.

—Berto, lo siento, había olvidado que te di una copia de las llaves.

—He estado llamando, pero como no me abrías…

—Ni me he dado cuenta. Es que ha ocurrido algo. Mira, Berto, no puedo ir a casa de los Masdeu, lo siento. Me ha surgido algo más importante.

Berto ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo digo en serio. He estado yendo a muchos sitios ya para presentar el cuadro, no creo que ocurra nada porque hoy…

—No, hoy precisamente, no. De verdad. Esta gente paga mucho dinero en mis galerías. Esta gente es la que mueve hilos. Hoy, Tom Jenkins, tienes que vestirte de auténtico inglés, afeitarte esa barba de hippie, y plantar tu presencia de gigante elegante frente a todos esos fantoches. Me lo debes.

—¿Te lo debo?

—Te recuerdo que conseguí vender, gracias a varios contactos, dos de los cuadros de tu última exposición, aquella que era imposible de vender. Y sabes que no miento.

Tom se frotó el rostro con las manos.

—Berto, no. No puedo. Tengo que ir…

—No. Esta será la última. Pero a *esta* tienes que venir.

Mientras decía esto, se había metido ya en la habitación de Tom para pasar inmediatamente al vestidor y empezar a sacar camisas y pantalones y dejarlos sobre la cama.

—Elige deprisa o se nos echará el tiempo encima.

Tom suspiró.

—De acuerdo. Dame un cuarto de hora.

Capítulo 24

Tom pidió al taxista que se desviara del trayecto. Berto hizo un gesto de desagrado, pero no se negó. Impediría a toda costa cualquier intento del pintor por bajar de aquel taxi. El taxista se metió entre las callejuelas estrechas y vacías del barrio donde vivía Arlet. Cuando Tom miró la hora, se dio cuenta de que la presentación ya habría empezado.

Al final, siguiendo las indicaciones del pintor inglés, el taxi pasó por la calle perpendicular a la de la pastelería.

—Pare aquí un momento, por favor.

Berto agarró a Tom de la muñeca.

—Ni se te ocurra bajar.

—Solo será un segundo…

Pero entonces, desde la ventanilla del taxi, se dio cuenta de que la calle estaba abarrotada de gente y de que habían colocado unas mesas cubiertas de pasteles frente al solar. Todas aquellas personas charlaban animadamente, la mayoría con alguna taza en la mano, refrescos, servilletas con los dulces mágicos de Arlet.

—Cuánta gente ha venido. —Tom sonrió sinceramente y sintió un calor familiar en el cuerpo. Arlet seguía siendo impresionante—. Tengo que bajar, tengo que verla.

Berto le apretó más la muñeca.

—Tom, lo siento, no hay tiempo.

Tom Jenkins sacó la cabeza por la ventanilla, trató de descubrirla entre todos los que se congregaban allí, pero no acertó a encontrarla. Ya tenía casi medio cuerpo fuera, cuando Berto le hizo un gesto al taxista para que arrancara.

El taxi se puso en marcha y Tom se volvió a colocar bien en el asiento.

—No hacía falta irse así, Berto. Solo quería decir hola, no iba a tardar ni un minuto.

Berto giró la cabeza y después miró el reloj de pulsera que llevaba.

—Ya se lo dirás mañana.

Tom sacó el móvil dispuesto a mandarle un mensaje a Arlet, pero no supo qué decir. «He estado aquí, pero no he bajado del taxi». «He estado aquí y he sido incapaz de entrar a felicitarte». Era un auténtico estúpido.

—De acuerdo, Berto. Pero es la última fiesta a la que vamos. Voy a vender el cuadro.

El galerista lo miró con sorpresa y no dijo nada.

El taxi siguió avanzando hacia la otra parte de la ciudad. Lo que Tom no supo en aquel momento era que, mientras él la buscaba ansioso desde el taxi, Arlet acababa de descubrir que había perdido su poder de evocación y permanecía sentada en la acera, escondida tras las piernas de todas aquellas personas que no se percataban de nada, conmocionada. Mientras él la buscaba,

ella lo buscaba, y ambos sentían aquel hechizo de la llamada silenciosa, pero no lograron encontrarse.

Tom se alejó cada vez más de la pastelería y en veinte minutos alcanzó, por fin, la elegante casa de los Masdeu. Se trataba de un palacete del siglo XIX, situado en la zona acomodada de la ciudad. Levantado en una calle de amplias aceras decoradas con plátanos centenarios de gran altura y frondoso follaje, apenas se vislumbraban coches o paseantes allí, todo permanecía tranquilo. A lado y lado había hileras de otros palacetes o chalés restaurados, donde se habían instalado varias familias ricas y adineradas de la ciudad, perpetradas tras jardines de césped fresco y rosales en flor. No era la primera vez que Tom asistía a una fiesta en aquel lugar.

Les abrió la puerta el mayordomo de la familia, un hombre muy alto y delgado y con un aspecto bastante juvenil.

—Enseguida les anuncio. —Agachó levemente la cabeza y desapareció tras el vestíbulo. Tras él, apareció una mujer robusta con un traje de color gris perfectamente planchado y una cofia blanca en la cabeza.

—Perdonen, caballeros, ¿tienen alguna chaqueta o bolsa que quieran que les guarde?

Bertó le alargó un bolso enorme. Tom decidió dejarse puesta la chaqueta de lino de color azul pálido. Aún se sentía algo incómodo con su cuerpo, a pesar de haber adelgazado un poco.

Entonces el mayordomo regresó y les pidió que lo acompañaran. Cuando entraron en la enorme sala de suelos de madera de roble, todo olía al frescor del verano. Los ventanales estaban abiertos de par en par y varios grupos de personas elegantemente vestidas se repartían alrededor de unas mesas altas dispuestas alrededor de la sala y en el balcón principal. La noche invitaba a estar fuera, ya que allí dentro hacía más calor de lo esperado.

—Hay demasiadas luces aquí —protestó Berto—. Vamos a sudar mucho. Además, toda esta iluminación no ayuda en absoluto a destacar los tonos verdes de tu cuadro. Voy a ver cómo lo podemos resolver.

Berto lo dejó solo allí en medio, a la entrada del salón, y Tom vio cómo se dirigía a la zona donde se exponía su Arlet vegetal, ciertamente, algo intimidada por aquella luz tan radiante.

Sintiéndose de pronto terriblemente incómodo, observó desde sus pequeños ojos azules si había algún conocido a quien quisiera acercarse. Pero no le dio tiempo pues, a su lado, un hombre de unos sesenta años que se mantenía en una forma fenomenal, enfundado en unos estrechos pantalones de pinzas y con un par de botones de la camisa de seda amarilla entreabiertos, le acercó una copa de vino.

—Llegas tarde, Tom Jenkins. Sigues siendo el mismo hombre informal de siempre.

Tom sonrió abiertamente y encajó la mano del señor Masdeu. Después tomó la copa de vino y le dio un sorbo.

—Hace un calor espantoso aquí. No sé cómo se las han arreglado los de la organización del acto para hacerlo todo tan rematadamente mal. —Hizo una señal con la mano a una camarera que llevaba una bandeja repleta de pequeños canapés de color rosa.

Tom no quiso comer nada.

—Bien, chico. Vamos a saludar a la familia. Eres un verdadero portento. Me alegra saber que has recuperado tu don.

Tom aprovechó para dejar la copa en la bandeja y coger otra. Se estaba relajando un poco, pero seguía sintiendo aquel extraño pesar metido en la garganta y esperaba terminar lo suficientemente pronto como para dirigirse a casa de Arlet tras el cóctel. No sabía si aguantaría

otra noche sin oírla respirar a su lado.

Sin embargo, la tarde transcurrió muy deprisa y cuando oscureció aún seguía allí. Berto no había parado de hablar con unos y otros, de probar todos los canapés, de valorar el precio que podía tener aquel lienzo perfecto. Tom, convertido en la sombra del señor Masdeu, apenas se movió de su círculo familiar que, afortunadamente para él, estaba muy cerca de la barra donde servían la bebida. No comió nada y bebió demasiado. Pensó que de aquel modo apartaría los fantasmas que le impedían respirar, pero a cada trago empeoraba.

Cuando la noche del solsticio empezó, embriagado por el vino y por el suave olor de la brisa del verano que subía desde la calle, se sintió en una especie de nube turbia y fue incapaz de moverse ya de allí. Se dejó arrastrar por Masdeu, que le presentó a varios personajes cuyos nombres fue incapaz de memorizar, y después supo que había dado, a petición suya, un discurso breve sobre su cuadro, pero tampoco pudo encontrar las palabras para reproducirlo.

Berto, de vez en cuando, se ponía a su lado y le susurraba varias noticias:

—El interés por tu cuadro es tan sobrenatural como el cuadro mismo. He conseguido cerrar un viaje a Holanda. ¿Y ves a aquella mujer de allí? Sí, la mujer mayor que lleva un racimo de perlas por todo el cuerpo. Es insultantemente rica y quiere contratarte para que le decores todo su palacio en la Selva Negra. Ja, ja, ja, sigues manteniendo ese atractivo misterioso, Tom Jenkins. Y luego está aquel hombre. ¿Lo ves? El gordo que suda tanto. Es un político. No es de mi ideología, más bien al contrario, pero está forrado de pasta. Quiere que hagas un retrato igual de su amante; te pagará cualquier cifra que le pidas.

Tom se apoyó discretamente en la mesa. Se estaba empezando a marear. Berto no se percató de nada y volvió a marcharse. Tom se acercó, tambaleándose, a donde se situaba el ventanal que daba a la balconada, que era amplia y también se había vestido con mesas elegantes. Buscaba algo de aire. Algunas personas lo saludaron al pasar con sonrisas y gestos de la cabeza. Él andaba sumido en un sueño cubierto de niebla, con la extraña sensación de haberse quitado de encima algún tipo de corsé que le hería. Se dirigió al fondo de la terraza y miró abajo, a la calle. Notó el viento caliente en el rostro recién afeitado y cerró los ojos. Después olió, en la lejanía, la lavanda de algún jardín que permanecía cerrado. Cuando los volvió a abrir, le pareció que la calle se desdoblaba y que sus miembros eran de mantequilla.

Alguien colocó una mano sobre su hombro y volvió en sí. Era Berto, de nuevo.

—Tom, creo que esto ya se está terminando y me apetece seguir la fiesta en otro lado. ¿A ti no? Los Masdeu han empezado a despedir a la gente.

—¿Les has dicho que quiero venderles mi cuadro?

—Bueno, de eso ya hablaremos otro día. Ahora, ¿por qué no aprovechamos la noche del solsticio? ¡Dicen que es una noche mágica! Hay que celebrar todo esto, amigo.

Tom se dejó arrastrar por Berto al salón de nuevo, encajó la mano con varias personas, una de las cuales, cubierta de sudor, debía de pertenecer al político que quería un cuadro de su amante, besó varias mejillas, sonrió mecánicamente unas cuantas veces más. Después regresó a cámara lenta al vestíbulo inmenso, volvió a ver a la mujer del traje gris devolviéndole el bolso a Berto. Berto a su lado, todo rebobinando de forma extraña, pero el sol ya desaparecido en el cielo, la luna a trozos.

Berto pidió un taxi y fue en aquel momento cuando Tom se dio cuenta de que no iban solos. Un par de chicas y un chico, los tres tan altos y delgados que debían de ser modelos, se metieron allí con ellos, a pesar de lo apretado del espacio. Estaban ebrios también.

—Berto, yo solo quiero irme a casa a dormir.

—Ah, venga, calla, Tom. Por los viejos tiempos.

Berto le dio las señas de la torre de Tom al taxista. Tom se dejó llevar, comprendió que había perdido la fuerza en los miembros, que toda la ciudad se estaba desdibujando, y bajó la ventanilla para recuperar el aire. Tantas luces, tanta gente en la calle. El aire cálido.

Capítulo 25

Arlet apenas había pegado ojo tras la presentación del recetario. El pánico que la había invadido al descubrir que había traicionado la promesa de su abuela no la dejaba concentrarse en nada. Había esperado, en vano, que Tom apareciera en cualquier momento para ayudarla a sobreponerse o a encontrar una explicación a todo aquello.

Pero Tom no apareció ni durante la tarde ni tampoco por la noche. El sonido del silencio de la madrugada se le metía en los oídos. Hacía mucho calor. Rochester dormía en el suelo, buscando el alivio de las baldosas.

A eso de las tres de la mañana decidió levantarse para preparar un bizcocho de yogur. A la hora, tras probarlo, el desánimo se multiplicó. Nada absolutamente. Tenía que reconocerlo de una vez: había perdido el poder de la evocación y no sabía de qué forma podía recuperarlo, si es que existía alguna manera de hacerlo.

Se sintió tan sola en aquel momento que apenas le quedaron ganas de llorar. Estaba muy cansada y por un momento tuvo miedo de volver a enfermar. Se estiró en una tumbona que tenía en la terraza y observó la luna. Parecía que estuviera a trozos, como si se hubiera roto por algún extraño hechizo. Notó una presencia a su alrededor. Un silbido lejano, triste, haciéndole compañía.

Era el fantasma de la casa, que se presentaba atraído por el olor del bizcocho caliente. Rochester también se colocó a sus pies. La observaba con la conciencia del malestar de ella. Arlet le acarició las orejas y después siguió tumbada mirando la luna, preguntándose por qué había algo que estaba mal, por qué se desdibujaban algunas cosas y perdían su color, se rompían a pedazos. Se preguntó qué estaría haciendo Tom y si él sentiría su ausencia de una forma tan devastadora como ella sentía la suya ahora mismo.

Al día siguiente, Carmen se la encontró dormida en la tumbona. Rochester había alcanzado el bizcocho y se lo estaba comiendo. El rostro de Carmen era serio, más serio de lo que solía ser habitual en ella. Se acercó a Arlet y la despertó con suavidad.

—¿Carmen? ¿Qué ocurre? ¿Qué hora es?

Carmen le dijo que casi eran las doce. Arlet se dio cuenta de que tenía un chorro de sol sobre el cuerpo y que estaba sudando.

—No me había dado cuenta. Vaya, lo siento, ni siquiera te he ayudado a recoger nada de la fiesta y yo…

—No te preocupes, bastante hiciste tú ya preparando tanta comida. Eva y su primo se quedaron a ayudarme. También Alejandro, que luego aún se quedó un rato más a organizar las fotografías y editarlas, como dice él. Son todos buenos amigos. Y tú necesitabas desconectar. Espero que hayas podido descansar.

Arlet, con el pelo revuelto, trató de incorporarse.

—No creo que haya descansado demasiado, Carmen. Hay muchas preguntas sin respuesta… Pero hoy voy a llamar a Tom. Tenemos que hablar, no podemos seguir enfadados por una tontería, yo…

—Arlet. Hay algo de Tom que quiero contarte. ¿Por qué no te das una ducha y bajas a la pastelería?

Arlet hizo un gesto interrogante. Carmen seguía muy seria, pero la chica no supo descifrar qué tipo de sentimiento se escondía tras aquel rostro pétreo.

—De acuerdo. Espérame abajo. ¿Y te importa sacar a Rochester? El pobre tendrá ganas de salir…

Cuando terminó, Arlet bajó las escaleras estrechas despacio y dudó un poco antes de abrir la puerta de la pastelería. Sentía que parte de la ilusión por su proyecto se había perdido definitivamente. Y el cansancio le impedía pensar con claridad. Pero aún encontró fuerza suficiente para empujar la puerta y entrar en su espacio natural. Carmen limpiaba unas tazas de porcelana, aparecidas misteriosamente en unas cajas viejas de cartón en el patio, que llevaban un ribete plateado y estaban decoradas con dibujos de hortensias, y Eva tecleaba con parsimonia mientras comprobaba algo en unos papeles impresos que había junto a su portátil.

Ambas se quedaron quietas en cuanto ella cruzó el umbral. Rochester saltó a sus brazos.

—Buenos días. No me miréis así, no soy una apestada. Simplemente soy una persona normal que ya no sabe hacer tartas de zanahoria especiales. Las hago iguales que las del supermercado de aquí al lado —trató de bromear, pero ninguna le siguió el juego.

Arlet ya empezó a extrañarse de aquel comportamiento y de pronto tuvo la certeza de que algo horrible había sucedido. Y tenía que ver con Tom.

—Bueno, ¿vais a contarme ya lo que ocurre? Estáis empezando a preocuparme de verdad al mirarme con esas caras de zombi. ¡Y pensaba que era yo la que tenía peor aspecto!

Carmen y Eva intercambiaron miradas y, al final, Eva le hizo un gesto a Arlet para que se acercara a donde ella estaba.

—Por favor, no me asustéis. ¿Está bien Tom? ¿Le ha pasado algo? ¡Debería haberlo llamado!

Carmen, antes de que Arlet se colocara junto a Eva, le cogió la mano.

—No ha ocurrido nada irreparable. Pero esto te va a doler. Es mejor que te sientes mientras te preparo algo de comer. —Entonces, la acompañó hasta una silla junto a Eva y la ayudó a sentarse. Después le hizo un gesto con la mirada a la correctora, que asintió y abrió el navegador de su ordenador.

—Eva, ¿qué pasa? Estáis tan misteriosas…

Y en aquel momento apareció una página web de cotilleos en la pantalla. Arlet no sabía muy bien qué estaba mirando, pero de pronto todo fue muy evidente, y los trozos fragmentados de la luna comenzaron a unirse en un rompecabezas que tomaba forma.

—¿Tom?

Algún fotógrafo, o quizás incluso alguno de aquellos invitados de última hora por Berto, había fotografiado cómo Tom, Berto y dos personas más entraban en la torre de Tom. Berto cogía de la mano a un hombre muy alto con el pelo largo y rubio que estaba fumando. Tom aparecía junto a una chica terriblemente delgada con un vestido de lentejuelas. Estaban uno al lado del otro, aunque no iban agarrados ni parecían mirarse. Pero eran cuatro personas entrando en la casa de Tom. ¿Qué explicación podía haber sobre aquello más que la evidente?

—¿Qué es esto, Eva?

Eva suspiró.

—Alguien lo ha subido a las redes sociales y ya está en las páginas de cotilleos. Esta fotografía es de anoche. Esta es de esta mañana.

Eva tardó un segundo más de lo normal en tocar el botón derecho del ratón. Arlet sintió que aquel segundo se había convertido en un martillo de púas clavándose en su cabeza.

Apareció entonces una foto en el mismo lugar, con la luz de la madrugada en las paredes del pasaje que daba entrada a la torre de Tom Jenkins. La misma chica del vestido de lentejuelas, con los ojos entrecerrados y cubiertos de rímel, hacía un gesto de desagrado a la cámara que la fotografiaba saliendo de la torre. ¿A qué hora debía de haber sido tomada la fotografía? Por la luz no podía ser más tarde de las siete u ocho de la mañana. Las piernas de ella, con el reflejo rosado del sol, parecían las de un esqueleto que se sostenía por una fuerza sobrenatural. Quizás era una aparición. Quizás todo aquello no era más que un montaje.

—¿Qué significa esto, Eva?

Carmen dejó frente a Arlet una taza de café con leche y una tostada con tomate. Evitó el dulce a propósito. Arlet no se dio cuenta de nada. Su mirada se centró ahora en el rostro serio de Carmen.

—De verdad, ¿qué significa esto?

En ese momento el móvil de Arlet comenzó a vibrar. El nombre de Tom llenó la pantalla. Sobrepasada por todo lo que estaba ocurriendo, con la cabeza ralentizada por aquella noche tan larga e insomne, colgó. Sentía que primero tenía que poner en claro todo lo que acababa de ver. ¿Era aquello la explicación a las ausencias de Tom sin ella? No quería creerlo.

¿Qué sentido podía tener? Si Tom hubiera querido estar sin ella se lo habría dicho. Era un hombre honesto y lo sabía. No dudaba de ello. Nunca. Aquella primera fotografía en el ordenador de Eva, tan extraña, a Arlet le daba a entender que no había ningún tipo de comunicación entre el pintor y la chica del vestido de lentejuelas. Sin embargo, ¿cómo explicar que había pasado la noche allí, en la casa de él?

El móvil volvió a sonar con insistencia. Arlet colgó de nuevo. Se iluminó entonces un mensaje en la pantalla: *Tengo que hablar contigo, por favor.* La súplica de Tom se le metió en el cuerpo como una tormenta de lluvia helada. A pesar del calor de aquel mediodía de finales de junio, de inicio del verano, Arlet sintió escalofríos. Carmen, que la conocía bien, le colocó la mano en la frente.

—Tienes fiebre. Será mejor que subas de nuevo a casa y llamaré al médico.

—No, no es fiebre, es todo este cansancio…

De nuevo, el móvil.

—Vas a dejar el móvil apagado, ¿de acuerdo?

Arlet no sabía muy bien qué tenía que hacer, quería ordenar todos sus pensamientos, tratar de comprender qué era lo que había pasado los últimos días, por qué pieza a pieza se había desmoronado su castillo de las cosas sólidas. ¿Fue en el mismo momento inesperado de la irrupción de Tom Jenkins en su vida que empezó a ir todo mal?

No lo creía.

Porque, al revés de lo que podía parecer, todo se hizo más brillante, más auténtico en cuanto él llegó. Su presencia arrebatadora, su respeto hacia ella, su admiración por sus proyectos, la forma en que la apoyaba sin juzgar, cómo se hacía presente, cómo llenaba el espacio con aquella calma tan sincera y tan noble. Tom era un hombre con un corazón tan enorme como el pecho donde lo guardaba y ella lo sabía. Pasear cogida de su brazo, sintiendo los latidos de aquel

corazón tan grande, gritando en silencio al mundo que no había nada mejor que agarrarse a una persona así.

Ella sabía que aquello no podía ser cierto. No podía ser cierto. Pero también intuía algo turbio tras todo lo que ocurría. La extraña sensación de falta de realidad desde que le pidió con ahínco al pintor inglés que la pintara. Cómo poco a poco se había desdibujado ella para darle todo el brillo del amor que sentían a la Arlet vegetal. Y después, la muerte de la planta triste, el fin de la evocación en sus pasteles, aquella aparente traición de Tom.

El teléfono sonaba y sonaba, pero Arlet no quería reaccionar.

Carmen, al fin, lo cogió y lo apagó por ella.

Capítulo 26

Tom había conseguido bajar del taxi sin saber muy bien cómo. Se encontraba muy mareado: el calor del coche con toda aquella gente dentro, Berto hablando a gritos, alguna sustancia extraña que compartieron, pero que él no probó, y el aire tan caliente de la noche del solsticio empeoraron el estado en el que se encontraba. Si hubiera tenido más fuerza, más poder sobre sus miembros, habría abierto la puerta en el primer semáforo en rojo y habría bajado, habría salido de allí.

Pero estaba sumido en un letargo dulce, de alcohol y cierto desespero, atormentado por todas las estupideces que había ido cometiendo, una tras otra, sin parar. Ahora su único objetivo era llegar a su casa, conseguir meterse en la cama, dormir lo que no había dormido la noche anterior, y estar en la pastelería de Arlet a primera hora de la mañana.

Berto le ayudó a salir del taxi con un ímpetu que él no esperaba en el joven galerista, le colocó bien la solapa de la chaqueta (que aún llevaba puesta sobre una camisa bastante arrugada), y buscó las llaves de la torre de Tom.

Aunque hablaban entre ellos y se hacían fotografías con un flash muy incómodo, Tom ni los escuchaba ni los entendía. Sabía que su casa era lo suficientemente grande como para que se instalaran con aquella pequeña fiesta particular en una zona y él se fuera a otra. Le molestaba no tener la capacidad de poder echarlos, era como un títere gigantesco sin ninguna fuerza de voluntad.

Había estado mirando su móvil con insistencia. «Arlet, Arlet», y el nombre de ella, como una palabra hechizada, un conjuro mágico, rebotaba en sus sienes. ¿Acaso debía hacer acopio de fuerzas y regresar a la calle, llamar a un taxi, ir a buscarla? No le había escrito. Ella tampoco.

Los excesos de Berto y sus amigos le ponían nervioso y le molestaban. De pronto entendió que, por grande que fuera su casa, no podía librarse de aquellas presencias incómodas que llenaban el silencio de su colina de gritos, gemidos, voces roncas, risas extravagantes, más alcohol, más sustancias, más huesos, cabellos largos, destellos brillantes en la ropa, zapatos de tacón esparcidos en el orden intacto de sus cosas.

Se dirigió a la terraza que daba al albergue y trató de quitarse el sueño de encima para poder reaccionar. Le siguió la chica de piernas delgadas y altura imposible, le colocó las manos en el cuello y le acarició la nuca, buscando atraerlo.

Tom, molesto, deseando haber tenido el poder de saltar del balcón al jardín para escabullirse, le agarró las manos por las muñecas.

—Déjame en paz, ¿de acuerdo?

Ella abrió los ojos con asombro. Sintió el dolor del apretón en la carne.

—¿Estás loco?

—Disculpa. —Él soltó sus manos, metió las suyas en los bolsillos, notó la inmediatez de las ganas de devolver en la boca, perdido completamente, hecho un desastre—. No quería hacerte daño.

Salió de allí empujándola sin querer, y ella, como una pluma, se apartó a un lado, lo dejó pasar, lo miró con evidente desprecio y esperó a que él desapareciera de su vista para volver a entrar en la casa.

Tom pasó de largo el salón donde seguía aquella fiesta privada que no le interesaba en absoluto y se sintió un extraño en su propia casa. Salió como una exhalación hasta el jardín, bajó las escaleras buscando el jardín más pequeño, el de la pista de críquet, y se tumbó sobre el césped. Le llegó el aroma del jazmín de repente, como si las flores quisieran abofetearlo, y ya no resistió más el alcohol en el cuerpo. Estaba exhausto.

Después, incapaz de levantarse de allí, fijó la vista en el cielo. La luna seguía a trozos, desdibujada y rota, pero él ya sabía lo que haría a partir de mañana. Entonces, una vez enmendado, no le cabía ninguna duda de que todo volvería a estar bien.

Capítulo 27

Arlet cubría con un pincel mojado en sirope la parte superior de unos rollos de canela con pasas. De vez en cuando, miraba abajo y veía cómo Rochester movía la cola con absoluta felicidad, ignorante de todo lo que ocurría. Había pasado un mes desde que Eva le mostró las fotos de la chica del vestido de lentejuelas entrando en la casa de Tom. El verano apretaba con más fuerza que nunca y el calor del horno solía llenar el espacio de su piso de una niebla imposible de soportar.

En aquellos momentos, cogía los dulces y terminaba de decorarlos abajo, en la pastelería, donde ponían el aire acondicionado. Acompañada por Carmen, que canturreaba mientras andaba arriba y abajo llevando trastos del patio de un lado a otro y seguida por el tintineo de sus pendientes, a veces por Eva cuando estaba trabajando, se sentía cómoda y olvidaba los malos momentos del pasado.

Tom había llamado tantas veces que perdió la cuenta. Los mensajes solían agolparse en su pantalla. Ella había notado su presencia otras tantas veces cerca de la pastelería, pero nunca llegó a dar la cara. ¿Era vergüenza? ¿Demostraba aquello alguna culpabilidad? Un buen día, sin embargo, la presencia permanente de Tom desapareció.

Aunque Carmen y Eva estaban convencidas de que Tom había metido la pata hasta el fondo, ella seguía pensando que el pintor inglés la quería de verdad. No tenía ninguna duda de que Tom estaba sufriendo, como sufría ella, pero no era capaz de dar el paso para desentrañar el malentendido. Suponía que del mismo modo que le ocurría a ella. Las noches sin tenerlo a su lado se convirtieron en horas vacías de calor lento y asfixiante. Pensaba a menudo en la primera vez que cruzó la mirada con él en la galería. Recordaba el camino invisible entre sus dos ojos azules.

—Arlet, baja de las nubes o ese rollo será imposible de comer.

Sonrió y se puso a abrir varios cajones buscando el espolvoreador de azúcar. No lo encontraba por ningún sitio. De repente, al abrir el último cajón de detrás del mostrador, el corazón le dio un vuelco. Bajo unos trapos con los dibujos de unas teteras, apareció el colgante de la hoja de cerámica que le había hecho Tom y que llevaba tanto tiempo buscando. Lo tomó entre sus manos, cerró los ojos y notó el poder de la evocación del tacto de Tom cuando estaban juntos. Se lo puso al cuello.

Cuando Carmen la vio, no dijo nada. Sabía que Arlet estaba triste, pero también sorprendentemente dispuesta a recuperar la normalidad de su vida sin Tom Jenkins, así que la dejaba hacer. Había vuelto a las clases de cocina y acudía a aquellas librerías donde le pedían que hablara de su recetario.

A última hora de la tarde, cuando ya se disponían a cerrar y Arlet había dejado los rollos de

canela listos para el día siguiente, aparecieron por allí Eva y su primo Jon. Fue una visita inesperada y Carmen y Arlet se alegraron mucho de verlos. Jon estaba todavía más moreno que la primera vez y las mujeres bromearon acerca del tiempo libre que parecían tener los contables.

Al final, Carmen le dijo a Arlet que ella cerraría la pastelería y sacaría a Rochester.

—Ve con ellos a tomar algo. Las noches de verano son para salir.

Le guiñó un ojo mientras Arlet se quitaba el delantal y se lavaba las manos.

—Voy a subir a cambiarme, no sé…

—Ah, estás muy guapa así —dijo Eva, que llevaba el pelo suelto y sorprendentemente largo —. No hace falta que te cambies. Es mi noche sin niños y ahora vendrán un par de amigos más a la plaza. Vámonos ya o me dará algo. Soy como Cenicienta.

La noche le sentó de maravilla a Arlet, que se sentía libre dando pasos que eran como saltos, al igual que cuando era pequeña y acompañaba a su abuela a comprar. Además, cobijaba en su interior un secreto extraño relacionado con el hecho de haber encontrado el colgante. En la plaza notó lo evidente que era que Jon sentía un interés especial por ella y que hacía lo posible por entablar una conversación o ser amable. Y lo cierto es que era muy amable y divertido, sobre todo cuando intentaba advertirle de que llevaba un trozo de pasa pegado al cabello o que todavía estaba manchada de sirope en las mejillas. A pesar de todo, le resultaba imposible poder corresponderle.

De todas formas, no quiso pensar en nada más que en disfrutar, y se divirtió mucho. Y, al final, cuando se hizo la hora, Eva y Jon la acompañaron a casa. Cuando ya había metido la llave en la cerradura de la puerta, Jon dio media vuelta, volvió donde ella estaba y le tendió una servilleta de papel a la vez que le decía:

—Arlet, este es mi número de móvil. Si algún día te apetece ir al cine, dímelo. Me encantará hablar de nuevo contigo. Me he reído mucho.

Arlet le sonrió con sinceridad y no dijo nada. Él se despidió levantando la mano e inundando la calle oscura y solitaria con el reflejo de su sonrisa perfecta. Cuando estuvo en casa, la chica se quitó la ropa y encendió el ventilador. Después, se estiró sobre la cama y, por primera vez en muchos días, se quedó dormida enseguida. Por ello seguramente no se percató de que el tallo mustio de la planta triste había sacado un pequeño brote enrollado que, al mirarlo de cerca, dejaba al descubierto el nacimiento de una nueva hoja.

Aquella noche, Arlet tuvo un sueño muy vívido con Tom Jenkins. El sueño mezclaba todo lo que leyó en su día en Internet sobre Tom y su madre y también aquello que él le había contado. Daba la sensación de que había estado en vela conversando con él, donde quiera que se encontrara, y de que ambos seguían como tiempo atrás, agarrados de la mano hablando sin parar y solo interrumpiendo su diálogo con besos infinitos.

La madre de Tom murió de forma repentina un día en su estudio mientras pintaba. Tuvo un ictus que la dejó inconsciente en el suelo. Al no haber nadie con ella, cuando Tom llegó a casa una hora después y se la llevó al hospital, ya era tarde. No habría podido hacer nada, aunque hubiera querido. Tom venía de sus clases en la universidad y su madre solía pasar esos ratos sola en el estudio, trabajando. Se metía tanto en su obra que las horas transcurrían sin que se diera cuenta, muchas veces sin apenas comer.

Cuando Tom llegó y la encontró en el suelo, la escena era dantesca. La mujer había estado pintando un cuadro clásico con un par de figuras paseando por el bosque con un perro. Se hallaba inmersa en los tonos verdes de la vegetación cuando cayó fulminada al suelo. El verde de su pintura cayó con ella también y la cubrió casi completamente: pelo, manos, parte de la cara.

Durante las primeras noches de ausencia materna, Tom solía tener pesadillas en aquel color y lo detestó durante muchas semanas, ya que le provocaba un dolor incontenible. Sin embargo, tras la visita a un famoso psiquiatra de la ciudad, decidió enfrentarse a sus miedos sentándose de nuevo en el estudio, colocando un lienzo frente a él y usando solo los tonos verdes para crear. Así nació la leyenda de Tom Jenkins.

Cuando Arlet despertó, su mano derecha agarraba con fuerza la hoja de cerámica al cuello y mantenía de forma muy real el recuerdo de Tom, con aspecto juvenil, llenando de manchas verdes todo el estudio. Se incorporó, completamente descansada, y comprendió que aquella conversación había existido de verdad con Tom a través de las ondas invisibles de la noche. Sabía que algo iba a pasar.

Se dirigió a la ducha y, al salir, se puso a rebuscar con intensidad en los cajones de su cómoda. Entonces algo apareció y sintió un latigazo de amor en todo el cuerpo. Era la postal del cuadro de Berthe Morisot que Tom le había comprado y tras la cual había escrito unos versos que nunca llegó a leer, pues el ansia de estar juntos borró para siempre cualquier otro detalle que los rodeara. Se trataba de una estrofa de un poema de Gioconda Belli y decía así:

Sembrarte como un gran árbol en mi cuerpo
y cuidar de tus hojas y tu tronco,
darte mi sangre de savia
y convertirme en tierra para vos.

Arlet se dio cuenta de pronto de que Tom iba a volver.

Capítulo 28

Tom Jenkins alzaba la cabeza al sol, con los ojos cerrados, y notaba el calor penetrando en el rostro, abrazándolo y dejándolo completamente relajado. Solo necesitó un minuto. Después, el calor comenzó a sofocarlo y presintió que su delicada piel inglesa estaba empezando a quemarse. No le apetecía enrojecer como un pimiento.

Se había levantado de buen humor. Tenía la certeza de que, por fin, había comenzado a hacer las cosas correctamente y a seguir aquello que su fuero interno le pedía. Las cosas tal y como tenían que haber sido ya bastante tiempo atrás, asumiendo el fin de una etapa y el comienzo de otra, mucho más enriquecedora.

En los planes de ordenar su vida, evidentemente, Arlet se situaba en el centro. Aunque era consciente de que el riesgo de no recuperarla jamás seguía latente, fue constante en su decisión de no precipitarse y no hablar con ella mientras su mundo siguiera patas arriba; lo que debía hacer era ofrecerle la tranquilidad de quien sabe que ha hecho borrón y cuenta nueva.

No pensaba en una vida aburrida: Tom Jenkins era una persona absolutamente creativa y jamás dejaría de serlo. Pensaba en el futuro con la pasión de los planes nuevos, pero era imposible imaginarlo sin ella. A pesar de todo, mostrando la madurez necesaria que no mostró durante toda la primavera y parte del verano, asumió, no sin una tristeza devastadora, que quizás ella ya no seguiría el camino junto a él.

La primera decisión importante que tomó, y que debería haber tomado mucho tiempo antes, fue poner a la venta la torre en la colina, con todos sus jardines, las flores, los árboles frutales, la piscina, que había seguido vacía y llena de moho, el coche y la moto sin usar en el garaje.

Aquella mañana había terminado de cerrar la venta en el notario y, mientras se dejaba acariciar por el aliento cálido del sol del mediodía, una sensación de libertad le confirió un poder que no había tenido en mucho tiempo. Los nuevos dueños le permitieron terminar de vaciar lo poco que quedaba de sus pertenencias aquel mismo día, acompañado por un abogado. Tom se sentía revitalizado: la única pertenencia que permanecía en la torre era la Arlet vegetal.

Cuando llegó a la casa para esperar a la empresa que vendría a empaquetarla y recogerla, Tom Jenkins ni siquiera se despidió de aquella explosión de colores casi otoñales en forma de arbustos floridos, árboles llenos de frutos y el olor del verano avanzando ya hacia su fin. Ignoró la pista de críquet donde había dormido la noche en que tocó fondo, ni se percató de lo vacía que estaba la piscina sin agua.

El interior de la torre, sin muebles, no le pareció muy distinto de cuando había estado amueblado. Solo se entretuvo un rato más de lo normal en el espacio que había sido su estudio, donde dio vida a sus mejores obras y donde puso final al Tom Jenkins verde con el cuadro inmortal de la Arlet vegetal.

Ahora, todo lo que le venía a la cabeza mientras permanecía de pie sobre el parqué desnudo, con alguna marca imperceptible de pintura, era la belleza tan terrenal de la pequeña Arlet pastelera, tumbada completamente indefensa sobre el sofá de extravagantes orejas. Era tan deliciosamente bonita que le hería el temor de no volver a verla jamás así. Aunque también acudió a su mente cómo fue apagándose poco a poco, volviéndose peligrosamente vulnerable a medida que su cuadro avanzaba, alzándose con altivez la Arlet vegetal sobre todo el resto de objetos del mundo, incluida su maga.

Tom estaba convencido de haber puesto todo su orgullo y empeño en crear aquella diosa en verde para dejar de lado a la mujer de carne y hueso de la que se había enamorado. Ahora, volver a sentir sus labios sobre los suyos, el tacto que le erizaba completamente la piel, la sensación de absoluta y devastadora pasión en cuanto cruzaba una mirada con ella, era lo que pedía.

La Arlet vegetal permanecía en el suelo donde antes había estado colocada su cama, apoyada en la pared con la ventana sin cortinas detrás. La mayoría de los muebles no los había querido el comprador, y Berto le ayudó a venderlos a otros conocidos. El pintor inglés no quiso quedarse con nada. De hecho, su próximo destino iba a ser la fría habitación de un hotel hasta que poco a poco fuera siguiendo los pasos que le llevaran a disculparse frente a Arlet, a pedirle que le diera la oportunidad de no separarse nunca más de su lado.

Vio cómo el cuadro, colocado de aquella forma, se reducía a un cuadro mucho menos impresionante y mucho más accesible. Los tonos de un verde casi dorado del pelo de la mujer refulgían como si estuvieran en llamas, iluminados por los rayos del sol que se colaban por la ventana. La apartó un poco, para que no se estropeara el lienzo. Entonces escuchó los pasos del abogado, que se acercó hasta la habitación y asomó la cabeza.

—Ya ha llegado la empresa que viene a llevarse el cuadro.

Tom entendió que aquel era el momento esperado, meditado y deseado, y sonrió un poco de lado, entre divertido y aliviado. El abogado no se percató de nada, en realidad le daba igual, pero Tom ya estaba en su camino de volver a intentar que la planta triste reviviera.

Los de la empresa de embalaje le preguntaron adónde tenían que llevar el cuadro.

—Hay que ir a una pastelería a entregárselo a quien realmente pertenece. Si no les importa, me gustaría acompañarles hasta allí para poder dárselo en persona.

—De acuerdo, como es ya mediodía, será la última entrega, y si no tenemos que colgarlo ni nada, les dejamos a usted y al cuadro donde nos indique.

«Fabuloso», pensó Tom. Por fin volvería a encontrarse en los ojos pardos de Arlet y podría decirle todo lo que había guardado dentro.

Capítulo 29

Arlet había salido por tercera y última vez con Jon. Era un hombre muy divertido con el que se sentaba en alguna terraza después de ver una película en el cine. Aunque no se sentía especialmente atraída por él, porque, evidentemente, no podía olvidar a Tom, era consciente de que se trataba de un hombre atractivo, con el que se lo pasaba bien, e incluso se planteó bajar la guardia frente a los intentos de él de acercarse más. Pero al final, no pudo.

Jamás consiguió Jon un beso de Arlet, ni siquiera una caricia o un roce de dedos en el cine o al pasarse el vaso del refresco. Le gustaba la compañía de aquella mujer encantadora, pero en aquel tercer encuentro supo seriamente que perdía el tiempo.

Cuando se despidieron, caía la tarde con la rapidez de la noche que invade el otoño, con las tonalidades entre rosadas y anaranjadas que se desparraman entre las nubes, anunciando que la noche ya se adelantaba y que estaban llegando brisas más frescas, el respiro tras el calor. Jon hizo ademán de acercarse a ella, que había cubierto su cuello con el pañuelo de color calabaza, pero notó aquel rechazo tan firme. Dio por finalizada aquella cita extraña, convencido de que había sido la última.

Arlet, aliviada cuando lo vio marcharse calle abajo, sintió una punzada de culpabilidad. A ella le gustaba pasar aquellos ratos con Jon, los disfrutaba mucho, pero no tenía ningún interés romántico en que avanzara más.

Cuando entró en la pastelería, se alegró de encontrar allí a Eva con sus dos hijos, que devoraban con ahínco unos dónuts de fresa.

—Vaya, acabo de despedirme de Jon, si hubiera sabido que estabas aquí, habríamos entrado.

Eva esbozó una sonrisa, aunque era consciente de que ella tenía a Tom clavado en lo más profundo de su corazón.

Carmen asomó por el patio, abrió la puerta y Rochester salió disparado hacia Arlet. Los niños, en cuanto vieron al perro, se lo quitaron a la chica de los brazos y comenzaron a acariciarlo. El animal estaba encantado con aquel derroche de cariños y después, los tres, jugaron a perseguirse y a corretear por la pastelería y el patio.

Arlet y Eva se echaron a reír.

—Ven, Arlet, siéntate aquí, quiero hablarte de algo.

De pronto, una punzada de dolor muy adentro de su ser salió a la superficie, al recordarle aquella escena a la que había vivido semanas atrás, cuando vio en el portátil de Eva las fotos de Tom. No quería que volviera a repetirse nada igual, ahora que estaba convencida de que su amor por Tom Jenkins se mantenía sin ningún tipo de grieta.

Carmen se dio cuenta de cómo palidecía Arlet y apoyó la mano sobre su hombro.

—Tranquila, creo que esta vez son buenas noticias.

Eva sacó de su bolsa una libreta. Arlet la reconoció enseguida y sintió una calidez suave y familiar, aunque también largamente añorada, por todo el cuerpo. Era la famosa libreta de Tom, aquella que solía llenar con dibujos las tardes que pasaba junto a ella. La encontró poco tiempo después de que aparecieran el colgante y la postal de Berthe Morisot, como por arte de magia u obra y gracia del fantasma con el que compartía piso.

No sabía si Tom lo había hecho a propósito o creía de verdad que estaba bien escondida bajo el colchón. El caso es que la encontró y, aunque ella no era una experta en arte, la observación de aquellos trazos simples pero perfectos la removió por dentro. Le dio la impresión de que aquel era un Tom distinto en su faceta como dibujante y que tenía mucho talento por expresar.

Para asegurarse de que no iba errada y de que podía ser que en aquellos esbozos Tom Jenkins hubiera dejado plasmado su talento, una mañana le mostró el contenido a Eva. Eva apreciaba el arte, pero tampoco era una especialista, aunque agradeció a Arlet la confianza. También ella fue consciente de que los dibujos a lápiz de Tom expresaban mucho en trazos aparentemente muy simples y le propuso a Arlet que le mostraría aquellos trabajos a un editor con el que tenía cierta confianza y que era especialista en ilustración.

Aunque al principio Arlet sintió que le estaba robando a Tom algo muy personal, en el fondo estaba segura de que no hacía nada malo y que era justo que alguien con la capacidad profesional para hacerlo lo valorara más allá de los sentimientos que pudieran despertar en ella o en Eva.

Al ver la libreta allí, Arlet comprendió que por fin había un veredicto para aquel examen. Eva sonreía:

—Desde luego, no andábamos equivocadas. Mi amigo ha encontrado excepcional este trabajo y tiene mucho interés en contactar con Tom para hablar sobre la posibilidad de publicar algo juntos, pero no sé mucho más. Dice que está impresionado. No he querido darle el nombre de tu pintor inglés —Arlet agradeció aquel posesivo— hasta que tú no hables con Tom y le confieses tu atrevimiento, pero estoy segura de que cuando descubra que es el mismísimo Tom Jenkins quien está detrás de esta maravilla todavía se alegrará más.

Eva guiñó el ojo y a Arlet se le iluminó la cara.

Bueno, pues ahí estaba. La excusa para poner de nuevo a Tom en su camino. Había sido paciente porque había necesitado tiempo para comprender sus sentimientos, saber si confiaba o no en el pintor, porque que lo amaba era algo indudable, y darle la oportunidad de explicarse. Aunque él no había vuelto a dar señales de vida, de algún modo le agradeció en silencio aquel espacio que le sirvió para averiguar qué era lo que realmente quería hacer ella con su vida sin sentirse atosigada.

Y ahora todo encajaba: quería a Tom. Sabía que juntos encontrarían la forma de volver a empezar, de recuperar la evocación y las tardes de dibujos sin separarse el uno del lado del otro. Antes de prepararse para ir a casa de Tom con el cuaderno, se giró hacia Eva y le dijo:

—Eva, lo siento mucho.

—¿Por qué me dices eso?

—Se trata de Jon, yo…

Eva sonrió:

—No te preocupes, Arlet. Sé que habéis pasado ratos juntos, pero no estoy ciega. Tú corazón pertenece a otra persona y no sería justo que te engañaras a ti misma ni a él. Habría sido genial que fuéramos familia, pero… De alguna forma, lo somos ya, ¿verdad?

Arlet se lanzó a sus brazos y le dio un abrazo grande y sincero que Eva le devolvió del mismo modo.

—Bueno —anunció a Eva y a Carmen, que se había parado frente a ella—. Me voy a la mansión de mi pintor a buscarlo.

—Espera, espera, Arlet —la frenó Carmen—. Recuerda que tengo un compromiso este mediodía. Lo siento, ¿te importa esperar hasta que vuelva? No tardaré mucho, y luego me encargaré de la pastelería el rato que necesites.

Arlet estaba impaciente, pero, al fin y al cabo, ya no importaban un par de horas más.

—Por supuesto, Carmen. En cuanto vuelvas, me iré. Así me dará tiempo de arreglarme un poco y de preparar algún dulce para la reconciliación.

Eva le deseó buena suerte y se dispuso a recoger sus cosas y las de los niños. Arlet le envolvió unas galletas de calabaza con *toppings* de chocolate para que se las llevaran.

En cinco minutos se encontró sola con la compañía de Rochester en la pastelería vacía. El cuaderno de Tom quemaba en su mano. Lo guardó en un cajón para que no se estropeara y pensó en comer algo, pero había perdido el apetito con toda la emoción del momento.

Estaba de espaldas a la puerta, apoyada en el mostrador, pensando en la libreta que contenía aquellos dibujos tan perfectos y a la vez tan íntimos, donde Tom había pintado muchos objetos, pero sobre todo a ella misma, la Arlet de verdad, con todo lo que significaba.

En aquel momento oyó cómo la puerta se abría y pensó enseguida que sería Carmen, que había olvidado algo. Era raro que alguien se pasara por la pastelería a aquella hora y la mayoría de las veces permanecía cerrada, así que se giró con una sonrisa divertida en la cara, pero se encontró con alguien a quien no esperaba y se puso muy seria.

—Hola, buenos días.

Era un hombre que le resultaba familiar: de avanzada edad, con la cabeza cubierta por un sombrero al estilo vaquero, buscó en el cajón de su memoria dónde se había encontrado antes con él. Porque no recordaba que fuera un cliente que frecuentara la pastelería. Entonces él dio un ligero toque al ala del sombrero, al estilo del oeste americano, y Arlet lo situó inmediatamente en la avenida llena de luces y ruido, el frío de la tarde al salir de la prueba en la pastelería del centro, el momento inesperado previo a conocer a Tom.

—Hola, nosotros nos hemos visto antes, ¿verdad?

Arlet le sonrió con amabilidad, pero él no dijo nada. Algo en aquella situación la incomodaba.

—¿Quiere que le sirva algo? Si quiere un café y un dulce ha venido al sitio perfecto.

—Lo sé —dijo él.

Permaneció de pie. Estaba muy cerca de Arlet y la observaba con una extraña expresión de familiaridad en el rostro.

—¿No tiene mucho calor con el sombrero? ¿O quizás lo usa para protegerse del sol? —Arlet trataba de entablar una conversación para que no se notara que estaba poniéndose nerviosa.

—Mira, Arlet. Vamos a hablar claro tú y yo.

—¿Me conoce?

Entonces ella tuvo miedo. El miedo auténtico que paraliza los miembros.

—Hace bastante tiempo que intercambiamos mensajes por Instagram.

Se le secó la voz en la garganta y empezó a sentir que la cabeza le estallaba.

—Yo nunca he intercambiado ningún mensaje con nadie…

Se le hizo evidente que aquel hombre extraño era el acosador que la amenazaba y le escribía repetidamente a través de la red social mensajes que le aterrorizaba leer, y entendió que estaba en peligro. En un peligro real y muy difícil de sortear, ya que Carmen tardaría en regresar y dudaba

mucho de que entrara algún cliente en la pastelería a aquellas horas.

—Usted lo sabía. Sabía que yo iba a estar sola ahora, ¿verdad?

—¿Estás sola? —Dibujó media sonrisa.

Y en cuanto dijo esto la agarró del brazo con fuerza y la acercó a él. Arlet le propinó una patada, pero él la volvió a agarrar, esta vez clavándole las uñas en la carne de los brazos.

—¡Suélteme! ¡Me hace daño!

Rochester apareció corriendo y ladrando, y se lanzó al tobillo de aquel desconocido.

—¡Rochester, no, déjalo, vete, vete!

El hombre golpeó a Rochester con la punta del zapato y el animal rebotó contra la pata de hierro de una de las mesas y se quedó tendido en el suelo.

—¡Rochester!

La agarró con más fuerza y la aproximó a su rostro, que olía a una mezcla de alcohol y algún tipo de medicamento que Arlet no reconocía.

—Cállate, ¿quieres? Ahora vas a responderme a todas las preguntas que te he estado haciendo y que has dejado tantas semanas en blanco.

Arlet apartó el rostro y se puso a llorar de desesperación.

Capítulo 30

La furgoneta que transportaba a la Arlet vegetal y a Tom se paró en la calle perpendicular a la pastelería, ya que siempre resultaba complicado meterse por la otra a causa del poco espacio que había para circular. Aunque el cuadro era grande y pesado, no lo era tanto como para que Tom no lo pudiera cargar unos metros hasta la puerta de la pastelería de Arlet.

Les dio las gracias a los transportistas y, antes de ponerse en marcha, suspiró desde lo más profundo de su estómago, muerto de nervios, como si fuera la primera cita que tenía con la mujer más especial que había conocido jamás.

Y, de alguna manera, aquella iba a ser una primera cita. Porque lucharía lo que hiciera falta para conseguir que ella, la bonita mujer mágica de ojos pardos y pelo enmarañado, aquella que conseguía que un gigante como él se derritiera en sus brazos y se volviera completamente loco, volviera a confiar en su palabra y en sus actos. Nunca había dejado de quererla, ni un solo segundo, y todo lo ocurrido desde el día en que se marchó de casa de Arlet no había hecho más que afianzar y poner cimientos en la seguridad de que no podía haber amor más grande, mejor persona con quien compartir su vida. La única que lo comprendía y podía ver dentro de él.

Se había comportado como un crío estúpido y se arrepentía.

Así que, tras darse ánimos con todos aquellos pensamientos, pero sudando como si de aquel instante fuera a depender todo lo que ocurriera a partir de entonces, Tom cargó el cuadro con la fuerza de sus manos y se dirigió a la pastelería.

Cuando ya estaba a punto de llegar a la puerta, un ruido fuera de lo habitual llamó su atención. Estropicio de platos que caían y varios golpes lo pusieron alerta. No se lo pensó ni un segundo: dio una patada con la pierna derecha a la puerta, que se abrió de repente, y dejó como pudo junto a una mesa el cuadro. Vio el cuerpo de Rochester en el suelo a la vez que varios platos estallaron cerca de su cabeza, contra la pared, porque Arlet se había zafado de aquel hombre perturbado golpeándolo con un plato y había conseguido llegar a la vajilla e intentaba acertar al asaltante en la cabeza y dejarlo inconsciente. Pero el hombre parecía dispuesto a saltar sobre el mostrador para agarrarla del pelo.

Tom cogió a Rochester en sus brazos, sintió el latido débil pero presente de su cuerpecito, y lo dejó bajo una de las mesas, bien escondido junto al pilar, para que nada le golpeara de nuevo y le hiciera más daño. Este gesto compasivo apenas duró unos segundos y después se abalanzó sobre el acosador.

Arlet, enfrascada en tratar de sobrevivir a aquel ataque, no se había percatado de que alguien más había entrado, y cuando de pronto vio a Tom allí, saltando sobre el hombre del sombrero, notó cómo el corazón se le salía por la boca. Entre los latidos desacompasados se le mezclaron las lágrimas de terror con las de agradecimiento, la sangre de los arañazos del perturbado con el

sabor del sudor en medio del esfuerzo de escapar.

—¡Tom, has venido! ¡Tom, por favor, ayúdame! ¡Ayúdanos!

Al gritar ella, el hombre del sombrero tuvo tiempo de girarse y ver cómo aquel otro hombre, altísimo, con unas espaldas tan anchas que podría haber arrancado el mostrador entero y aplastarlo en su cabeza, se abalanzaba sobre él con el rostro desencajado de la ira. El sombrero de vaquero cayó al suelo, entre los fragmentos de la vajilla azul con flores amarillas.

—¡Ni se te ocurra tocarla, desgraciado!

Pero el acosador era listo, no debía de ser la primera vez que hacía algo así, y mientras Tom clavaba los puños en su rostro e intentaba paralizarlo, aquel se hizo con un cuchillo que había caído de entre los platos y cucharas que Arlet había usado para tratar de impedir que la atacara.

Con el cuchillo frente a su cara, amenazó directamente a Tom.

—Lárgate de aquí. No pintas nada. Vete o no dudaré en clavarlo en el centro justo de tus ojos.

Tom no se amedrentó. El fulgor de la rabia que sentía por todo lo que aquel desgraciado le había hecho a Arlet y a Rochester le había convertido en una bestia dispuesta a cualquier cosa.

—¡Tom, Tom, aléjate de él, aléjate de él! ¡Este hombre está loco!

Tom no hizo caso de las súplicas de Arlet. Él era más joven que el atacante, tenía más fuerza, no le temía. Así que volvió a dirigir un golpe certero contra el pecho, pero, sorprendentemente, el hombre paró su mano. ¿Cómo lo había hecho? Parecía probable que supiera también de lucha. ¿Había sido luchador? ¿Policía? ¿Militar? En apariencia no tenía un cuerpo que hiciera pensar en nada de aquello, pero lo cierto es que poseía unos reflejos fuera de lo común. Era alguien acostumbrado a usar la fuerza.

Arlet, asustada, aprovechó para salir de detrás del mostrador y agarró el móvil, que estaba tirado en el suelo. Mientras, Tom retiró la mano y volvió a tratar de golpearlo. Entonces, el atacante hizo resbalar con suavidad el cuchillo en los nudillos de Tom, arañándolos. Este emitió un grito de sorpresa, más que de dolor, y se enfureció todavía más, de manera que le propinó un golpe al acosador en la nariz, que crujió. Arlet estaba muy nerviosa y no conseguía desbloquear el móvil. Al final, marcó el número de emergencias, el único que podía marcarse sin desbloquearlo.

Nada más hacerlo, el móvil, a causa del sudor y los temblores que le provocaba el terror que sentía, resbaló al suelo y el golpe hizo reaccionar al asaltador, que se giró de cara a ella con el cuchillo aún en la mano, el rostro cubierto de sangre.

—¡Suelta eso, estúpida! Ya estoy cansado de jueguecitos. Vamos a jugar ahora de verdad.

Tom, creyendo que al girarse él había perdido pie en la batalla, se aproximó más al cuerpo del atacante y trató de desestabilizarlo, pero el otro, que parecía esperar este ataque sorpresa, se dio la vuelta con celeridad y clavó el cuchillo con toda la potencia que fue capaz en el antebrazo de Tom y lo rajó de arriba abajo.

Entonces, el pintor sí que gritó por el dolor tan profundo que le había causado, y cayó de rodillas al suelo, mientras de su brazo comenzaba a salir mucha sangre. El otro hombre, recogiendo del suelo el sombrero que se le había caído en el forcejeo, se lo colocó despacio y se echó a reír.

—Eres un maldito esnob que no sabe ni pelear. ¿Te crees que no te conozco, pintor inglés de pacotilla? Tú y ese acento ridículo. Me encantará que ella vea cómo sufres y cómo te humillas antes mí, ¿verdad, Arlet?

Pero aquel discurso egocéntrico, aquellos segundos en colocar bien el ala del sombrero en su

cabeza sin mirarla, la muestra de victoria precipitada, fue lo que echó a perder su loco plan de dañar tanto a Arlet como a Tom. Porque Arlet vio que Tom había dejado un paquete grande junto a la entrada, comprendió, por la forma, que se trataba de un cuadro, e hizo acopio de todas las fuerzas de las que fue capaz y, mientras el atacante se regocijaba en el dolor que le había causado al pintor, ella levantó como pudo el cuadro y lo dejó caer sobre la cabeza del perturbado.

Él, sin esperar a que le asestara un golpe así, cayó desplomado al suelo y, antes de que pudiera volverse a levantar, Arlet se había dirigido a la nevera del patio y había sacado de dentro una bandeja de lionesas, las apartó de un manotazo y estampó la bandeja en la cabeza del atacante un par de veces, hasta que se dio cuenta de que este había perdido el sentido.

Entonces cayó al suelo, exhausta, aterrorizada. Y de pronto, llevada por un ataque de racionalidad, se puso de nuevo en pie, temblando aún, y se agachó bajo la mesa donde se encontraba Rochester. El perro gemía lastimeramente, pero le lamió las manos a Arlet. «Te pondrás bien, pequeño, te lo prometo». Después, fue en busca de su móvil y marcó el número de la policía. Con voz entrecortada confesó todo lo que había ocurrido y les explicó que el asaltante todavía seguía allí.

Al final, tras soltar el móvil, corrió junto a Tom, que seguía sangrando y mantenía los párpados fuertemente cerrados tratando de mitigar el dolor, y lo abrazó.

—Tom, Tom, tranquilo, ya vienen a ayudarnos, ya está, vienen enseguida, aguanta, por favor.

—Arlet, tu cuadro, se ha roto tu cuadro. Lo siento.

Arlet se dio cuenta de que, en el suelo, junto al destrozo de los platos azules de cerámica, las cucharas, el cuchillo con la sangre de Tom, la bandeja cubierta de crema y varias lionesas desparramadas, asomaba entre varios papeles marrones y una cuerda que lo envolvía el dibujo de la Arlet vegetal. El lienzo se había partido justo por el cuello de aquella diosa en verde, y de pronto Arlet, la Arlet de verdad, se dio cuenta de que la imagen del cuadro había perdido toda la intensidad y parecía una caricatura de ella misma.

—Me da igual, Tom, todo me da igual excepto que tú y Rochester estéis bien de nuevo.

—Arlet, Rochester está vivo, está bajo la mesa.

—Ssssh, ahora está aquí, entre nosotros, en mis brazos. ¿Lo ves? Estate tranquilo, no hables, ya vienen. ¿Tom? ¿Me oyes?

—Arlet, perdóname, tengo tanto que explicarte.

—Tom Jenkins, te quiero. ¿Me oyes? Mírame, abre los ojos, mírame. Te quiero. Y no voy a volverme a separar nunca de ti, maldito pintor inglés cabezota.

Entonces, él, en un último arrebato antes de perder definitivamente la conciencia, la besó por todos aquellos días y noches que habían estado separados. Bajo sus pies sintieron la tierra revolverse y la inmensidad les rodeó con un aura de sorpresa que les dejó atónitos. Aquel beso les transportó a todos los besos que habían sentido antes, despacio, uno tras otro, hasta detenerse bajo una farola modernista con una polilla revoloteando alrededor.

—Tom, es el poder de la evocación. ¿Lo notas?

Él respiró profundamente. Entonces, en medio del estrépito que había causado aquel beso, oyeron por fin la sirena de la ambulancia; la cabeza de Tom dio vueltas: la pastelería era zona de guerra, solo se olía la sangre, pero ahí estaba el beso de Arlet y su mágico poder de la evocación. Fue en aquel momento cuando Tom Jenkins ya no pudo más y se desmayó.

Capítulo 31

La noche era cerrada, había empezado a refrescar y apetecía más que nunca acurrucarse el uno junto al otro bajo las sábanas. Pero las sábanas permanecían caídas en el suelo y el palpitar de los corazones explotaba como un eco reverberando entre las vigas del techo. No sentían nada más que la cercanía el uno del otro, y el naranja apagado de la luz de la calle reflejaba en sus cuerpos desnudos que ya nada importaba más que aquella plenitud de estar abrazados.

Habían perdido la noción del tiempo que hacía que se estaban queriendo, como si la mañana trajera el fin del mundo y a ellos solo les importara encontrarse el uno en el otro, fundirse completamente en una desesperada insistencia en comprenderse en el cuerpo amado. El olor familiar de sus pieles, el sudor mezclándose entre los cabellos enredados, las uñas clavándose en muslos, hombros. La mano de él sobre el vientre de ella, buscando el lugar donde conseguía tocar las estrellas con la punta de las manos.

Ella, siempre sorprendida por la protectora integridad de él, tan apasionado en la excitación de sus caricias, solía perderse a través de su pecho, buscando los rincones que todavía no había besado, esperando a que todo aquel estallido de sexo en forma de espectáculo de fuego y música llenara los huecos que habían quedado vacíos durante su ausencia.

Nada ya importaba más que sus palabras, apagadas, poemas al oído que solo ambos comprendían mientras se buscaban los cuellos, sucumbían los cuerpos al acto final en que por fin eran uno solo, entrando él en la evocación más profunda de los muslos de ella, floreciendo completamente como una planta viva, enredadas las piernas en la cintura de él, que la sostenía con una delicadeza tan prominente que seguía besándola en las pestañas mientras se acercaba el momento del éxtasis final.

La sensación de haber podido perderla lo nubló por una milésima de segundo, pero ella, apretando su cuerpo con una fuerza inusual contra el de él, dejó que el incendio se extendiera como una tormenta de lava arañando sus entrañas, y el miedo se transformó rápidamente en un placer indecible, la sensación de pertenecer a un lugar tan extraordinario que era imposible dejar de sujetar el cabello de él, su olor de pelo recién lavado, el de los pasteles que cocinaba ella, la mina de los lápices, la humedad en las escaleras, el ruido imperceptible de las alas de la polilla desapareciendo cielo arriba.

Cielo arriba, en el momento final, ambos abrieron los ojos y se miraron, sonriéndose sin abrir la boca, porque no había nada que pudiera interponerse en aquella mirada y el sabor que tenían al respirar juntos.

Carmen estaba en el umbral de la puerta de la pastelería y Arlet sacaba de la nevera una tarta de zanahoria. De la calle llegaba un ruido de máquinas y una polvareda incómoda se colaba

dentro, llenando de niebla el mostrador.

—Carmen, cierra ya la puerta o se va a llenar la comida de polvo.

—Ah, no te quejes ahora. Todo eso es cosa tuya y de tu coronel Brandon.

Arlet sonrió, feliz.

—No sé por qué tanto revuelo…

—Carmen, ¿pero no es lo mejor que podría haber ocurrido? Me tendrás cruzando la calle. ¡Todo seguirá igual! Además, en la nueva casa tendremos un espacio para cocinar como Dios manda. Y mira, contratar a Alejandro para que me ayude con la cocina mientras termina el grado de fotografía es la mejor idea de todas. Ya verás. La casa va a ser preciosa. Tom tiene unas ideas muy bonitas.

—Tom esto, Tom lo otro. ¡Pero si quiere también cambiarme la casa a mí!

Arlet dejó lo que estaba haciendo y abrazó a su amiga con mucho cariño.

—Eso es otra noticia fabulosa. En cuanto esté nuestra casa terminada, podremos empezar a reformar los desperfectos de la tuya. Adiós desconchados, adiós humedades. Vas a tener un palacio.

—¡Todo esto es cosa del coronel! Está demasiado acostumbrado a la buena vida, a las mansiones, a…

Arlet siguió riéndose de buena gana. La emoción por la compra del solar de enfrente para construir una casita como la de la pastelería para ella y Tom era un proyecto que la mantenía en una nube todo el día. Además, había llegado a un buen acuerdo con Eva para que, una vez estuvieran todas las reformas terminadas y ella se hubiera mudado enfrente, Eva pudiera trasladarse al último piso de la pastelería para tener, por fin, el despacho que merecía.

—Y Eva estará cuidando el ático, ya lo sabes. ¿Quién mejor que ella?

—Ah, se irá enseguida. No le gustan los fantasmas como a ti.

Arlet sabía que eso no ocurriría, que aquel espacio era ideal para la correctora, que podría ampliar su negocio y además tendría la intimidad necesaria para poder llevar a cabo reuniones con clientes o trabajar en silencio cuando estuviera sola.

Mientras pensaba en esto, radiante de alegría, apareció Tom Jenkins por la puerta, cargado con un enorme saco de harina y seguido por Rochester, que movía el rabo con tanta alegría como su dueña sonreía.

—Tom, deja eso, ¿no se supone que no tienes que forzar el brazo? Va, venga, déjalo. Luego nos echará un cable Alejandro cuando venga a traer la fruta.

El pintor, cuyo brazo izquierdo seguía vendado, dejó el saco a un lado de la puerta para que no obstaculizara el paso. Miró divertido a Carmen.

—Carmen, no le quitas ojo a nuestra nueva casa, ¿no querrás que hagamos un trueque…?

—Ah, Tom Jenkins, embaucador, jamás. Tú quieres quedarte con la mía, pero en este sitio están mis raíces y ningún coronel, por mucho que me lo suplique con su vozarrón, podrá sacarme de aquí.

Tom y Arlet se rieron, se abrazaron y él la alzó en el aire.

—¡De verdad, para ya! Tienes que cuidar el brazo, la rehabilitación es lenta, ya lo sabes.

Tom había sufrido la rotura de los tendones más cercanos a la muñeca y aún seguía en recuperación. Aunque por la forma del corte el médico le confesó que, desgraciadamente, no conseguiría dejar de sentir un leve dolor el resto de su vida, le aseguró que prácticamente lograría recuperar la movilidad del todo y hacer vida normal con él.

Tras Tom, llegó Eva cargada con sus cosas. Venía de una reunión en la editorial de arte, con

su amigo el entendido en ilustración.

—¡Buenos días! ¿Por qué dejáis la puerta abierta? Esto está lleno de polvo y…

—Díselo al coronel.

—Díselo a Carmen.

Rochester se acercó a Eva y esta lo cogió en brazos.

—Muy bien, muy bien. No sacaré más el tema, ja, ja. Tom, ¿estás listo para la última reunión con el editor? Acabo de verlo y está pletórico con tu trabajo.

El editor, tras la recuperación de Tom después del ataque del acosador, pudo reunirse finalmente con él y quedó asombrado por su currículum y sus capacidades. Planificaron una exposición en la biblioteca más importante de la ciudad y la publicación, en forma de catálogo, de los primeros dibujos que había realizado. Después firmó un contrato para seguir adelante con varios dibujos más.

—Estoy deseando que llegue. Tengo algunas ideas nuevas que contarle.

Arlet lo vio resplandeciente, con la cara manchada de la harina que había transportado, los rizos cayéndole desordenados sobre la frente, y de nuevo su característica barba mal afeitada cubriendo su rostro. Trazó con la mente los pasos que había entre sus dos ojos azules y sonrió.

Lo que ella sabía, pero todavía no habían contado a los demás y era aquello que iba a revelarle al editor más tarde, era que Tom había vuelto a la acuarela y estaba probando el trabajo en varios colores, como si nunca antes hubiera pintado. Además, decidió ensayar con la mano izquierda para trabajar los músculos y los tendones heridos y los resultados estaban siendo sorprendentes.

—Pues estupendo, porque él está muy emocionado con todo esto, hacía tiempo que no conectaba tanto con un proyecto, os lo digo yo, que lo conozco desde hace muchos años.

Arlet le cogió la mano a Tom y este se la besó.

—Voy a ver cómo va la obra y os dejo seguir trabajando un rato. Me llevo a Rochester. Si necesitas cualquier cosa, estaré aquí enfrente.

—Llévate también un pedazo de tarta de zanahoria.

—¿Con crema de coco? ¡Mi favorita!

Entonces, sin que ella pudiera detenerlo, metió el dedo en la cobertura de crema y se lo llevó a la boca. Sus ojos se encendieron.

—Tom, ¡no hagas eso!

Tom se quedó parado tras probarla, los ojos muy abiertos. Entonces miró fijamente a Arlet y le tendió el dulce.

—Arlet, esta tarta es mejor que te la comas tú. Es tuya.

—¿Qué quieres decir?

La besó en la comisura de los labios y ella acarició con la yema del dedo el hoyuelo que escondía la suya. Tom Jenkins salió por la puerta con el pequeño Rochester dando saltos detrás de él. Arlet se dio la vuelta y observó la tarta de zanahoria, intrigada. Cogió una cuchara, partió un trozo y se lo llevó a la boca.

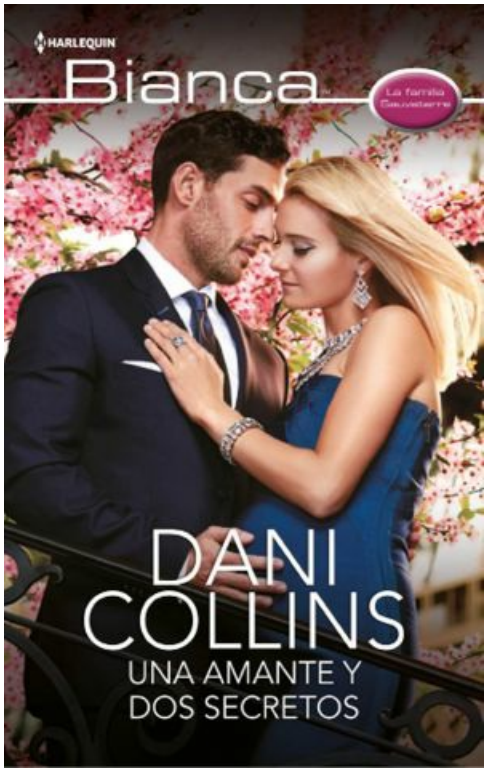
De pronto sintió un extraño torbellino alzándola del suelo, el pelo revoloteando a su alrededor, las paredes de la pastelería cayendo como un escenario de cartón piedra y Eva y Carmen desapareciendo entre el estruendo para dar paso a la aparición repentina del comedor de su casa cuando era pequeña.

Como en una película, la cámara se aproximó a una escena lejana que cada vez estaba más cerca de sus ojos y que le resultaba muy familiar. Una niña, sentada en el suelo, masticaba un

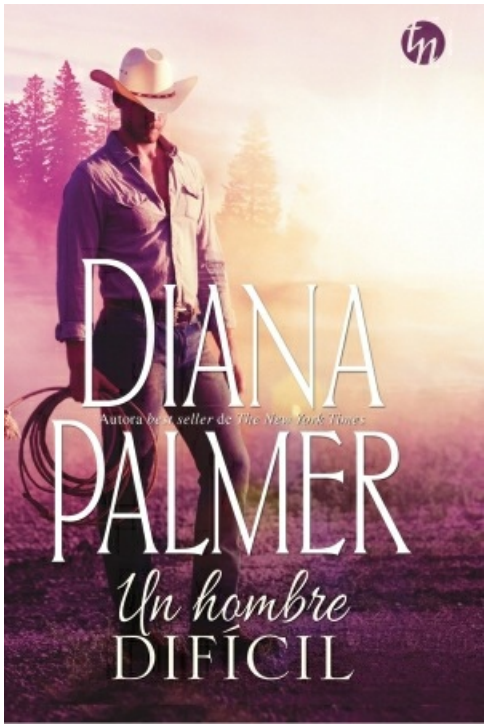
trozo de tarta y a su lado había una mujer de resplandecientes cabellos plateados y un jersey de cuello alto de color lavanda. Y de pronto, como si aquella mujer estuviera frente a ella de verdad y la hubiera visto, dejó de mirar a la pequeña Arlet del suelo y giró sus ojos hacia la Arlet adulta, mirándola directamente.

—Gracias —le pareció que susurraba.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

“Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento”.

The Romance Reader

“Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser”.

Aff aire de Coeur

Cómpralo y empieza a leer


Donna Sterling
Sola con un extraño
elit

Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo… y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana… ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer… y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
INTENSE
ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

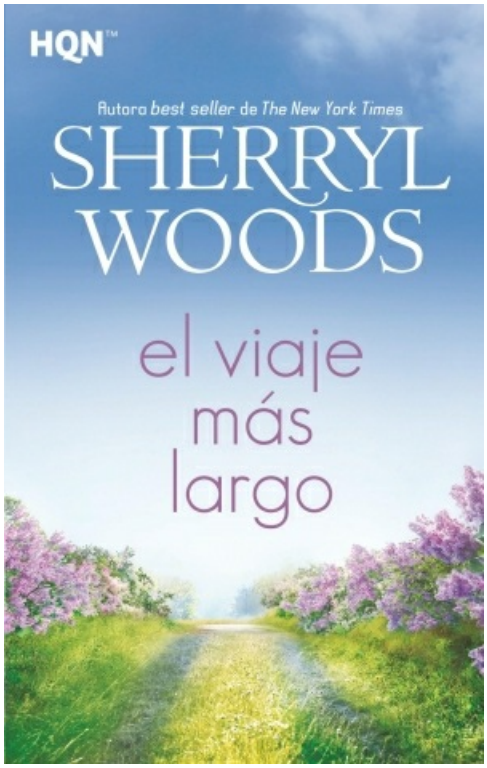
Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

Cómpralo y empieza a leer


HQN™
Autora best seller de The New York Times
SHERRYL WOODS
el viaje más largo

El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca
Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

Cómpralo y empieza a leer